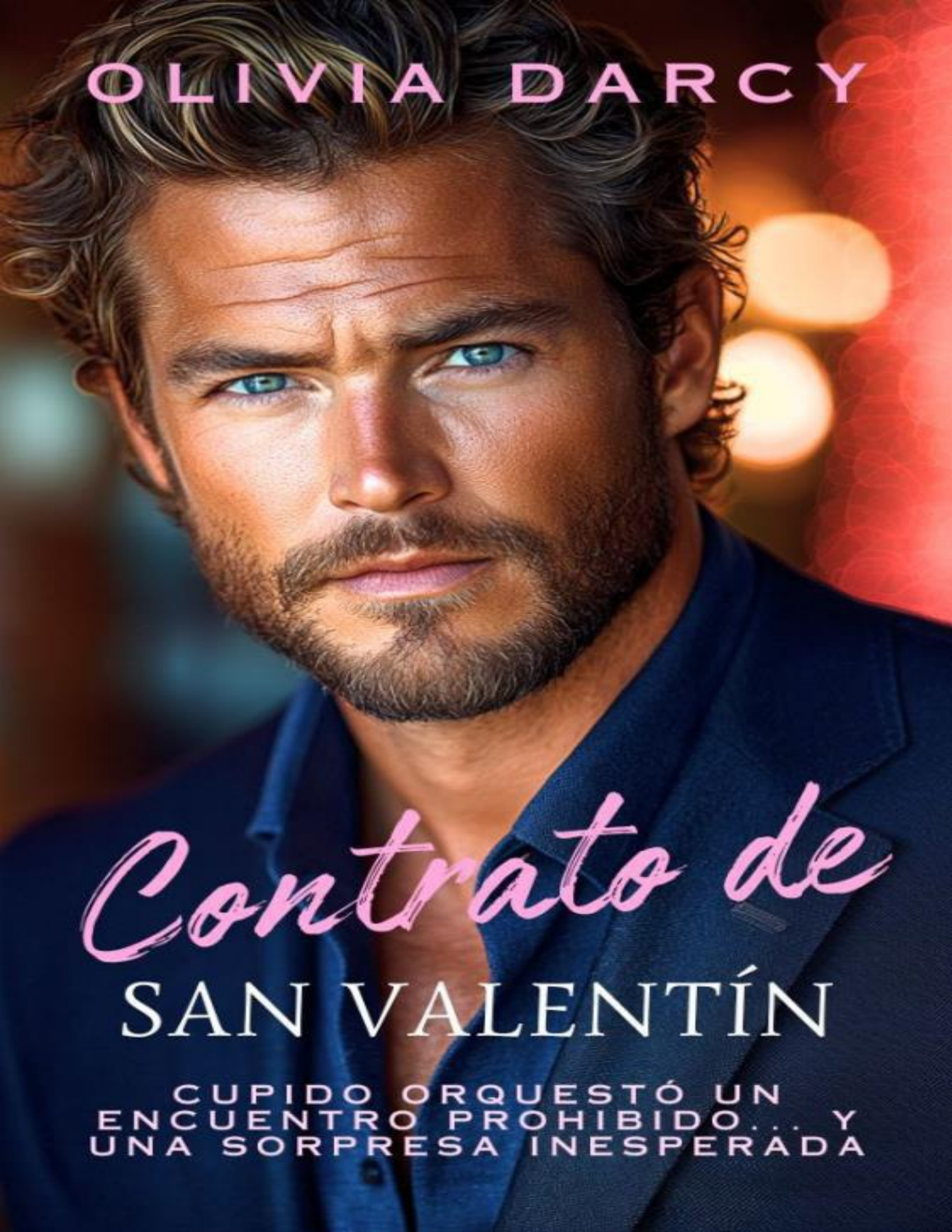
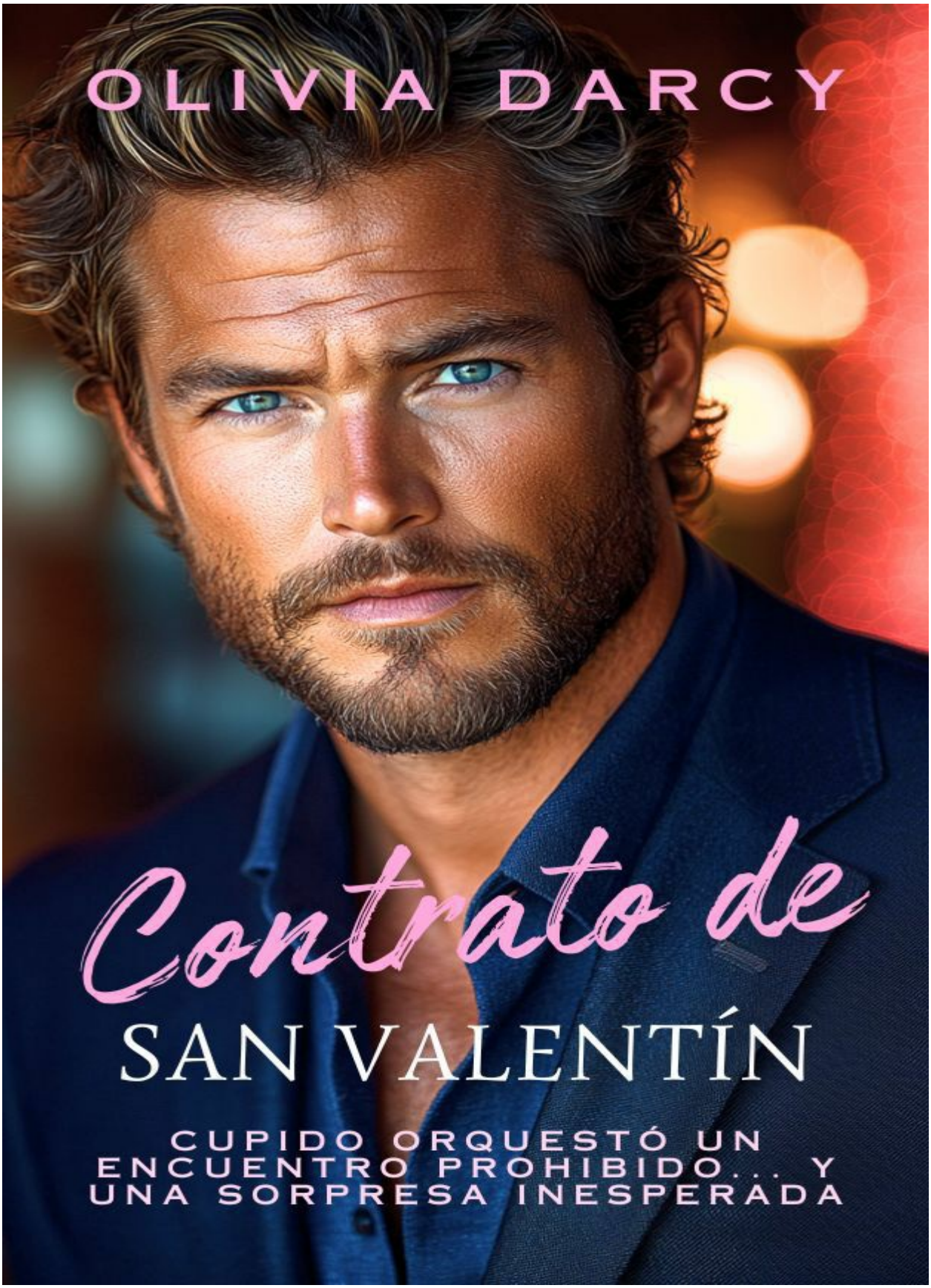

OLIVIA DARCY
Contrato de
SAN VALENTÍN
CUPIDO ORQUESTÓ UN ENCUENTRO PROHIBIDO... Y UNA SORPRESA INESPERADA


OLIVIA DARCY
Contrato de
SAN VALENTÍN
CUPIDO ORQUESTÓ UN ENCUENTRO PROHIBIDO... Y UNA SORPRESA INESPERADA

CONTRATO DE SAN VALENTÍN

TENTACIÓN EJECUTIVA EN SAN VALENTÍN

LIBRO 2

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

Í

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

Copyright © 2025 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me

siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR



O pulsa AQUI

PRÓLOGO

CLAIRE

—Por última vez, James, no —siseo mientras intento concentrarme en mi tablet. Los arreglos florales para la boda de Emma y Marcus no van a organizarse solos—. Lo que pasó en la despedida de soltero fue un error.

Mi pulso se acelera solo de pensar en esa noche, pero me obligo a mantener mi expresión profesional. Soy Claire Price, la wedding planner más solicitada de Manhattan. He organizado bodas de celebrities y realeza. No voy a dejar que James Richardson me desestabilice.

Otra vez.

—¿Un error? —se apoya en la columna del Four Seasons, bloqueando mi camino con esa sonrisa que hace que todas las mujeres de Manhattan pierdan la cabeza. Todas excepto yo. O al menos eso intento convencerme—. No parecía un error cuando...

—¡James, cariño!

La expresión de pánico que cruza su rostro casi me hace sonreír. Eleanor Richardson es una fuerza de la naturaleza, especialmente desde que Marcus y Emma anunciaron su compromiso. Ver a su mejor amigo sentar la cabeza parece haber despertado su obsesión por ver a James «establecerse».

—Madre —James se gira, la tensión evidente en sus hombros. Es extraño verlo así, sin esa arrogancia habitual que me saca de quicio —. No te esperaba hasta la cena.

—Oh, quería dar una vuelta por el hotel antes. Asegurarme de que todo esté perfecto para la boda —sus ojos se iluminan con ese brillo que conozco demasiado bien después de años organizando bodas. El brillo de una casamentera en potencia—. Y ya que te encuentro, cariño, Margaret me ha dicho que su hija Amanda también se aloja aquí este fin de semana. Es cirujana plástica, ya sabes, y...

—Madre, por favor —James se pasa una mano por el pelo, y odio notar lo atractivo que se ve cuando está nervioso—. Ya hemos hablado de esto.

—También viene Katherine, la hija de los Morrison. Acaba de volver de París y...

Debería irme. Esta es la oportunidad perfecta para escapar mientras James lidia con su madre. Tengo mil detalles que ultimar para la boda de mi mejor amiga, y solo faltan tres días. Pero mis pies se niegan a moverse.

Es entonces cuando su mirada se cruza con la mía, y reconozco ese brillo peligroso en sus ojos. El mismo que apareció justo antes de...

Oh, no.

—En realidad, madre —da un paso hacia mí—, estoy saliendo con alguien.

—¿Qué? —Eleanor y yo preguntamos al unísono.

—Claire —su mano encuentra mi cintura y me atrae hacia él antes de que pueda escapar. El calor de su palma atraviesa la tela de mi vestido como una marca—. Claire Price.

Le clavo el codo en las costillas, pero él solo sonríe más ampliamente. Siempre ha disfrutado provocándome, desde el primer momento en que nos conocimos en la oficina de Marcus.

—¿La organizadora de la boda? —Eleanor nos estudia con interés —. Vaya, vaya... ¿Y desde cuándo...?

—Hace poco —la interrumpo, intentando separarme. El aroma de su colonia está haciendo que mi cerebro se cortocircuite—. Y, de hecho, es un malentendido. James y yo no...

—Estamos conociéndonos —me corta él, sus dedos apretando suavemente mi cintura en una advertencia—. ¿Verdad, cariño?

—Perfecto —Eleanor aplaude—. Entonces no te importará unirte a nosotros para cenar esta noche, ¿verdad, Claire? Me encantaría conocer mejor a la mujer que finalmente ha capturado el corazón de mi James.

Mi corazón se detiene. ¿Cenar? ¿Con Eleanor Richardson? ¿La mujer que una vez hizo llorar a una novia porque su vestido no era «suficientemente exclusivo»?

—Lo siento, pero tengo mucho trabajo con los preparativos de la boda y...

—Por favor —James susurra contra mi oído, y el calor de su aliento me hace estremecer—. Te debo una. Te deberé mil.

—No —me separo bruscamente—. Encuentra a otra para tu pequeña farsa.

Me alejo a paso rápido, ignorando la voz de Eleanor preguntando si he dicho «farsa». Necesito aire. Necesito distancia. Necesito...

Necesito olvidar cómo se siente su cuerpo contra el mío.

JAMES

La observo marcharse, y Dios, esos tacones deberían ser ilegales. El vestido se ajusta a sus curvas de una forma que me hace recordar cómo se sentía su piel bajo mis manos aquella noche en el bar. Claire Price es la única mujer en Manhattan que me hace perder el control, y lo peor es que ni siquiera parece intentarlo.

De hecho, hace todo lo contrario.

Es frustrante. Es irritante. Es...

Es absolutamente irresistible.

—James —la voz de mi madre me devuelve a la realidad—. ¿Me vas a explicar qué está pasando?

—Lo siento, madre. Tengo que irme.

Mientras me dirijo hacia los ascensores, no puedo evitar sonreír. Claire Price puede pensar que ha ganado esta batalla, pero no sabe lo persistente que puedo ser cuando quiero algo.

Y la quiero a ella.

Este fin de semana.

En mi cama.

Y si tengo que convertirla en mi novia falsa para conseguirlo... que así sea.

Después de todo, siempre consigo lo que quiero. Y lo que quiero es ver a Claire Price perder el control otra vez.

Como aquella noche en la despedida de soltero.

CAPÍTULO 1

CLAIRE

Abro la puerta de casa y el silencio me da la bienvenida. Vaya novedad.

Me quedo un momento en el umbral, dejando que mis ojos se acostumbren a la penumbra del apartamento. El reloj de la entrada marca las once y cuarto. Las luces de Manhattan parpadean al otro lado de los ventanales, creando sombras que bailan en las paredes.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —exclamo con fingido entusiasmo.

Mi voz rebota en las paredes vacías. Ni siquiera el eco se digna a contestarme.

—Oh, espera —me apoyo en la pared mientras me quito los Louboutin con un suspiro de alivio—. No hay ningún cariño. Ni siquiera tengo un gato.

Perfecto. Ahora hablo sola. Lo siguiente será ponerles nombre a las plantas. Aunque para eso primero tendría que acordarme de regarlas.

Los tacones cuelgan de mis dedos mientras avanzo descalza por el pasillo. La alfombra persa acaricia mis pies doloridos, un pequeño lujo que me permito después de doce horas corriendo de un lado a otro organizando el primer cumpleaños de Sophie.

No me molesto en encender las luces. Después de meses viviendo sola, podría recorrer este apartamento con los ojos cerrados. Y lo más triste es que probablemente lo hago más a menudo

de lo que debería admitir.

El champán del cumpleaños aún burbujea en mi cabeza, mezclándose con la imagen de Emma conteniendo las lágrimas mientras Marcus se arrodillaba frente a ella. Por supuesto que elegiría ese momento para pedírselo. El primer cumpleaños de Sophie, rodeados de familia y amigos, con la pequeña aplaudiendo sin entender muy bien por qué todo el mundo gritaba de repente.

Me detengo frente al espejo del pasillo. Mi reflejo me devuelve la mirada: el pelo rubio platino perfectamente peinado, el vestido de diseñador que no tiene ni una arruga a pesar de las horas de fiesta. Claire Price, la wedding planner más cotizada de Manhattan. La que nunca pierde el control. La que siempre tiene un plan B.

Y sin embargo...

Sacudo la cabeza, intentando apartar ese pensamiento. Debería estar feliz. Mi mejor amiga se casa. Va a tener la boda más espectacular que Nueva York haya visto jamás. Me encargaré personalmente de ello.

Aunque una vocecita en mi cabeza (que suena sospechosamente como mi terapeuta) me susurra que quizás, solo quizás, me gustaría que por una vez alguien más se encargara de organizar MI boda.

—Primero necesitarías un novio para eso, Price —murmuro a mi reflejo, que tiene la decencia de parecer algo avergonzado.

Mis pies me llevan hasta mi habitación. Mi santuario. Donde todo está perfectamente ordenado, controlado, medido. Como debe ser mi vida. Como intento desesperadamente que sea.

Pero esta noche es diferente.

Esta noche, mis dedos no buscan el interruptor de la luz ni empiezan mi rutina nocturna. En su lugar, mis pasos me llevan hasta el vestidor, hacia esa caja de terciopelo malva que guardo como si fuera la corona de Inglaterra. O peor aún: como si fuera el último par de Manolo Blahnik en rebajas.

Me siento en el suelo del vestidor, con la caja sobre mi regazo. El terciopelo malva está algo descolorido por los años, pero aún conserva ese tacto suave que me hizo enamorarme de ella en aquella tienda de antigüedades.

La abro con cuidado, como si dentro guardara algo frágil y precioso. En cierto modo, así es.

Mi álbum de bodas.

No, no de bodas que he organizado. Este es diferente. Este es el álbum que empecé a los doce años, cuando descubrí que existía algo llamado «wedding planner» y decidí que eso era exactamente lo que quería ser de mayor.

Paso las páginas con dedos temblorosos. Los recortes amarillentos de revistas de los noventa

me arrancan una sonrisa. Dios mío, esos vestidos con hombreras... ¿En qué estaba pensando?

Mis notas infantiles adornan los márgenes: «El ramo tiene que ser de rosas blancas», «La tarta necesita MUCHAS flores de azúcar», «El novio tiene que ser alto». Esta última me hace soltar una carcajada. Al menos en eso no he cambiado: sigo sin poder resistirme a un hombre alto en traje.

Mi risa se corta de golpe cuando llego a los dibujos del novio. Una figura alta y elegante, siempre de espaldas o de perfil. Nunca le dibujé la cara. «Cuando lo encuentre, sabré cómo es», escribí junto a uno de los bocetos.

El móvil vibra en el bolsillo de mi vestido, sobresaltándome.

Es un mensaje de un número desconocido:

«Tenemos una despedida de soltero que planear, Price. No puedes esconderte de mí eternamente.»

Mi corazón da un vuelco. Solo hay una persona que puede ser.

«¿Cómo has conseguido mi número?», escribo, aunque ya sé la respuesta.

La respuesta llega casi al instante:

«Beneficios de ser el padrino, preciosa. Muy pronto sabrás más de mí.»

Aprieto el móvil con fuerza. James Richardson. Por supuesto. El mejor amigo de Marcus. El playboy de Manhattan. El hombre que lleva meses intentando meterse en mi cama con esa sonrisa que desarma a todas las mujeres de la ciudad.

Ojalá no me pasase exactamente lo mismo.

Vuelvo a mirar el dibujo del novio sin rostro y, por primera vez en veinte años, mi mente le da una cara. Una muy concreta. Una que viene con una sonrisa torcida y unos ojos verdes que parecen desnudarte con solo mirarte.

Cierro el álbum de golpe.

—Ni se te ocurra, Claire —me regaño en voz alta—. Ni se te ocurra convertir tus sueños de niña en una fantasía con James Richardson.

Pero mientras guardo la caja en su sitio, mientras me preparo para otra noche sola en mi perfecta vida ordenada, no puedo evitar preguntarme si quizás, solo quizás, es hora de que la Claire de doce años deje de soñar con un príncipe sin rostro.

Aunque sea para soñar con el último hombre con el que debería hacerlo.

CAPÍTULO 2

JAMES

El sonido del móvil me atraviesa el cráneo como un taladro. Gruño y tanteo la mesilla, tirando algo al suelo en el proceso. Por el ruido de cristal rompiéndose, probablemente era el Tiffany que mi madre me regaló en Navidad. Perfecto.

—Joder... —mascullo cuando la luz de la pantalla me ciega. Las diez y cuarto. Mierda. La reunión era a las nueve.

Me incorporo demasiado rápido y la habitación da vueltas. El ático de Tribeca se balancea como si estuviera en medio de un terremoto. Vale, quizás me pasé un poco con el champán después de la pedida. Pero eh, mi mejor amigo se casa. Si eso no merece una celebración...

El móvil vuelve a sonar. Esta vez es Marcus.

«¿Dónde coño estás? La junta directiva lleva una hora esperando tu presentación.»

Dejo que mi cabeza caiga de nuevo sobre la almohada. La luz que entra por los ventanales es demasiado brillante, demasiado real. Debería instalar esas cortinas automáticas que el departamento de domótica está desarrollando. Ya que soy el Director de Tecnología, al menos podría aprovechar algunos privilegios.

«James...»

Otro mensaje de Marcus. Casi puedo ver su ceño fruncido, ese gesto de hermano mayor decepcionado que lleva perfeccionando desde hace años.

«Estoy de camino», tecleo con un solo ojo abierto. «Y tengo una sorpresa que les va a encantar.»

La verdad es que no tengo nada preparado. Pero nunca lo tengo y siempre funciona. Es lo bueno de ser un genio: puedes permitirte ser un desastre en todo lo demás.

Abro la galería del móvil mientras me dirijo al baño. Las fotos de anoche están borrosas, pero ahí está: Sophie soplando su primera vela, Marcus arrodillándose frente a Emma, y... me detengo en una imagen particular. Claire, en ese vestido que debería ser ilegal en al menos cuarenta estados, mordiéndose el labio mientras contenía las lágrimas.

Vuelvo a los mensajes. Releo nuestra breve conversación de anoche:

«Tenemos una despedida de soltero que planear, Price. No puedes esconderte de mí eternamente.»

«¿Cómo has conseguido mi número?»

«Beneficios de ser el padrino, preciosa. Muy pronto sabrás más de mí.»

Me apoyo en el marco de la puerta del baño, aun mirando la foto de Claire. La tomé sin que se diera cuenta, por supuesto. Si hubiera sabido que la estaba fotografiando, habría puesto esa máscara de profesionalidad que tanto me irrita. La que usa cada vez que me acerco demasiado.

Pero en esta foto... en esta foto es real. Vulnerable. Hermosa.

—Patético, Richardson —murmuro a mi reflejo en el espejo—. ¿Desde cuándo te conformas con fotos robadas?

Mi reflejo no tiene una respuesta. Solo me devuelve la imagen de un tipo con resaca, el pelo revuelto y una sonrisa que no llega a los ojos. El playboy de Manhattan reducido a espiar a una mujer a través de la pantalla de su móvil.

El agua fría de la ducha me ayuda a aclarar las ideas. O debería. En su lugar, mi mente vuelve a anoche, a cómo Claire se movía por la fiesta: eficiente, elegante, controlándolo todo sin parecer hacerlo. La forma en que sus ojos brillaban cuando Sophie la abrazó. Cómo contuvo el aliento cuando Marcus sacó el anillo.

Y cómo, por un segundo, nuestras miradas se cruzaron.

El móvil vuelve a sonar. Esta vez es mi madre.

«Cariño, ¿has pensado en lo que hablamos sobre Amanda? Su madre dice que...»

Cierro el mensaje sin leerlo entero. Mi madre y su eterna obsesión por verme establecido. Y ahora que Marcus se ha comprometido, va a ser mil veces peor. Puedo verlo venir: más cenas organizadas, más «encuentros casuales» con hijas de sus amigas, más indirectas sobre mi «reloj biológico».

Como si yo quisiera algo más que una noche con Claire Price.

Porque es solo eso, ¿verdad? Solo quiero quitarme esta obsesión de encima. Follarla hasta que ambos olvidemos nuestros nombres y después... después todo volverá a la normalidad. Yo volveré a mis conquistas de una noche, y ella seguirá siendo la perfecta wedding planner que organiza la boda de mi mejor amigo.

—Solo un polvo —murmuro mientras me anudo la corbata frente al espejo. La dejo deliberadamente floja, como siempre. Las corbatas perfectamente anudadas son para Marcus—. Solo necesito sacármela del sistema.

Pero cuando mi reflejo me devuelve la sonrisa algo no encaja.

Salgo del ático cuarenta minutos tarde. El Aston Martin ruge cuando lo arranco, uno de los pocos placeres que me permito heredar de mi padre. Eso, y una cuenta bancaria lo suficientemente grande como para que nadie cuestione mi posición en Walker Enterprises.

Excepto yo mismo.

El tráfico de Manhattan es un infierno, como siempre. Aprovecho un semáforo para revisar el móvil otra vez. Doce mensajes de Marcus, cada uno más irritado que el anterior. Tres de mi madre, probablemente todos sobre Amanda. Y...

Nada de Claire.

—¿Qué esperabas, idiota? —murmuro mientras acelero—. ¿Que te suplicara que la invitaras a desayunar?

El problema es que una parte de mí sí lo esperaba. Claire Price es la primera mujer que no cae rendida ante mis encantos, y eso... eso me está volviendo loco.

Aparco en mi sitio reservado del edificio Walker. Marcus odia que lo llame así, pero es lo que es: un monumento a su ego de cristal y acero que se alza sobre Manhattan. No es que me queje, ser el Director de Tecnología de la empresa más innovadora de la costa este tiene sus ventajas.

—Buenos días, señor Richardson —la recepcionista me sonríe mientras paso. Sarah. O Susan. O... da igual. Le guiño un ojo por costumbre y su sonrojo me confirma que, resaca o no, aún no he perdido el toque.

El ascensor está vacío, gracias a Dios. Me aflojo aún más la corbata y sonrío a mi reflejo en las paredes cromadas. El traje italiano de tres mil dólares y el Rolex en mi muñeca son un recordatorio de que, mientras Marcus tiene el imperio, yo tengo la libertad. La libertad de llegar tarde, de ignorar las reglas, de acostarme con quien quiera.

Excepto a la única mujer que realmente quiero en mi cama.

Las puertas se abren en la planta ejecutiva y...

—Cuarenta y cinco minutos tarde, James.

Marcus. Por supuesto. Está apoyado en la pared con ese aire de autoridad que hace que los ejecutivos tiemblen. Lástima que dejó de intimidarme hace unos veinte años.

—La junta se canceló hace media hora —dice mientras me sigue hacia mi despacho.

Asiento distraídamente, más pendiente de mi móvil que de su sermón. Abro los mensajes de anoche con Claire, releyéndolos por enésima vez. Mis dedos se mueven solos sobre la pantalla:

«¿Ya pensando en la despedida de soltero, Price?»

—James.

«Podríamos discutirlo con un café...»

—James.

La mano de Marcus aparece de repente, arrebatándome el móvil.

—¿En serio? —su expresión cambia al ver la pantalla—. ¿Claire? ¿Mi wedding planner?

—Mi futura esposa, querrás decir —bromeo, e intento recuperar el móvil, pero él lo mantiene fuera de mi alcance.

—Claire no es como las demás, James —su mirada se endurece—. No es una más para tu colección. Es la mejor amiga de Emma, la madrina de Sophie, la mujer que va a hacer que el día más importante de nuestras vidas sea perfecto.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier amenaza física.

Sophie. Emma. La boda en San Valentín. Todo está conectado. Todo es... importante. Demasiado importante como para joderlo por un calentón.

—Tienes razón —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—¿Qué? —Marcus parpadea, sorprendido por mi rendición.

—Que tienes razón —me aflojo aún más la corbata—. Hay demasiado en juego.

—¿Desde cuándo James Richardson renuncia a una conquista?

—Desde que la conquista puede destruir algo más grande que mi ego —me dirijo al ascensor —. Además, faltan seis meses para la boda. Para entonces habré encontrado a otra que me quite a Claire Price de la cabeza.

Pero mientras las puertas se cierran, mientras veo la sonrisa satisfecha de Marcus, me pregunto si realmente podré mantener esa promesa.

Especialmente cuando voy a tener que verla en cada maldita reunión de la boda.

CAPÍTULO 3

CLAIRE

Marzo

El vestíbulo de la empresa de Marcus brilla como si estuviera hecho de diamantes. Me detengo un momento en la entrada, admirando cómo la luz de marzo se derrama por los ventanales. Emma me mataría si supiera que estoy aquí, pero necesito la opinión de Marcus sobre el regalo de bodas que estoy preparando para ella: una edición original de «Orgullo y Prejuicio» que encontré en una subasta privada.

Respiro hondo y me adentro en el caos de la hora punta. El vestíbulo es un desfile interminable de tacones de diseñador y trajes hechos a medida. Intento mantener el equilibrio mientras sorteo ejecutivos, maldiciendo internamente mi decisión de traer café. Pero después de una noche en vela organizando bodas ajenas, la cafeína es mi única amiga.

Es entonces cuando sucede.

En mi intento por esquivar a una mujer absorta en su móvil, giro bruscamente y...

—¡Joder!

El café explota entre nosotros como una granada caliente. Mi víctima, porque eso es lo que es, suelta una maldición que haría sonrojar a un marinero. Y cuando levanto la vista, mi corazón se detiene.

James Richardson me mira desde su altura imposible, gotas de café deslizándose por su camisa que, a juzgar por el corte, probablemente cuesta más que un alquiler mensual.

—Yo... —las palabras se atascan en mi garganta.

—De todas las personas en Manhattan —se mira la camisa con una mueca—, tenías que ser tú, Price.

Hay algo en su voz, una mezcla de diversión y algo más oscuro que me hace estremecer.

—Lo siento muchísimo —busco frenéticamente en mi bolso—. Tengo que tener... —saco un pañuelo de seda y empiezo a darle torpes toques a su camisa, solo para darme cuenta de lo íntimo del gesto cuando es demasiado tarde.

—Cuidado, Price —su voz baja una octava—. La gente podría pensar que lo has hecho a propósito.

Levanto la vista, dispuesta a defender mi honor, y me encuentro con su sonrisa. Esa sonrisa que hace que todas las mujeres lo observen. Lo sé porque puedo verlas ahora mismo, lanzando miradas en nuestra dirección. Una morena con piernas interminables prácticamente lo desnuda

con los ojos mientras pasa junto a nosotros.

—Te pagaré la tintorería —retrocedo un paso, necesitando distancia.

—¿La tintorería? —suelta una carcajada que atrae aún más miradas—. Esta camisa es Tom Ford.

—Entonces te compraré una nueva.

—O... —da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal con su aroma a sándalo y bergamota— podrías compensármelo con una cena.

Mi pulso se acelera. Debería decir que no. Necesito decir que no.

—¿Una cena? —intento que mi voz suene firme—. ¿No sería más práctico darte el número de mi tintorería?

—¿Y perderme la oportunidad de ver a Claire Price fuera de su papel de wedding planner perfecta? —sus ojos brillan peligrosamente—. Ni lo sueñes.

—James.

La voz de Marcus corta el aire como un cuchillo. El cambio en James es sutil pero inmediato: se tensa, retrocede, su sonrisa se vuelve más profesional.

—Marcus —asiente—. Buenos días.

—Claire —Marcus me mira con curiosidad—. No sabía que vendrías.

—Necesitaba consultarte algo —me recompongo, agradecida por la interrupción—. Sobre... ya sabes.

Sus ojos se iluminan con comprensión. Si hay algo que Marcus adora más que su imperio empresarial, es hacer feliz a Emma.

—Por supuesto —señala los ascensores—. ¿Subimos a mi despacho?

Asiento, pero antes de seguirlo me giro hacia James:

—De verdad, lo siento por la camisa.

—No te preocupes, Price —su sonrisa vuelve a ser esa que debería estar prohibida tan temprano—. Ya me lo compensarás.

No es una pregunta. Es una promesa.

Mientras sigo a Marcus hacia los ascensores, siento el peso de su mirada en mi espalda. Y me pregunto, no por primera vez, por qué de todas las mujeres que prácticamente se le ofrecen en bandeja de plata, James Richardson parece empeñado en perseguir a la única que podría

complicarlo todo.

JAMES

Mayo

Adoro las galas benéficas.

Son el escenario perfecto: mujeres despampanantes, champán sin límite y la excusa perfecta para desplegar todo mi encanto. Esta noche no es diferente. El salón del Plaza rebosa de vestidos de alta costura y joyas que brillan casi tanto como las sonrisas que me dedican sus portadoras.

—James Richardson —Olivia Peterson, heredera de media Wall Street, se acerca contoneándose—. ¿Me vas a hacer esperar toda la noche por un baile?

Le dedico mi sonrisa marca registrada, esa que hace que incluso las mujeres más sofisticadas de Manhattan se sonrojen como quinceañeras.

—¿Y privar al resto de damas de mi compañía? Sería muy egoísta por mi parte.

Ella ríe, pasando sus dedos por mi brazo en una caricia nada sutil. A mi alrededor, noto cómo otras mujeres observan la escena con una mezcla de envidia y esperanza. Es un juego que conozco bien, que domino a la perfección.

O al menos lo hacía, hasta que ella entra en el salón.

Claire Price aparece como una llamarada escarlata, y de repente el resto del mundo pierde el color. El vestido rojo se adhiere a sus curvas como una segunda piel, el corte lateral revelando más pierna de la que debería ser legal. Su melena rubia cae en ondas suaves sobre un hombro, dejando el otro expuesto.

Demasiado expuesto.

Se me seca la boca.

—¿James? —la voz de Olivia suena lejana, como si estuviera bajo el agua.

No puedo apartar la mirada de Claire. No soy el único. Veo cómo las cabezas masculinas giran a su paso, cómo las miradas la siguen. Harrison, el imbécil de Goldman Sachs, prácticamente se ahoga con su Macallan cuando ella pasa junto a él. Y el capullo del hijo del embajador francés... joder, como siga mirándole el escote voy a provocar un incidente diplomático.

Me acerco a la barra, necesitando algo más fuerte que champán.

—¿Por qué tienes cara de querer matar a alguien? —Marcus aparece a mi lado de repente.

—No sé de qué hablas —respondo de forma esquiva.

—Claire está espectacular esta noche, ¿verdad? —pregunta Emma cuando se une a nosotros,

radiante en su vestido azul noche—. Le costó horrores decidirse por ese Valentino.

Claire se acerca a nuestro grupo y, bajo las luces de las arañas de cristal, el vestido rojo parece brillar con luz propia. O quizás es ella.

—Emma, por favor —Claire pone los ojos en blanco—. Como si tú no te hubieras probado medio Manhattan para esta noche.

—¡Es diferente! Soy la futura señora Walker.

Las primeras notas de «La Vie en Rose» llenan el salón. Los ojos de Emma se iluminan.

—¡Oh, Dios mío! ¡Claire, es nuestra canción! —prácticamente da saltitos—. ¿Te acuerdas? ¡En París!

—Cómo olvidarlo —Claire sonríe, y algo en mi pecho se aprieta—. Acabamos cantándola a pleno pulmón en medio de Montmartre.

—¡Tienes que bailar! —Emma mira alternativamente a Claire y a mí—. ¡James! Tú bailas genial, acompaña a Claire.

—No creo que... —empieza Claire.

—No sé si... —digo al mismo tiempo.

—Venga ya —Emma nos empuja—. ¿Qué puede pasar?

Muchas cosas, pienso mientras ofrezco mi mano a Claire. Demasiadas.

Ella la acepta tras un momento de duda, y cuando la guío a la pista, siento el peso de todas las miradas sobre nosotros. Especialmente la de Marcus, que prácticamente taladra mi nuca.

Mi mano encuentra su cintura y la atraigo más cerca de lo necesario, solo para provocarla.

—Cuidado, Richardson —murmura—. No querrás que tus admiradoras piensen que has sentado la cabeza.

—¿Celosa, Price? —sonrío contra su pelo, inhalando su perfume—. No te preocupes, hay James para todas.

—Eres insufrible.

—Y tú una estirada.

Pero mis dedos se hunden en su cintura y los suyos se clavan en mi hombro. La tensión entre nosotros es casi eléctrica.

—¿Siempre eres así? —pregunta mientras giramos.

—¿Encantador?

—Iba a decir «creído».

—Solo con las mujeres guapas que se hacen las difíciles.

—Yo no me hago nada —su voz baja un tono—. Simplemente no me van los playboys con el ego más grande que su cuenta bancaria.

—¿Y qué tipo de hombres te van, Price? ¿Aburridos ejecutivos que hacen juego con tu agenda perfectamente organizada?

Sus ojos destellan, pero antes de que pueda responder, una voz nos interrumpe:

—¡James, cariño!

Mi madre tiene un don especial para las interrupciones inoportunas. Especialmente cuando estoy bailando con una mujer que hace que me olvide de todas mis promesas.

—¡James, cariño! —Eleanor Richardson se materializa junto a nosotros con esa elegancia depredadora que solo dan cuatro generaciones de alta sociedad—. ¡Qué sorpresa verte bailando!

Claire intenta separarse, pero mis dedos se tensan en su cintura. No pienso dejarla escapar tan fácilmente.

—Madre —asiento, sin dejar de bailar—. No te esperaba hasta la cena.

—Oh, quería dar una vuelta antes. Asegurarme de que todo esté perfecto. Y ya que te encuentro, cariño, Margaret me ha dicho que su hija también está aquí esta noche. Ya sabes...

—Madre, por favor —me paso una mano por el pelo, y noto cómo Claire intenta contener una sonrisa—. Ya hemos hablado de esto.

—También viene Blair.

Siento cómo Claire se tensa entre mis brazos. ¿Son celos eso que detecto? No, imposible. Claire Price es demasiado profesional para algo tan mundano como los celos.

¿Verdad?

—En realidad, madre —la interrumpo, una idea formándose en mi mente—. Estoy bailando con Claire.

—Oh —Eleanor nos estudia como si fuéramos un experimento particularmente interesante—. La organizadora de la boda, ¿verdad?

—Wedding planner —corrige Claire, y tengo que contener una sonrisa. Incluso nerviosa mantiene ese aire profesional que me vuelve loco—. Y, de hecho, debería...

—¿Sabes, madre? —la interrumpo antes de que pueda escapar—. Claire tiene tres títulos universitarios y habla cuatro idiomas.

Los ojos de mi madre se iluminan con un nuevo interés. Mierda. Conozco esa mirada.

—¿De verdad? —Eleanor sonríe como un gato que ha encontrado un nuevo ratón con el que jugar—. Qué... interesante. ¿Y de qué familia eres, querida?

—De ninguna que le suene —Claire se separa de mí con firmeza —. Si me disculpan, tengo que revisar unos detalles con el catering.

La observo alejarse, el vestido rojo ondeando como una bandera de rendición. O quizás de victoria, dependiendo de cómo se mire.

—James Alexander Richardson —mi madre usa mi nombre completo, mala señal—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No hay nada que contar —pero mis ojos siguen a Claire mientras esquiva al hijo del embajador francés. Bien.

—¿Nada? —Eleanor arquea una ceja perfectamente depilada—. Entonces no te importará que le mencione a Amanda que estás libre para cenar mañana.

—Madre...

—O quizás prefieras a Blair. Su padre acaba de comprar un yate precioso en Mónaco y...

—Tengo que irme —la corto, aflojándome la pajarita. De repente hace demasiado calor aquí dentro.

Mientras me dirijo al bar, escucho a mi madre murmurar algo sobre «hijos imposibles» y «relojes biológicos». Pero lo único que puedo pensar es en cómo se sentía Claire entre mis brazos, en cómo su perfume se ha quedado grabado en mi esmoquin, en cómo sus ojos brillaban cuando me llamó «creído».

Pido un whisky doble y, mientras el líquido ámbar quema mi garganta, me pregunto en qué momento Claire Price ha pasado de ser una conquista prohibida a ser la única mujer en la sala que me llama la atención.

Y eso, más que cualquier amenaza de Marcus o plan casamentero de mi madre, es lo que realmente me aterra.

CLAIRE

Julio

Odio el chocolate.

Vale, eso es mentira. Pero ahora mismo odio específicamente el modo en que James

Richardson está comiendo chocolate. Porque nadie, absolutamente nadie, debería hacer que probar un pastel parezca... bueno, esto.

—¿Y bien? —la repostera nos mira expectante—. ¿Qué les parece esta muestra?

—Demasiado dulce —digo, intentando mantener mi voz profesional.

—Perfecto —dice James al mismo tiempo, y me lanza esa sonrisa insufrible suya—. ¿Qué pasa, Price? ¿Demasiado placer para tu agenda perfectamente organizada?

Emma suelta una risita y Marcus pone los ojos en blanco. Ni siquiera sé por qué está aquí. Se suponía que esto era solo una prueba de pasteles con los novios, pero claro, el gran James Richardson tenía que aparecer «casualmente» justo cuando íbamos a empezar.

—Algunos preferimos la sofisticación al exceso —respondo, limpiándome la comisura de los labios con una servilleta—. Aunque entiendo que ese concepto te resulte ajeno.

—Oh, créeme —se inclina sobre la mesa, sus ojos verdes brillando peligrosamente—, sé mucho de sofisticación. Y de excesos.

El doble sentido hace que mi pulso se acelere, pero me niego a darle la satisfacción de una reacción.

—Probemos el siguiente —cojo un tenedor nuevo, ignorando deliberadamente cómo su mirada sigue cada uno de mis movimientos.

—Este es un mousse de chocolate negro con toques de frambuesa —explica la repostera—. Uno de nuestros más populares para bodas.

James alcanza su tenedor al mismo tiempo que yo, nuestros dedos se rozan, y...

—Yo lo probaré primero —prácticamente le arranco el tenedor de la mano.

—Por favor —se recuesta en su silla, divertido—. Las damas primero.

El pastel está delicioso, pero me niego a admitirlo. No después de ver cómo sonríe cuando una miga de chocolate queda en la comisura de mis labios.

—¿Y? —Emma prácticamente rebota en su silla—. ¿Este sí?

—Demasiado ácido —miento.

—Mentirosa —James coge su propio trozo y, Dios mío, ¿es necesario que coma así? ¿Con esa... dedicación?—. Está perfecto. Las frambuesas contrastan perfectamente con el chocolate negro. Como... —sus ojos encuentran los míos— ciertas combinaciones inesperadas.

—Las combinaciones inesperadas suelen ser un desastre —replico, ignorando el calor que sube por mi cuello.

—O explosivas.

—¿Podemos centrarnos en el pastel? —Marcus interviene, y hay una advertencia en su voz que James ignora olímpicamente.

—Por supuesto —James no aparta sus ojos de mí—. ¿Qué opinas, Price? ¿Te atreves a probar algo más... arriesgado que tu habitual vainilla?

Entreabro los labios para responder, pero me detengo. Porque esto es exactamente lo que quiere: provocarme, hacerme perder el control.

Y Claire Price nunca pierde el control.

—Creo —me levanto, alisando mi falda— que necesito revisar unos detalles con la repostera. Si me disculpáis...

Mientras me alejo, escucho a Emma preguntar inocentemente:

—¿He dicho algo malo?

No, Emma. El problema no es lo que se ha dicho.

Es lo que no se ha dicho.

Y lo que ese idiota arrogante me hace sentir cada vez que me mira como si fuera el postre que más desea probar.

JAMES

Septiembre

Mi vida es un infierno.

Llevo dos horas viendo a Marcus probarse diferentes tonos de negro que, francamente, me parecen todos iguales. El sastre, un italiano que gesticula como si estuviera dirigiendo una orquesta, insiste en que hay una diferencia crucial entre negro medianoche y negro azabache.

—James —Marcus me lanza una mirada desde el espejo—. Al menos podrías fingir interés.

—Estoy fascinado —bostezo—. ¿No se nota?

El tintineo de la campanilla de la puerta me hace girar la cabeza, más por aburrimiento que por curiosidad. Y entonces el aire abandona mis pulmones.

Claire Price entra en la boutique como si le perteneciera, con esa elegancia natural que hace que todo lo demás parezca vulgar en comparación. Su falda lápiz negra y su blusa de seda blanca deberían ser el epítome del aburrimiento profesional.

No lo son.

—Emma me ha pedido que supervise la prueba —anuncia—. Quiere asegurarse de que todo sea perfecto.

Se interrumpe cuando me ve, y juro que por un segundo su máscara profesional se agrieta.

—Richardson.

—Price —sonrío—. ¿Has venido a asegurarte de que el novio esté presentable?

—Por supuesto —me lanza una mirada de arriba abajo—. Considerando que eres el padrino, también deberías probarte tu traje —me reprende con cara de pocos amigos, lo que solo me hace sonreír con más fuerza.

—Signor Richardson, su traje está listo en el probador tres —el sastre interviene mientras ajusta el bajo del pantalón de Marcus.

Perfecto. Una oportunidad servida en bandeja.

Me dirijo al probador, notando cómo Claire intenta no mirarme mientras habla con Marcus sobre los detalles del chaleco. El espacio es ridículamente pequeño, con espejos que multiplican cada ángulo. Me quito la chaqueta y la camisa, tomándome mi tiempo.

Después de todo, ¿qué gracia tendría si no lo hago bien?

Salgo del probador sin camisa, solo con los pantalones del traje puestos.

—Perdón —finjo buscar algo en el perchero exterior—, creo que falta la camisa.

El silencio repentino es delicioso. Por el reflejo del espejo, veo cómo Claire se queda paralizada a medio gesto, sus ojos recorriendo mi espalda antes de apartarse bruscamente.

—Está dentro del probador, signor Richardson —el sastre señala una percha—. Junto al chaleco.

—Ah, cierto —sonrío, girándome para volver al probador.

Claire finge estar muy ocupada con su tablet, pero el rubor que sube por su cuello la delata.

—Price —la llamo desde dentro del probador—, ¿podrías pedirle al sastre que venga? Creo que la manga derecha necesita un ajuste.

—El signor Giuseppe está ocupado con el traje del novio —su voz suena tensa—. Tendrás que esperar.

—O podrías ayudarme tú —sugiero, asomando la cabeza—. Al fin y al cabo, eres la experta en que todo salga perfecto, ¿no?

La veo dudar, su profesionalidad luchando contra su instinto de mantener las distancias conmigo. Profesionalidad: 1 - Instinto: 0.

—Está bien —suspira, acercándose—. ¿Cuál es el problema?

Salgo del probador ajustándome los puños de la camisa. El traje negro hace exactamente lo que debe: resaltar cada detalle de mi físico. Lo sé porque he visto cómo sus ojos me recorren durante una fracción de segundo antes de recuperar su compostura.

—La manga —extiendo el brazo derecho—. Creo que está demasiado larga.

Claire se acerca con cautela, como si temiera que fuera a morderla. Aunque, pensándolo bien...

—Parece correcta —sus dedos rozan la tela, ajustando el puño—. Quizás un centímetro...

—¿Un centímetro? —me inclino hacia ella—. ¿No eres un poco obsesiva con los detalles, Price?

—Algunos nos preocupamos por la perfección —replica, sin apartarse—. Otros se conforman con parecer un playboy de revista barata.

—¿Has estado mirando revistas de playboys, Price? —sonrío al ver cómo sus mejillas se tiñen de rosa—. Me halaga que investigues.

—Eres...

—¿Irresistible? ¿Encantador? ¿El hombre de tus sueños?

—Insufrible —pero sus dedos siguen en mi manga, y juraría que su pulso se ha acelerado.

—James —la voz de Marcus nos interrumpe—. ¿Todo bien por ahí?

Claire da un paso atrás como si la tela quemara.

—Todo perfecto —respondo sin apartar los ojos de ella—. Price me estaba dando una lección sobre... perfección.

—Ya veo —hay escepticismo en la voz de Marcus—. Claire, ¿podrías venir un momento? Giuseppe tiene dudas sobre la camisa.

—Por supuesto —prácticamente huye hacia la zona principal de la boutique.

Me quedo solo frente al espejo triple, observando mi reflejo. La manga que Claire ha estado ajustando parece más corta que la otra. Lo ha hecho a propósito, la muy...

Sonrío. Claire Price puede fingir todo lo que quiera, pero ese rubor en su cuello no miente. Ni tampoco el temblor en sus dedos cuando me tocaba.

La guerra no ha terminado, Price. Apenas está empezando.

Y si tengo que perder unas cuantas mangas más en el proceso... que así sea.

CLAIRE

Diciembre

Sophie da palmaditas de alegría cuando Emma le acerca el plato con su cena. Sus ricitos rubios rebotan con cada movimiento y no puedo evitar sonreír. ¿Cómo puede ser que esta cosita adorable tenga ya casi dos años?

El timbre suena justo cuando Sophie consigue atrapar un guisante con sus deditos regordetes.

—¡Debe ser James! —Emma se levanta—. Le dije que viniera a cenar para hablar de las despedidas.

Mi estómago da un vuelco.

—¿Las despedidas? —miro a Marcus buscando ayuda—. Emma, no creo que sea buena idea que...

—Los padrinos siempre organizan las despedidas juntos —me interrumpe con esa sonrisa soñadora que pone últimamente—. ¡Va a ser perfecto!

Marcus suelta un suspiro que conozco demasiado bien. Es el mismo que uso yo cuando James aparece en alguna reunión de la boda.

—Emma, cariño —su tono es suave pero firme—. Creo que Claire y James podrían organizarlas por separado. Sería más... prudente.

—Marcus... —Emma le lanza esa mirada que siempre lo desarma.

—Lo sé, lo sé —levanta las manos en señal de rendición—. Tradición y todo eso. Pero conste que sigo pensando que es una mala idea.

Antes de que pueda aliarme con Marcus en esto, Sophie suelta un gritito de alegría y su manita golpea el plato. Los guisantes salen volando como pequeña lluvia verde.

—¡Oh, cariño! —Emma ríe mientras Sophie mira asombrada el caos que ha causado.

—Vaya, vaya —la voz de James llega desde la puerta del comedor —. ¿Me he perdido una guerra de comida?

Mi pulso se acelera. Maldita sea.

Sophie extiende sus brazos hacia él, con esa sonrisa que derrite corazones.

—Mira lo que ha pasado —dice con su media lengua adorable, señalando los guisantes esparcidos.

—Ya veo —James se acerca y la levanta en brazos, ignorando la mirada de advertencia de Marcus—. ¿Has estado practicando malabares sin mí?

—Price —me saluda con esa sonrisa que hace que quiera estrangularlo. O besarlo. No, definitivamente estrangularlo—. ¿Lista para planear la fiesta del año?

—Será la despedida de soltero más profesional y sobria de la historia —replico, remarcando cada palabra.

—Oh, vamos —se sienta frente a mí con Sophie en su regazo—. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—En el mismo lugar que tu sentido de la responsabilidad: inexistente.

Emma nos mira como si fuéramos los protagonistas de una de sus novelas románticas favoritas. Marcus, por otro lado, parece estar considerando seriamente despedir a su Director de Tecnología.

Mi estómago se retuerce. Esto va a ser un desastre. Lo sé con la misma certeza con la que sé que el azul pálido es el color perfecto para bodas de primavera o que los centros de mesa nunca deben obstruir la vista entre comensales.

Pero Emma parece tan ilusionada... Y después de todo lo que ha pasado, después de Sophie, después de ver cómo por fin ha encontrado su final feliz con Marcus... ¿cómo voy a romperle el corazón?

Bien. Si tengo que hacer esto, será bajo mis términos.

Reuniones estrictamente profesionales. Agenda detallada. Y absolutamente ninguna oportunidad para que James Richardson despliegue ese encanto que hace que todas las mujeres de Manhattan pierdan la cabeza.

Todas excepto yo.

Espero.

CAPÍTULO 4

CLAIRE

—¿Un helicóptero a Las Vegas?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Intento mantener mi tono profesional, ese que uso cuando una novia sugiere soltar palomas en un espacio cerrado, pero hasta yo noto la incredulidad en mi voz.

James se balancea en la silla de mi despacho como si fuera suya. No, peor aún: como si yo fuera la invitada en mi propia oficina. La luz del atardecer se filtra por los ventanales, dibujando sombras doradas sobre su perfil, y me obligo a apartar la mirada. Lo último que necesito es distraerme con cómo la luz juega con los ángulos de su mandíbula.

—¿Qué? —extiende los brazos con esa gracia natural que hace que mis dedos se crispen sobre el bolígrafo—. A Marcus le encantan los helicópteros.

—Marcus tiene vértigo.

—Detalles, detalles...

Miro el reloj de mi escritorio: las siete y media. Llevamos dos horas encerrados en mi despacho y lo único que hemos conseguido es que mi dolor de cabeza aumente exponencialmente. El ambiente huele a café frío y a su colonia carísima, una combinación que está empezando a asociarse en mi mente con problemas.

Muchos problemas.

—Bien —respiro hondo, recordándome por enésima vez que soy una profesional. La mejor wedding planner de Manhattan. La que nunca pierde el control—. ¿Alguna otra idea que no implique riesgo de muerte?

Mientras espero su respuesta, repaso mentalmente mi lista de tareas pendientes. Debería estar revisando el contrato con la florista para la boda Henderson, o ultimando los detalles del menú vegano para los Mitchell. En cambio, estoy aquí, perdiendo el tiempo con James Richardson y sus ideas descabelladas.

—Podríamos alquilar un yate.

Se inclina hacia adelante y mi estómago da un vuelco traidor. La corbata aflojada, el brillo peligroso en sus ojos... todo en él grita problemas con letras mayúsculas y luces de neón.

—Conozco uno precioso en...

—No.

—Ni siquiera me has dejado terminar.

—Porque la última vez que organizaste una fiesta en un yate, acabaste en Page Six.

Las palabras salen como un disparo y, demasiado tarde, me doy cuenta de mi error. Su expresión se vuelve felina, depredadora, y sé que he revelado más de lo que pretendía.

—Ah, ¿has estado investigándome, Price? —su sonrisa se ensancha y algo en mi estómago se retuerce—. Me halaga.

—Leo los periódicos. No tiene nada que ver contigo —miento, ignorando el calor que sube por mi cuello. No pienso admitir que pasé una hora entera buscando su nombre en Google después de conocerlo.

Se levanta y empieza a pasear por mi despacho, estudiando las fotos de bodas que decoran las paredes. Su presencia parece llenar cada rincón, haciendo que mi santuario profesional se sienta repentinamente demasiado pequeño.

—¿Sabes cuál es tu problema, Price? —se detiene frente a una de mis bodas favoritas, sus dedos rozando el marco—. Te tomas todo demasiado en serio.

La foto muestra una ceremonia al atardecer en los Hamptons. Tres meses de planificación meticulosa para conseguir la luz perfecta, las flores exactas, el momento preciso. Por supuesto que me lo tomo en serio.

—¿Y sabes cuál es el tuyo? —contraataco, intentando ignorar cómo su silueta recortada contra la ventana me recuerda peligrosamente a un depredador acechando—. Que no te tomas nada en serio.

Se gira y hay algo en su mirada que hace que mi pulso se acelere. La luz del atardecer lo envuelve como un halo dorado, suavizando por un momento esa actitud de playboy que tanto me irrita.

—Te equivocas —su voz es más suave, casi íntima—. Me tomo muy en serio algunas cosas.

El aire entre nosotros cambia, se vuelve más denso. Me recuerdo que esto es trabajo, solo trabajo. Que estamos aquí para planear una despedida de soltero, no para... lo que sea que está pasando.

Carraspeo y vuelvo a mis notas, agradecida por la familiar seguridad de mi agenda de cuero italiano.

—Necesitamos algo especial pero controlado —digo, ignorando deliberadamente la forma en que me mira—. Algo que refleje quiénes son Emma y Marcus.

—¿Una fiesta en la Torre Walker? —sugiere, volviendo a sentarse frente a mí. Su corbata está aún más floja, y me obligo a no pensar en cómo mis dedos cosquillean con el deseo de enderezarla. O de quitarla del todo.

—¿Dónde Marcus pasa catorce horas al día? —arqueo una ceja—. Muy romántico.

—Vale, entonces...

El sonido de su estómago nos interrumpe, rompiendo la tensión del momento. Miro el reloj otra vez: las ocho. No me había dado cuenta de que era tan tarde. El cielo de Manhattan ya es una acuarela de azules y naranjas, y las luces de los edificios empiezan a parpadear como estrellas urbanas.

—Deberíamos pedir algo de cenar —las palabras salen antes de que pueda detenerlas. ¿De verdad acabo de sugerir prolongar esta tortura?

Su expresión de sorpresa valdría la pena fotografiar.

—Claire Price sugiriendo una cena informal en la oficina —se lleva una mano al pecho con fingido asombro—. ¿Es esto una alucinación o el hambre me está haciendo delirar?

Me arrepiento instantáneamente de mi oferta.

—Puedo cancelar la sugerencia si prefieres...

—Ni se te ocurra —saca su móvil con una rapidez que me hace sospechar que estaba esperando esta oportunidad—. ¿Chino?

Dudo un momento. Cenar con James Richardson en mi despacho rompe al menos tres de las reglas que me impuse esta mañana.

Pero mi estómago decide traicionarme con un gruñido poco profesional.

—Conozco un sitio en Chinatown —dice, sus dedos ya deslizándose por la pantalla—. Hacen unos dumplings que...

—El Golden Palace —le interrumpo, sorprendiéndome a mí misma —. En la esquina de Mott.

Sus ojos se iluminan con algo que parece genuino interés.

—¿Conoces el Golden Palace?

—Emma y yo solíamos pedir allí cuando... —me detengo. No. No vamos a hacer eso. No vamos a compartir historias personales ni crear ningún tipo de conexión—. Tienen un buen servicio a domicilio.

—Y los mejores dumplings de la ciudad —completa, estudiándome con una intensidad que me incomoda—. ¿Quién lo hubiera dicho? Claire Price, la reina del control, tiene debilidad por la comida callejera.

—No es comida callejera —me defiendo, aunque no sé por qué siento la necesidad de hacerlo —. Es un establecimiento perfectamente respetable que...

El sonido de su risa me interrumpe. No es su habitual risa de playboy, esa que usa para encandilar a las mujeres en los eventos. Es algo más genuino, más... peligroso.

—Relájate, Price —ya está marcando el número—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Mientras lo observo hacer el pedido, me pregunto en qué momento perdí el control de esta situación. El plan era una reunión rápida y profesional, no... esto.

Suspiro.

La luz de mi despacho parpadea suavemente, como si incluso ella quisiera recordarme que ya deberíamos habernos ido. Fuera, Manhattan se prepara para la noche, y aquí estoy yo, a punto de cenar con el último hombre con el que debería bajar la guardia.

—Treinta minutos —anuncia, quitándose casi la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa.

Aparto la mirada, maldiciendo internamente. Va a ser una noche muy larga.

Los treinta minutos se convierten en una tortura cuando James decide que es el momento perfecto para remangarse la camisa. Sus antebrazos son… increíbles.

—Entonces —dice mientras dobla meticulosamente cada manga—, ¿qué otros secretos oculta la perfecta Claire Price además de su amor por la comida china?

—Ninguno que sea de tu incumbencia —respondo, concentrándome en reorganizar los papeles de mi escritorio por tercera vez.

—¿Ni uno pequeñito? —se reclina en la silla, y la luz de la lámpara de mi escritorio dibuja sombras en su cuello que me distraen más de lo que deberían—. ¿Algo escandaloso? ¿Vergonzoso?

—¿Como acabar en Page Six por bañarse desnudo en la fuente del Plaza?

Sus ojos brillan con diversión.

—En mi defensa, era Nochevieja y perdí una apuesta.

—Por supuesto que sí.

El timbre del edificio suena como una bendita interrupción. Me levanto demasiado rápido, mis tacones protestando después de doce horas de uso continuo.

—Yo voy —James ya está de pie—. Tú relájate, Price. Pareces a punto de saltar por la ventana.

—Tentador —murmuro, pero él ya está saliendo del despacho.

En cuanto desaparece, me permito un momento de debilidad. Me quito los tacones con un

suspiro que es casi indecente y flexiono los dedos contra la alfombra. El alivio es instantáneo.

Mala idea.

James vuelve justo en ese momento, bolsas de comida en mano, y se detiene en seco al verme descalza.

—Vaya, vaya —su sonrisa debería venir con una advertencia de peligro—. ¿La infalible Claire Price tiene pies después de todo?

—No empieces...

Pero ya es tarde. Deja las bolsas sobre mi escritorio y se acerca con esa gracia felina que hace que todos mis instintos griten.

—¿Te duelen? —hay algo en su voz, una nota más suave que me descoloca.

—Es normal después de doce horas —intento sonar despreocupada, pero un movimiento en falso me hace hacer una mueca.

—¿Normal? —se arrodilla frente a mí antes de que pueda protestar—. Eso no parece normal, Price.

Sus dedos rozan mi tobillo y es como si una corriente eléctrica me atravesara.

—Es... —mi voz suena extraña incluso para mí— es una vieja lesión.

Sus dedos se detienen, pero no se apartan.

—¿Una lesión? —su voz ha perdido ese tono juguetón habitual.

El aire en el despacho parece más denso, más íntimo. La ciudad parpadea al otro lado de los ventanales, pero aquí dentro el tiempo parece haberse detenido.

—No es nada —intento retirar el pie, pero sus manos me mantienen en mi lugar con una suavidad sorprendente—. Una vieja historia.

—Me gustan las viejas historias —sus pulgares trazan círculos suaves en mi arco del pie, y algo dentro de mí se derrite—. Especialmente las que hacen que Claire Price pierda esa coraza de perfección.

Debería detener esto. Debería ponerme los zapatos, recordarle que estamos aquí por trabajo, mantener las distancias. Pero hay algo en la forma en que me mira desde su posición, arrodillado frente a mí, que hace que mis defensas se tambaleen.

—Ballet —la palabra sale casi como un suspiro—. Bailaba ballet.

Sus manos se detienen un instante, pero siguen en mi pie, anclándome a este momento.

—¿Profesional?

Asiento, odiando el nudo que se forma en mi garganta cada vez que pienso en ello.

—Casi. Estaba a punto de entrar en la compañía cuando... —trago saliva—. Una mala caída. El médico dijo que podría volver a bailar, pero nunca al nivel necesario para...

Me interrumpo. No quiero su lástima. No quiero ver esa mirada que todos ponen cuando cuento esta historia, ese oh, pobrecita que tanto detesto.

Pero cuando bajo la vista, no hay lástima en sus ojos. Hay algo más, algo que hace que mi pulso se acelere.

—Así que de ahí viene —murmura, más para sí mismo que para mí.

—¿De ahí viene qué?

—Tu obsesión por el control —sus dedos reanudan el masaje, arrancándome un suspiro involuntario—. La forma en que caminas, como si cada paso fuera una coreografía perfectamente planeada.

Me tenso.

—No necesito un análisis psicológico de...

—También explica por qué eres tan flexible.

El cambio en su tono es tan abrupto que tardo un segundo en procesar sus palabras. Cuando lo hago, el calor sube por mi cuello.

—¿Disculpa?

—Ya sabes —su sonrisa vuelve a ser esa mezcla de peligro y promesas—. Los bailarines son conocidos por su... flexibilidad. Apuesto a que puedes hacer posiciones muy interesantes.

El momento de vulnerabilidad se rompe, pero extrañamente, se lo agradezco. Es más fácil lidiar con este James, el que flirtea descaradamente, que con el que parece ver más allá de mis barreras.

—Eres incorregible —intento que mi voz suene severa, pero hay una sonrisa traicionera tirando de mis labios.

—Lo sé —sus pulgares presionan un punto especialmente tenso y tengo que morder el interior de mi mejilla para no gemir—. Es parte de mi encanto.

—Vamos a cenar antes de que termine matándote —bromeo.

Él se ríe, pero para mi sorpresa me hace caso.

Ni se imagina cuanto se lo agradezco.

El reloj marca las once cuando finalmente empujo mi plato vacío.

—Es tarde —digo, mirando los restos de nuestra cena improvisada esparcidos por mi escritorio—. Y seguimos sin llegar a ninguna parte.

James estira los brazos por encima de su cabeza, la camisa tensándose sobre sus hombros.

—Yo tengo muy clara mi propuesta —sonríe con ese aire de suficiencia que me saca de quicio —. Un fin de semana en mi yate. Empezamos en el puerto de Manhattan, navegamos hasta los Hamptons...

—No —lo corto por enésima vez—. Ya te he dicho que mi plan es mejor: alquilar una cabaña en las montañas. Algo íntimo, elegante. Podemos empezar la celebración por separado y luego juntar ambos grupos para una cena especial.

—Aburrido.

—Sofisticado.

—¿Sabes qué? —se levanta, recogiendo los envases vacíos—. Dejemos que ellos decidan.

—¿Qué?

—Marcus y Emma. Les presentamos las dos opciones y que elijan.

Me muerdo el labio, considerándolo. No es una mala idea. De hecho, es la primera idea sensata que ha tenido en toda la noche.

—Está bien —accedo, poniéndome los tacones con un suspiro—. Mañana podemos...

—Esta semana —me interrumpe—. El tiempo vuela, Price, y hay mucho que organizar. Especialmente si gana mi propuesta.

—En tus sueños, Richardson.

Su sonrisa se vuelve peligrosa.

—¿Quieres saber qué hay en mis sueños, Price?

—No —miento, cogiendo mi bolso—. Y ya es hora de que te vayas.

Mientras lo veo recoger su chaqueta, no puedo evitar pensar que esta noche ha sido... diferente. No mejor, me digo a mí misma. Solo diferente.

—Que descanses, Price —se detiene en la puerta—. Y gracias por compartir tu secreto de bailarina. Prometo usarlo solo para el mal.

Pongo los ojos en blanco, pero cuando la puerta se cierra tras él, me descubro sonriendo.

Esta guerra no ha terminado. De hecho, algo me dice que apenas está empezando.

CAPÍTULO 5

JAMES

Claire Price es un peligro con tacones de Louboutin.

La observo mientras configura el proyector para su presentación, toda ella eficiencia y elegancia contenida. Su ropa es como una armadura de profesionalidad, pero yo ya he visto las grietas en esa fachada. He visto sus pies descalzos sobre la alfombra, he escuchado su risa genuina cuando bromeábamos sobre dumplings.

Y eso me vuelve realmente loco.

—¿Todo bien, James? —Marcus me mira con esa expresión que dice que sabe exactamente en qué estoy pensando.

—Perfecto —miento, aflojándome la corbata. De repente hace demasiado calor en esta sala de reuniones—. Deseando ver cómo Price intenta vendernos su idea de retiro espiritual en las montañas.

Pero incluso mientras lo digo, mis ojos vuelven a ella. A la forma en que un mechón rubio se ha escapado de su moño perfecto, rozando su cuello. A cómo muerde ligeramente su labio inferior mientras ajusta el último detalle de su presentación.

Joder.

—Bien —su voz profesional llena la sala—. Empezaremos con mi propuesta para las despedidas.

Emma prácticamente rebota en su silla, emocionada. Marcus intenta parecer serio, pero hay un brillo en sus ojos cuando mira a su prometida que me revuelve el estómago. No por ellos, sino porque por un segundo, un brevísimo segundo, me pregunto cómo sería mirar a alguien así.

Mirar a Claire así.

El pensamiento me golpea como un puñetazo y tengo que resistir el impulso de levantarme y salir corriendo.

Claire comienza su presentación y, maldita sea, hasta sus diapositivas son elegantes. Por supuesto que lo son. Probablemente pasó horas eligiendo la tipografía perfecta.

—La idea es crear una experiencia íntima pero memorable — explica, y su voz profesional me recuerda dolorosamente a anoche, a cómo esa misma voz se quebró al hablar de ballet—. Una cabaña de lujo en las montañas, rodeada de naturaleza, pero con todas las comodidades.

Emma suelta un suspiro soñador. Mal presagio.

—Los grupos empezarían la celebración por separado —continúa Claire, y noto cómo evita deliberadamente mirarme—. Las chicas con un día de spa y actividades al aire libre, los chicos con deportes de aventura y...

—¿Deportes de aventura? —la interrumpo, incapaz de contenerme —. ¿Tú proponiendo algo arriesgado, Price?

Se gira hacia mí y por un segundo veo un destello de... algo en sus ojos. Algo que hace que mi pulso se acelere.

—Actividades perfectamente seguras y supervisadas —puntualiza —. No todos compartimos tu definición de diversión, Richardson.

«No todos compartimos tu definición de diversión.» Sus palabras de anoche resuenan en mi cabeza. El modo en que dijo mi apellido, como si fuera algo que quisiera quitarse de la lengua. El modo en que sus ojos brillaron cuando...

—James —la voz de Marcus me devuelve al presente—. ¿Tu propuesta?

Mierda. Me he perdido el final de su presentación por estar recordando cómo sus pies se veían descalzos sobre mi...

—Por supuesto —me levanto, aflojándome aún más la corbata. El nudo me está ahogando. O quizás es otra cosa—. Mi propuesta es más... dinámica.

Claire pone los ojos en blanco mientras tomo su lugar junto al proyector.

—Un fin de semana en mi yate —continúo, ignorando la advertencia en la voz de Marcus—. Música en directo, chef privado, servicio de primera. El sábado navegamos hasta los Hamptons...

—¿Y el presupuesto? —interrumpe Claire, toda ella eficiencia profesional.

La miro, y un recuerdo no deseado se cuela en mi mente: mi padre, en su despacho, contando fajos de billetes. «El dinero compra el silencio, James. Recuérdalo.»

—Eso no es ningún problema y lo sabes. Yo me encargo —las palabras saben amargas en mi boca.

—James —Marcus otra vez, con ese tono que usa cuando cree que estoy a punto de hacer una estupidez—. No todo tiene que ser...

—¿Excesivo? —completa Emma con suavidad—. James, quizás la idea de Claire...

Por supuesto. La perfecta Claire Price con su perfecta presentación y sus perfectas diapositivas. La observo mientras Emma enumera las ventajas de su propuesta, y algo se retuerce en mi estómago cuando veo el rubor de satisfacción en sus mejillas.

¿Por qué me importa tanto? Es solo otra mujer que prefiere el orden al caos, la seguridad a la aventura. Debería alegrarme. Las mujeres como Claire Price son complicaciones que no necesito.

Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en cómo sus ojos brillaban anoche cuando hablaba de ballet?

—Creo que está decidido —la voz de Emma me devuelve al presente—. La cabaña en las montañas es perfecta.

—Podemos empezar con los preparativos mañana mismo —dice Claire, y algo en mi estómago se retuerce cuando la veo organizar sus papeles con esa precisión que tanto me atrae—. Tengo varios lugares en mente que...

—Me parece bien —la interrumpo, sorprendiéndolos a todos, incluido a mí mismo—. Tú encárgate de todo. Confío en tu... perfección.

La palabra sale más amarga de lo que pretendo. Claire me mira con sorpresa, y por un segundo veo algo en sus ojos que hace que quiera retractarme, que quiera quedarme y...

No. No puedo.

—Si me disculpáis —me levanto bruscamente, aflojándome la corbata que de repente me ahoga—. Tengo una cita.

—James... —Emma empieza, pero ya estoy en la puerta.

No miro atrás. No puedo. Porque si lo hago, si veo una vez más cómo Claire muerde su labio mientras revisa sus notas, o cómo sus ojos brillan cuando habla de sus proyectos, voy a hacer una locura.

Puede que piensen que estoy molesto porque no hayan elegido mi idea, pero la verdad es que lo que realmente me aterra es la forma en la que me hace sentir Claire con su sola presencia.

Mierda.

Mientras camino hacia el ascensor, saco el móvil. Necesito una distracción. Necesito recordarme quién soy, qué soy. Necesito demostrarme que Claire Price no está despertando en mí algo que juré que nunca sentiría.

Marco el primer número que encuentro. No me importa quién sea. Solo necesito que no sea ella.

La suite del Plaza está en silencio. Me aflojo la corbata mientras observo las luces de Manhattan a través de los ventanales. Debería estar centrado en la mujer que llegará en cualquier momento. Victoria, creo. O quizás Olivia. Una de las modelos de la última campaña de Walker Enterprises.

Pero solo puedo pensar en un moño rubio deshaciéndose lentamente mientras su dueña

revisaba presentaciones.

El suave golpe en la puerta me sobresalta. Lleva tres minutos de retraso. Claire nunca llegaría tarde. Claire tendría una presentación perfectamente cronometrada y...

Mierda. Otra vez Claire.

—James —Victoria (¿o Olivia?) sonríe desde el umbral. Es el tipo de mujer que normalmente protagonizaría mis fantasías: piernas interminables, vestido de diseñador, ese aire de sofisticación estudiada que...

Que no tiene nada que ver con unos pies descalzos sobre una alfombra.

—Pasa —mi voz suena extraña incluso para mí—. ¿Una copa?

Se acerca con ese movimiento estudiado que en otra época habría sido suficiente para despertar mi interés. El vestido susurra contra el mármol mientras camina. Debería estar pensando en cómo se vería ese vestido en el suelo de la suite.

En cambio, mi mente vuelve a una blusa de seda blanca y una falda lápiz negra.

—James... —su voz es suave, seductora cuando se acerca. Sus dedos rozan mi pecho y espero... espero sentir algo. Lo que sea.

Nada.

Cierro los ojos, intentando concentrarme. Error. Detrás de mis párpados solo veo a Claire: la vulnerabilidad en su mirada, la forma en que su cuerpo se tensó cuando rocé su tobillo, cómo sus labios se curvaron alrededor de los palillos chinos...

—¿Todo bien? —Victoria/Olivia se presiona contra mí.

Y entonces lo sé. Mi cuerpo no responde. No hay ni una chispa de deseo, ni un maldito temblor de interés. Es como si mi cuerpo hubiera decidido que si no es Claire...

Joder.

No puedo creer que esto me esté pasando precisamente a mí.

—Lo siento —me aparto, pasándome una mano por el pelo—. Esto ha sido un error.

—¿Qué? —parpadea, confundida—. Pero pensé que...

—Mi chófer te llevará a casa.

Ni siquiera espero su respuesta. No puedo. Necesito aire. Necesito espacio. Necesito...

Necesito dejar de pensar en Claire Price.

Recojo mi chaqueta y me largo a casa.

Media hora después el ascensor se abre directamente en mi ático. No enciendo las luces; las vistas de Manhattan iluminada son suficientes. Me dirijo directamente al bar y me sirvo un whisky, observando cómo el líquido ámbar gira en el vaso. Como tantas otras noches, el reflejo en el cristal me devuelve los rasgos de mi padre: la misma mandíbula fuerte, la misma sonrisa que promete todo y no entrega nada.

«Eres exactamente como yo», solía decir mientras se ajustaba la corbata frente al espejo, preparándose para otra noche de «negocios». «No luches contra ello, hijo. Los Richardson no estamos hechos para el amor.»

Lo peor es que tenía razón. ¿Para qué fingir que podría ser diferente? ¿Para qué arriesgarme a destrozar a alguien como Claire igual que él destrozó a mi madre?

Aún recuerdo las noches en que ella esperaba despierta, fingiendo creer sus excusas. La forma en que su sonrisa se fue apagando año tras año, cómo sus ojos perdieron ese brillo que veo en los de Claire cuando habla de bodas perfectas y finales felices.

Dios, ¿cómo puede seguir creyendo en el amor después de todo lo que ve en su trabajo? ¿Cómo puede dedicar su vida a crear momentos perfectos cuando debe saber que la mayoría acabarán en divorcios y corazones rotos?

Mi madre aún cree en el amor. Aún intenta emparejarme con las hijas de sus amigas, como si no hubiera visto de primera mano lo que los hombres como yo hacemos con las mujeres buenas.

El whisky quema mi garganta, pero no tanto como la verdad: Claire Price merece mucho más que convertirse en otra Eleanor Richardson, esperando a un hombre que solo sabe romper promesas.

Me dejo caer en el sofá, aflojándome la corbata. La ciudad parpadea al otro lado de los ventanales, indiferente a mi crisis personal. Cierro los ojos, pero es peor. Porque ahora todo lo que veo es a Claire: la forma en que su falda se ajustaba a sus caderas mientras caminaba por la sala de reuniones, cómo sus dedos jugaban distraídamente con ese mechón rebelde de su moño...

Mi entrepierna cobra vida instantáneamente. Joder.

Esta es la señal. La prueba definitiva de que tengo que alejarme de ella. No solo porque Marcus me lo advirtió, sino porque esto... esto es peligroso. Una mujer que me afecta así, que hace que mi cuerpo solo responda a ella, que me hace querer ser mejor persona...

No. No puedo permitirme sentir algo así por Claire Price. No cuando sé exactamente cómo acabaría: con ella esperando por un hombre que acabaría traicionándola, como todos los Richardson hacemos.

Me levanto bruscamente. Está decidido. Dejaré que se encargue ella sola de la despedida. Mantendré mi distancia. Porque una mujer que me hace sentir así solo puede significar problemas.

Y lo peor es que, por primera vez en mi vida, me tentaría arriesgarme a tenerlos.

CAPÍTULO 6

CLAIRE

Por supuesto que no me molesta que James Richardson haya desaparecido estas últimas semanas. ¿Por qué iba a importarme? Ha sido un alivio poder organizar las despedidas sin tener que lidiar con sus ideas descabelladas y su sonrisa insufrible.

Reviso por enésima vez la lista de actividades mientras el sol de diciembre se cuela por los ventanales de la cabaña. Todo está perfectamente cronometrado: el spa para las chicas empezará en poco tiempo, mientras los chicos tendrán su clase de mixología con uno de los mejores bartenders de Manhattan. Después, tiro con arco para ellos, masajes para nosotras. Elegante. Sofisticado. Perfecto.

Como tiene que ser.

El crujido de neumáticos sobre la grava me hace levantar la vista. Los primeros coches empiezan a llegar y... no. No son mariposas lo que siento en el estómago cuando reconozco el Aston Martin de James.

Me obligo a seguir revisando la lista. No voy a mirarlo. No voy a...

—Price.

Su voz me golpea como una corriente eléctrica. Lleva tres semanas sin aparecer por ninguna reunión de la boda, y ahora está aquí, en vaqueros y jersey negro, con una sonrisa que debería ser ilegal antes del mediodía.

—Richardson —mantengo mi tono profesional—. Las actividades empiezan en una hora. Tu grupo estará en...

—¿Me has echado de menos?

—¿Echarte de menos? —arqueo una ceja, ignorando el modo en que mi pulso se acelera cuando se acerca—. ¿A ti y tus ideas descabelladas? Curiosamente, he sobrevivido.

—Ya veo —sus ojos recorren la sala principal de la cabaña, deteniéndose en los detalles que he pasado semanas perfeccionando —. Todo muy... correcto.

Dice «correcto» como si fuera una palabra sucia, y algo en mi interior se rebela.

—El éxito está en los detalles, Richardson —mantengo mi voz profesional mientras reviso mi tablet—. Aunque entiendo que ese concepto te resulte ajeno.

—¿Insinúas que no sé apreciar los detalles? —da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal—. Te sorprendería lo... minucioso que puedo ser cuando algo me interesa.

Hay algo en su tono que hace que el aire se espese entre nosotros. Me obligo a mantener la compostura, aunque siento el calor subiendo por mi cuello.

Las siguientes dos horas son un torbellino de invitados llegando, equipaje siendo distribuido y últimas instrucciones al personal. James se mantiene al margen, siguiendo cada uno de mis movimientos con esa intensidad que hace que mis manos tiemblen ligeramente al revisar las listas. Como si estuviera esperando el momento preciso para demostrar que mi planificación perfecta tiene grietas.

Para cuando empezamos con las actividades, ya he bebido dos copas de champán. Solo para calmar los nervios, me digo. No tiene nada que ver con cómo James se ha remangado el jersey mientras ayudaba a descargar las maletas. El muy idiota ni siquiera parece consciente del efecto que causa cuando se mueve por la habitación con esa gracia felina suya, como si el espacio le perteneciera.

—¿Todo bien? —Emma se acerca mientras las chicas se preparan para el spa—. Pareces... distraída.

—No, estoy perfectamente —miento, sirviéndome otra copa—. Solo asegurándome de que todo salga según lo planeado.

Lo que no estaba planeado era cómo el champán me haría sentir más ligera, más atrevida. Ni cómo, dos horas más tarde, me encontraría riendo con las chicas mientras el masajista trabajaba en nuestros hombros tensos.

—Necesitabas esto —murmura Emma desde la camilla contigua—. Últimamente trabajas demasiado. Apenas te veo fuera de las reuniones de la boda.

—Alguien tiene que mantener el control de todo —respondo, aunque el champán hace que las palabras salgan más suaves de lo que pretendo.

—Al menos tú no has tenido que aguantar a James estas semanas —suelta de repente—. No deja de preguntar por los preparativos.

El champán se me atraganta.

—¿Qué?

—Oh, sí —sus ojos brillan con diversión—. «¿Cómo va la organización?», «¿Price sigue con su plan?», «¿Ha mencionado si...»

No llego a escuchar el final de la frase porque la puerta se abre y entra un hombre con el uniforme del spa. Al menos, eso es lo que pienso durante los primeros segundos.

—Señoritas —su voz es profunda y su sonrisa demasiado ensayada mientras se acerca a nosotras—. Me han dicho que necesitan un... tratamiento especial.

Frunzo el ceño. No recuerdo haber programado ningún tratamiento adicional. Reviso

mentalmente mi agenda mientras el masajista comienza a moverse al ritmo de una música que definitivamente no es la relajante melodía que había seleccionado para el spa.

El champán hace que tarde unos segundos más de lo normal en procesar lo que está pasando. El hombre se mueve entre las camillas con una gracia estudiada, sus caderas marcando un ritmo que hace que varias de las chicas suelten risitas nerviosas.

Es entonces cuando empiezo a notar los detalles: el uniforme es demasiado brillante, los botones parecen diseñados para arrancarse, y esa sonrisa... definitivamente no es la sonrisa profesional del personal del spa.

—Oh. Dios. Mío —susurra Emma a mi lado, sus ojos como platos —. ¿Esto es...?

La realización me golpea justo cuando el «masajista» se lleva las manos al primer botón de su camisa, sus movimientos sincronizados con una música que ahora suena más fuerte.

—¡Esto no...! —intento incorporarme de la camilla, pero la combinación de aceite de masaje y champán hace que mis movimientos sean menos dignos de lo que pretendo.

Y entonces, como si el universo quisiera burlarse de mi pérdida de control, la puerta se abre de nuevo. Marcus está en el umbral, su expresión oscureciéndose peligrosamente mientras observa la escena.

Detrás de él, James se apoya en el marco de la puerta con una sonrisa que quiero borrarle de un golpe. Sus ojos encuentran los míos y, lejos de mostrar arrepentimiento, brillan con diversión y algo más... algo que hace que mi pulso se acelere a pesar de mi indignación.

—Sorpresa, Price —articula sin sonido, su sonrisa ensanchándose al ver mi expresión.

El «masajista» elige ese momento para arrancarse la camisa de un tirón, y el grito ahogado de Emma me devuelve a la realidad.

Marcus da un paso adelante, pero lo que me preocupa no es su evidente furia, sino la forma en que James me mira: como si acabara de ganar una batalla en nuestra particular guerra.

Y lo peor es que, mientras observo cómo sus ojos recorren mi cuerpo apenas cubierto por la toalla del spa, no estoy segura de quién está realmente ganando.

JAMES

El Aston Martin ruge mientras tomo la última curva hacia la cabaña. Tres semanas. Tres malditas semanas intentando convencerme de que lo que siento por Claire Price es solo una obsesión pasajera. Y aquí estoy, con el pulso acelerado solo de pensar en verla.

Patético.

—Céntrate, Richardson —murmuro, apagando el motor—. Es solo otra mujer.

Entro en la cabaña y la veo inmediatamente: impecable en su vestido negro, tablet en mano,

dando órdenes como una general en plena batalla. Su moño está tan perfecto que mis dedos cosquillean con el deseo de deshacerlo.

Mi cuerpo reacciona instantáneamente a su presencia. El sutil aroma de su perfume, la forma en que se mueve por el espacio como si le perteneciera... Maldita sea. El problema no solo sigue ahí, sino que ha empeorado.

Bien. Si no puedo ignorarla, como me he dado cuenta las tres últimas semanas en las que no he dejado de pensar en ello, tendré que «curarme» de otra manera. Una noche. Solo necesito una noche con Claire Price para sacármela del sistema. Para demostrarme que no es diferente a todas las demás.

La observo durante la siguiente hora, moviéndose por la cabaña como si fuera su reino personal. Cada detalle meticulosamente planeado, cada actividad perfectamente cronometrada. Esa máscara de perfección me está volviendo loco. ¿Dónde está la mujer real detrás de tanta planificación? ¿La que vi aquella noche en mi despacho, cuando hablaba de ballet con los ojos brillantes?

Y entonces lo veo: su plan para la tarde. Masajes relajantes. Meditación. Yoga. Todo tan... Claire Price. Tan correcto. Tan controlado.

Una sonrisa se forma en mis labios mientras la observo dar órdenes al personal del spa. Necesito ver qué hay debajo de esa fachada de perfección. Necesito verla perder el control, aunque sea por un momento.

Y sé exactamente cómo conseguirlo.

Saco el móvil mientras ella regaña a un camarero por colocar mal las copas. Sus mejillas están sonrojadas por la irritación, y hay un mechón rebelde escapando de su moño. Oh, sí. Esto va a ser divertido.

—¿Magic Mike's? —la voz al otro lado suena profesional—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Necesito a su mejor... profesional —sonrío mientras observo a Claire revisar su preciosa agenda—. Para una sesión de spa muy especial.

Mientras doy los detalles de la reserva, no puedo evitar fijarme en cómo maneja a todo el personal. Cada orden suya es precisa, medida, controlada. Y todos obedecen sin cuestionarla. La perfecta Claire Price en su elemento, dirigiendo su pequeño reino como si hubiera nacido para ello.

Me irrita. Me fascina. Me excita.

Porque mientras la observo, todo lo que puedo pensar es en cómo sería ser el primero en hacerla perder ese control. En demostrarle que hay situaciones donde ella no tendría más remedio que ceder el mando. Situaciones donde sus órdenes se convertirían en súplicas.

El pensamiento me golpea con una intensidad que me deja sin aliento. Claire Price suplicando.

Claire Price sometida. Claire Price...

Maldita sea.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. ¿A quién pretendo engañar? Las mujeres con las que me acuesto son como yo: buscan una noche de diversión sin ataduras. Sin confianza. Sin verdadera entrega. Y la dominación... la verdadera dominación requiere ambas cosas.

Es patético que a estas alturas siga fantaseando con encontrar a alguien que confíe lo suficiente en mí como para entregarse completamente. Para permitirme tomar el control total.

Y Price... ella es la antítesis de todo eso. La mujer que necesita controlarlo todo, que tiene cada minuto de su vida perfectamente planificado. Jamás confiaría en nadie lo suficiente como para ceder el control. Mucho menos en alguien como yo.

Quizás por eso me obsesiona tanto. Porque representa todo lo que deseo y nunca podré tener: una mujer fuerte que elija someterse, que confíe en mí lo suficiente como para dejarme guiarla al límite.

Y, sin embargo, aquí estoy, observándola como un adolescente obsesionado mientras ella revisa su preciada agenda. La perfecta Claire Price, que nunca permitiría que nadie tomara las riendas. Que nunca confiaría en mí lo suficiente como para...

No. Mejor no ir por ahí.

Me concentro en la llamada, dando los últimos detalles para el «masajista especial». Al menos esto me dará la satisfacción de verla perder el control, aunque sea por unos minutos. De ver grietas en esa armadura de profesionalidad que lleva como una segunda piel.

—¿A qué hora quiere el servicio, señor? —pregunta la voz al otro lado del teléfono.

Miro el cronograma.

—Durante la sesión de masajes —sonrío mientras la veo corregir la posición de unos cojines por tercera vez—. Quiero que sea una... sorpresa.

Cuelgo justo cuando ella se gira en mi dirección. Nuestras miradas se cruzan y por un segundo, un brevísimo segundo, veo algo en sus ojos que hace que mi pulso se acelere. ¿Vulnerabilidad? ¿Deseo?

No. Claire Price no es vulnerable. Y definitivamente no me desea. Solo está irritada por mi presencia, por cómo mi mera existencia amenaza su precioso orden.

Pues que se prepare para lo que está por llegar.

Dos horas después, durante la clase de mixología, no puedo dejar de mirar el reloj. La sesión de spa de las chicas debe estar en pleno apogeo, y mi pequeña sorpresa está a punto de llegar.

—¿Todo bien, James? —Marcus arquea una ceja mientras el bartender explica algo sobre

ginebras artesanales—. Pareces... distraído.

—De hecho... —sonrío, inclinándome hacia él—. Creo que deberías ir a ver cómo va la sesión de spa de las chicas.

—¿Por qué? —su expresión se vuelve suspicaz.

—Digamos que he mejorado un poco el programa de Claire — susurro—. Le he añadido un... toque especial.

La comprensión golpea su rostro justo cuando escuchamos música que definitivamente no es reñajante.

—James... —su tono promete problemas—. ¿Qué has hecho?

Mi sonrisa se ensancha mientras lo sigo hacia el ala del spa. Esto va a ser divertido.

Y entonces llegamos. Marcus entra primero, y yo... yo me apoyo en el marco de la puerta, buscando directamente sus ojos.

Ahí está. Ese momento exacto en que la comprensión golpea su rostro. El champán ha dejado un rubor delicioso en sus mejillas, y la toalla del spa revela más piel de la que su habitual vestuario profesional permite.

«Sorpresa, Price», articulo sin sonido, deleitándome en su expresión de indignación.

Pero lo que me golpea no es su sorpresa, ni siquiera la furia que prometen sus ojos. Es cómo mi cuerpo reacciona al verla así: vulnerable, descontrolada, hermosa. Y me doy cuenta de que este pequeño acto de rebeldía, esta travesura infantil para hacerla perder el control, solo ha conseguido empeorar mi obsesión.

Porque mientras observo cómo intenta mantener la dignidad en una situación que he creado específicamente para hacerla perder el control, todo lo que puedo pensar es en cómo se sentiría tener ese control sobre ella en otras circunstancias.

Mucho más íntimas.

CAPÍTULO 7

CLAIRE

Quiero matar a James Richardson.

La furia me recorre como una corriente eléctrica.

«El masajista» sigue moviéndose ajeno al caos que está creando. Las chicas sueltan risitas nerviosas, divididas entre la vergüenza y la diversión. Todas excepto Emma, que parece más preocupada por la expresión cada vez más oscura de Marcus.

—Emma... —la voz de Marcus es un gruñido bajo.

Conozco esa mirada. La he visto suficientes veces durante estos meses, cada vez que alguien se acerca demasiado a su prometida. Pero esta vez hay algo más: una determinación que me hace contener el aliento.

En tres zancadas llega hasta Emma, ignorando completamente al stripper que sigue con su rutina. Sin mediar palabra, la levanta sobre su hombro como si no pesara nada.

—¡Marcus! —Emma suelta una mezcla de grito y risa—. ¿Qué haces?

—Se acabó —su voz no admite discusión mientras se gira hacia el resto—. Esta tontería de las despedidas de soltero... —niega con la cabeza—. Solo quiero estar con mi prometida.

—¡Bájame! —protesta Emma, aunque su risa traiciona cualquier indignación real.

—Ni lo sueñes —la ajusta mejor sobre su hombro—. Tengo planes mejores para nosotros.

Y así, sin más, desaparecen por el pasillo, dejándonos a todos en un silencio incómodo solo roto por la música que sigue sonando.

Miro a mi alrededor: las otras chicas parecen no saber si seguir a Emma o quedarse. El stripper ha pausado su rutina, claramente esperando instrucciones. Y James... James sigue apoyado en el marco de la puerta con esa sonrisa insufrible suya.

La rabia inicial da paso a algo más... interesante. ¿Quiere arruinar mi planificación perfecta? Bien. Vamos a ver cómo le sienta que disfrute de su «mejora» en el programa.

—Chicas —sonrío, moviéndome con deliberada lentitud—. ¿Por qué no vais a ver cómo está Emma? —me giro hacia el stripper—. Excepto tú... ¿cómo te llamas?

—Ryan —sonríe él, sus abdominales brillando bajo las luces del spa.

—Ryan —repito, y noto cómo la mirada de James se oscurece cuando me acerco al stripper—. Ya que el señor Richardson se ha tomado la molestia de «mejorar» nuestro programa, sería una

pena no aprovecharlo, ¿no crees?

Las chicas captan la indirecta y empiezan a salir entre risitas. Algunas me lanzan miradas de complicidad, otras parecen sorprendidas al verme actuando así.

Perfecto. Que James vea que no soy tan predecible como cree.

—¿Qué tipo de... entretenimiento ofreces, Ryan? —pregunto, ajustando mi toalla de spa con estudiada casualidad.

Ryan capta inmediatamente el juego y se acerca, su sonrisa profesional volviéndose más seductora.

—Todo tipo de bailes —su voz es suave—. Privados, si lo prefiere.

Desde el rabillo del ojo, veo cómo James se tensa. Su postura aparentemente relajada contra el marco de la puerta ya no engaña a nadie: cada músculo de su cuerpo parece listo para saltar.

Interesante.

—¿Privados? —ladeo la cabeza, fingiendo considerarlo—. Bueno, técnicamente ya estamos en privado, ¿no?

Ryan se mueve con gracia estudiada, acercándose más. Sus movimientos son puramente profesionales, pero desde el ángulo de James... bueno, seguro que la vista es bastante sugerente.

—Podría mostrarle algunos de nuestros bailes más... exclusivos — Ryan extiende una mano hacia mí.

—Por favor —sonrío, alzando mi mano hacia la suya.

—Fuera.

La voz de James corta el aire como un látigo. Ya no está apoyado en el marco de la puerta; en algún momento ha entrado en la habitación y su presencia parece llenar todo el espacio.

—¿Disculpa? —me giro hacia él, fingiendo sorpresa—. Creí que querías que disfrutáramos de tu... mejora en el programa.

—He dicho fuera —repite James, sus ojos clavados en Ryan. Su tono no admite discusión, hay algo primitivo y dominante en él que hace que mi pulso se acelere—. Ahora.

Ryan, que claramente ha vivido situaciones similares antes, retrocede con profesionalidad.

—Ha sido un placer, señorita —hace una pequeña reverencia y se dirige a la puerta sin necesidad de que se lo repitan.

El silencio que queda tras su marcha es ensordecedor. La música sigue sonando, pero parece lejana, como si todo el oxígeno de la habitación hubiera sido reemplazado por la tensión entre

James y yo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —mi voz suena más temblorosa de lo que pretendo.

James avanza hacia mí, y por primera vez desde que lo conozco, no hay ni rastro de su habitual sonrisa burlona. Sus ojos son oscuros, peligrosos, y algo en mi interior se estremece en respuesta.

—¿Yo? —su voz es baja, controlada, pero hay un filo en ella que me hace retroceder instintivamente—. Creo que la pregunta es qué creías que estabas haciendo tú, Price.

—Disfrutando de tu «mejora» en el programa —alzo la barbilla, negándome a dejar que vea cómo me afecta su proximidad—. ¿No era eso lo que querías?

Da otro paso hacia mí. Y otro. Hasta que mi espalda toca la pared. No me había dado cuenta de que estaba retrocediendo.

—¿Es eso lo que crees? —está tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, oler su colonia mezclada con algo más primitivo—. ¿Que quería verte pavoneándote medio desnuda frente a un stripper?

—Yo no... —empiezo, pero las palabras mueren en mi garganta cuando su mano se apoya en la pared junto a mi cabeza, enjaulándome efectivamente.

—Tú no ¿qué, Claire? —Escucharlo usar mi nombre de pila, y el modo en que lo pronuncia hace que algo se derrita en mi interior—. ¿No estabas intentando provocarme?

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo. La toalla del spa de repente parece demasiado fina, demasiado corta. Demasiado poco.

—No todo gira en torno a ti, Richardson —intento que mi voz suene firme, pero fallo miserablemente cuando su otra mano encuentra mi cadera.

—¿No? —sus dedos se clavan ligeramente en mi piel, y el calor que desprenden atraviesa la tela como si no existiera—. Entonces no te importará que haga esto.

Se inclina más cerca, tanto que puedo sentir su aliento en mi cuello. No me toca, no realmente, pero cada centímetro de mi piel es dolorosamente consciente de su proximidad.

—James... —mi voz suena extraña, casi suplicante.

—Dilo otra vez —gruñe contra mi oído.

—¿Qué?

—Mi nombre —sus labios rozan el punto donde mi pulso late desbocado—. Dilo otra vez.

—James —suspiro, y algo en su control parece romperse.

Su boca encuentra la mía con una violencia que me roba el aliento. No es un beso suave ni tentativo. Es posesivo, dominante, como si quisiera marcarme. Como si quisiera borrar cualquier otro pensamiento de mi mente.

Y lo peor es que lo está consiguiendo.

Sus manos se enredan en mi pelo, deshaciendo el moño que tanto me había costado mantener perfecto. Me aprieta más contra la pared, y la frialdad contrasta con el calor que emana de su cuerpo.

—Claire... —gruñe contra mis labios, y hay algo en su voz que me hace estremecer—. Me estás volviendo loco.

—Tú empezaste —logro decir entre besos—. Con tu estúpida sorpresa...

—¿Y tu respuesta fue intentar provocarme? —se separa lo justo para mirarme a los ojos, y hay algo salvaje en su mirada que hace que mi corazón se acelere—. Mala elección, Price.

—¿Por qué? —lo desafío, aunque mi voz tiembla—. ¿No te gusta perder el control?

Su risa es baja, peligrosa.

—¿Perder el control? —sus dedos se deslizan por mi cuello, mi clavícula—. Cariño, no tienes ni idea de lo que es perder el control.

—Demuéstramelo —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Su mirada se oscurece aún más.

—No sabes lo que estás diciendo. ¿Estás segura? —hay una advertencia en su voz—. Porque una vez que empecemos...

—¿El gran James Richardson tiene miedo? —lo provoco, aunque mi corazón late tan fuerte que casi no puedo respirar.

Maldito champán. Debería estar parando esto, recordándole que soy una profesional, que estamos aquí por trabajo. Pero el alcohol me ha soltado la lengua y ha bajado mis defensas lo suficiente como para que esto, esta locura que está a punto de suceder, no me parezca tan mala idea como debería.

—No, cariño —su sonrisa es puro pecado mientras su mano se desliza por mi muslo, jugando con el borde de la toalla—. El miedo deberías tenerlo tú.

El champán también debe ser el culpable de que ese tono dominante en su voz me haga temblar de anticipación en lugar de irritación. De que sus palabras suenen más a promesa que a amenaza.

—James... —mi voz suena más vulnerable de lo que me gustaría.

—Última oportunidad, Claire —sus dedos se detienen en el nudo de mi toalla—. Si quieres parar, este es el momento.

Debería decir que sí. Debería apartarlo, volver a ser la Claire Price perfecta y profesional. Pero el champán, la adrenalina y la forma en que me mira...

—No pares —susurro, y veo el momento exacto en que su control se rompe.

Es mejor así, me digo mientras sus labios recorren mi cuello. Solo necesito sacar esta... atracción de mi sistema. Esta obsesión que lleva meses atormentándome. Una noche. Solo una noche para demostrarme que James Richardson no es más que otro playboy de Manhattan, que después de esto podré volver a mi vida perfectamente organizada sin que su sonrisa insufrible me distraiga cada vez que me lo cruzo.

Sus manos encuentran el nudo de mi toalla y...

—Aquí no —logro decir, aunque mi cuerpo protesta cuando lo aparto ligeramente—. Vamos a mi habitación.

Su risa baja y peligrosa hace que mi pulso se acelere.

—Oh, Claire... —sus dedos se enredan en mi pelo, tirando suavemente hacia atrás para obligarme a mirarlo—. ¿De verdad crees que vas a seguir controlando la situación?

Trago saliva, repentinamente consciente de la intensidad de su mirada.

—Yo no...

—Yo decido dónde —su voz no admite discusión—. Yo decido cuándo. Y créeme, después de tu pequeño espectáculo con el stripper...

No termina la frase. No lo necesita. La promesa en sus ojos hace que mis rodillas tiemblen.

Me lleva por el pasillo, en dirección opuesta a mi habitación. El champán hace que todo parezca un poco irreal, como si esto fuera un sueño del que despertaré en cualquier momento. Como si mañana pudiera fingir que esto nunca sucedió.

Como si después de esta noche pudiera olvidar cómo se siente James Richardson tomando el control.

JAMES

Me he hartado de jugar.

La dirijo por el pasillo, mis dedos firmemente entrelazados en su muñeca, y cada paso que damos alimenta esta furia que llevo conteniendo desde que la vi sonreírle a ese stripper. Claire Price, la perfecta y profesional, jugando con fuego sin saber que está a punto de quemarse.

Su pulso late desbocado bajo mis dedos. Puedo sentir cómo tiembla ligeramente, aunque

intenta mantener esa fachada de control que tanto me irrita. Que tanto me excita.

—James... —su voz es apenas un susurro.

—Silencio —ordeno, y siento cómo se estremece ante mi tono—. Has jugado bastante por hoy, ¿no crees?

Llegamos a mi habitación y la meto dentro, cerrando la puerta tras nosotros. La luz del atardecer se filtra por los ventanales, bañándola en tonos dorados. Su moño, desecho por mis manos, brilla como una aureola, y esa maldita toalla...

—Date la vuelta —mi voz suena más ronca de lo que pretendo—. Contra la pared.

Veo la duda en sus ojos, la batalla entre su necesidad de control y el deseo que oscurece su mirada. Por un momento creo que va a negarse, que va a volver a ser la Claire Price que necesita tenerlo todo perfectamente organizado.

Pero entonces...

Pero entonces obedece. El movimiento es lento, casi desafiante, pero obedece. Y esa simple acción hace que algo primitivo ruja en mi interior.

Esta mujer, que controla cada aspecto de su vida hasta el último detalle, está cediendo ante mí. La imagen es más erótica de lo que debería ser: su espalda contra la pared, la toalla apenas cubriendo lo esencial, su respiración agitada...

—Manos contra la pared —mi voz suena extraña incluso para mí —. Por encima de tu cabeza.

Otra vez esa pausa, ese momento de duda. Pero cuando levanta los brazos, cuando expone su cuerpo de esa manera... Dios.

—¿Así? —pregunta, y hay un temblor en su voz que me vuelve loco.

—Así —me acerco, dejando que sienta mi presencia, pero sin tocarla todavía—. Perfecta.

Un escalofrío la recorre cuando mi aliento roza su cuello. Está temblando, pero no de miedo. No, esto es algo más primario, más intenso.

—¿Sabes por qué estás así, Claire? —mis labios rozan su oído—. ¿Por qué voy a tomarte exactamente como yo quiera?

—James... —es casi una súplica.

—Responde la pregunta.

—Porque... —su voz tiembla— porque te he desafiado.

—Exactamente —mi voz es baja, peligrosa—. Has intentado demostrar que tienes el control. Que puedes provocarme y salirte con la tuya.

Un escalofrío la recorre cuando mis dedos rozan su cuello.

—No era mi...

—No mientas —la interrumpo—. Sabías exactamente lo que hacías con ese stripper. Querías demostrar que podías jugar a mi juego.

Sus manos se crispan contra la pared, pero no las baja. La obediencia en su gesto hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—Has conseguido exactamente lo que querías. Volverme loco — mis dedos se deslizan por su costado, rozando la tela de la toalla—. Y ahora vas a asumir las consecuencias.

Su respiración se vuelve más errática cuando mis manos encuentran sus caderas, manteniéndola firmemente contra la pared.

—¿Consecuencias? —su voz es apenas un susurro.

—Mmm —murmuro contra su cuello—. ¿Creías que podrías provocarme así y salir impune?

Mis dedos juegan con el borde de la toalla, rozando la piel expuesta de sus muslos. Está temblando bajo mi tacto, pero sus manos siguen obedientemente contra la pared.

—Toda esa fachada de control... —continúo, deslizando una mano por su espalda—. Esa necesidad constante de tenerlo todo perfectamente planeado...

—James, por favor...

—¿Por favor qué, Claire? —tiro suavemente de su pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás—. ¿Quieres que te toque? ¿Que te haga perder ese precioso control tuyo?

Un gemido suave escapa de sus labios, y algo en mi interior se estremece. Nunca me había permitido ser tan... dominante. Tan crudo. Con otras mujeres siempre mantengo un aire juguetón, una fachada de playboy despreocupado.

Pero con Claire...

Con Claire es diferente. Es como si una parte de mí que siempre había mantenido contenida hubiera despertado. Y lo más sorprendente es cómo ella responde. La perfecta Claire Price, la que necesita controlarlo todo, está temblando bajo mis manos, cediendo ante cada orden con una sumisión que hace que mi cabeza dé vueltas.

—Eres increíble —murmuro contra su piel, sorprendido por la honestidad en mi voz—. La forma en que respondes...

Sus dedos se crispan contra la pared, y puedo sentir cómo lucha contra su propia necesidad de control. Es fascinante. Es adictivo.

Una parte de mí está asombrada por mi propio comportamiento, por esta dominación tan

natural que emerge cuando estoy con ella. La otra parte sabe que esto es exactamente lo que ambos necesitamos. Lo que ella necesita, aunque nunca lo admitiría.

—Una noche —susurra contra la pared, su voz temblando ligeramente—. Solo necesito una noche para sacarte de mí sistema.

No puedo evitar reírme, bajo y peligroso, contra su cuello. La perfecta Claire Price, admitiendo que me necesita, aunque sea solo por una noche.

—¿Eso crees, Price? —mis dedos se enredan en su pelo, tirando suavemente—. ¿Que después de esta noche podrás volver a tu vida perfectamente organizada?

—Sí —dice, aunque su cuerpo la traiciona estremeciéndose bajo mi tacto—. Esto es solo... tensión acumulada.

—Por supuesto —murmuro, divertido por su intento de racionalizar esto—. Solo tensión.

—Exacto —su voz intenta sonar firme—. Después de esto, cada uno seguirá su camino.

—Tienes razón —presiono mi cuerpo contra el suyo, contradiciendo mis palabras—. Una noche para sacarnos esto del sistema.

—Una noche —repite, y suena más a súplica que a afirmación.

—Y después... —mis labios rozan su oído—. Después volverás a ser la perfecta Claire Price.

—Y tú volverás a ser...

—El insufrible James Richardson —completo, sonriendo contra su piel—. Pero ahora...

Mis manos encuentran el nudo de su toalla y lo deshago con un movimiento fluido. La tela cae al suelo con un susurro y Claire queda completamente expuesta ante mí.

—No te muevas —ordeno, dando un paso atrás para admirarla—. Mantén las manos donde están.

Su cuerpo tiembla ligeramente, pero obedece. La luz del atardecer dibuja sombras doradas sobre su piel, y la visión es más erótica de lo que imaginaba: su espalda arqueada, sus manos presionadas contra la pared, la forma en que su respiración agitada hace que su cuerpo se estremezca...

—Perfecta —murmuro, y veo cómo se estremece ante el elogio—. Absolutamente perfecta.

Me quito la camisa lentamente, dejando que la anticipación crezca. Cuando mis manos vuelven a su piel, el contraste entre el calor de nuestros cuerpos arranca un gemido de sus labios.

Mis manos trazan un camino por su espalda, memorizando cada curva, cada temblor. Claire responde a cada toque como si hubiera sido creada específicamente para mí, su cuerpo arqueándose, buscando más contacto.

—Tan sensible... —murmuro contra su cuello—. Tan receptiva...

Mis dedos encuentran puntos que la hacen gemir, lugares que la hacen temblar. Es como tocar un instrumento perfectamente afinado, cada nota exactamente donde debe estar.

—James... —su voz es apenas un suspiro.

—Paciencia —ordeno, aunque mi propio control pende de un hilo —. Vamos a hacer esto a mi manera.

La forma en que se estremece ante mis palabras me dice que estoy en lo correcto. Claire Price necesita esto tanto como yo: alguien que tome el control, que la libere de su propia necesidad de perfección.

Mi boca traza un camino por su cuello mientras mis manos exploran su cuerpo con deliberada lentitud. Cada centímetro de piel que descubro reacciona a mi tacto, como si Claire hubiera estado esperando esto tanto como yo.

—Dime que lo deseas —exijo contra su oído, necesitando oírla decirlo.

—Sabes que sí —intenta mantener ese tono profesional suyo, pero su voz tiembla.

—No —mis dedos se deslizan más abajo, arrancándole un gemido —. Quiero oírtelo decir. Sin control. Sin barreras.

Su resistencia se derrite bajo mis caricias, y cuando finalmente habla, su voz está llena de una necesidad que hace que mi sangre arda.

—Te deseo —susurra—. Dios, James... te deseo tanto...

La recompensa por su honestidad es inmediata. La giro para tenerla frente a mí, y la visión de Claire Price completamente entregada hace que algo primitivo ruja en mi interior.

Sus labios encuentran los míos mientras la mantengo contra la pared, su cuerpo respondiendo al mío como si hubiéramos estado ensayando esta danza durante años. Mis manos recorren sus curvas, memorizando cada reacción, cada suspiro.

—Dime que lo necesitas —exijo, mi voz ronca contra su piel—. Dime que necesitas esto tanto como yo.

—Lo necesito —admite, y por primera vez desde que la conozco, no hay ni rastro de su máscara profesional—. James, por favor...

La levanto en brazos y ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura instintivamente. El contraste entre nuestras pieles es embriagador: ella completamente expuesta, yo aun parcialmente vestido. El poder que me da esta situación es intoxicante.

—Vas a recordar esta noche —prometo contra su cuello—. Cada vez que intentes volver a ser la perfecta Claire Price, recordarás cómo te rendiste ante mí.

Sus uñas se clavan en mis hombros cuando la llevo hasta la cama. La deposito sobre las sábanas con una delicadeza que contradice el fuego que arde en mi interior. Claire, extendida ante mí como una ofrenda, su pelo platino esparcido sobre la almohada, sus ojos oscurecidos por el deseo...

—Tan hermosa... —murmuro, y por primera vez no hay burla en mi voz, solo admiración cruda y honesta.

Sus manos van hacia el botón de mis pantalones, pero las detengo.

—No —mi voz es firme—. Esta noche es sobre ti perdiendo el control. Sobre mí tomándolo.

Un gemido escapa de sus labios, y la forma en que su cuerpo se arquea me dice que he dado en el clavo. Necesita esto: alguien que la obligue a soltar las riendas, que la lleve al límite.

—James... —su voz es una súplica.

—Paciencia, cariño —sonrío contra su piel mientras mis labios trazan un camino descendente —. Vamos a tomarnos nuestro tiempo.

Sus manos se aferran a las sábanas cuando mi boca encuentra puntos especialmente sensibles, y cada gemido que arranco de sus labios es como una victoria personal.

—Por favor... —suplica, y el sonido de Claire Price rogando hace que mi control se tambalee.

—¿Por favor qué? —murmuro contra su piel—. Dime exactamente qué quieres.

—Tú... —su voz tiembla—. Te quiero a ti.

—Me tienes —mis manos recorren sus muslos, manteniéndola en el límite—. Pero vamos a hacer esto a mi manera.

Me incorporo lo suficiente para terminar de desvestirme, y la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo hace que algo primitivo ruja en mi interior. Cuando vuelvo a ella, el primer contacto de piel contra piel es electrizante.

Sus dedos se entrelazan con los míos cuando me posiciono sobre ella. El momento está cargado de una intensidad que nunca había sentido antes.

—Mírame —ordeno, necesitando ver sus ojos cuando finalmente nos unamos.

Los abre lentamente, y hay tanta vulnerabilidad en su mirada que algo en mi pecho se aprieta. Sus labios forman mi nombre en una súplica silenciosa. Deslizo una mano por su muslo, ajustando su posición.

—Dime que estás segura —mi voz es ronca, apenas contenida—. Necesito oírlo.

—James... —su voz tiembla—. Por favor...

—No —mantengo mi control por un hilo—. Dilo. Quiero oírte decir que me deseas. Que necesitas esto tanto como yo.

—Te necesito —admite finalmente Claire, rindiéndose—. Tómame, James. Como tú quieras.

Sus palabras encienden algo primitivo en mí. La agarro con más fuerza, dominante, posesivo.

—Vas a recordar quién manda aquí —gruño contra su oído—. Quién te hace perder ese precioso control tuyo.

Con un empujón firme me meto en su interior haciendo que a ambos se nos escape un gemido.

Joder. Es pura perfección.

Jamás he sentido nada mejor.

Sus uñas se clavan en mis hombros mientras marco un ritmo implacable.

—¿Quién tiene el control, Claire? —exijo, mi voz ronca.

—Tú —gime, completamente rendida—. Tú, James... siempre tú.

El clímax la golpea con fuerza, su cuerpo temblando bajo el mío mientras grita mi nombre. La sigo poco después, marcándola como mía.

Apoyo la cabeza a su lado y me doy cuenta de que nunca voy a poder superar esta noche.

Mierda.

La luz del amanecer me golpea como un puñetazo. Mi cabeza palpita. Extiendo el brazo instintivamente, buscando el calor de Claire, pero las sábanas están frías.

Se ha ido.

Me incorporo bruscamente y los recuerdos de anoche me golpean en oleadas: Claire sometida bajo mi cuerpo, sus gemidos, la forma en que se rindió completamente ante mí. Yo, perdiendo el control como nunca antes.

—Mierda —murmuro, pasándome una mano por el pelo.

La habitación muestra señales de nuestra noche juntos: su toalla del spa aún en el suelo, las sábanas revueltas, marcas de sus uñas en mis hombros. Y entonces la realización me golpea como un tren:

No usamos protección.

Yo, James Richardson, el hombre que nunca comete errores tan básicos... perdí la cabeza por completo. Claire Price me hizo perder el control de una manera que nunca creí posible.

Mi móvil parpadea en la mesilla. Tres llamadas perdidas de Marcus, un mensaje de mi madre, y nada de Claire.

—Joder —me levanto, necesitando una ducha y algo fuerte para el dolor de cabeza.

Pero mientras el agua cae sobre mi cuerpo, todo en lo que puedo pensar es en cómo se sintió tener a Claire completamente rendida ante mí. En cómo respondió a cada orden, cada toque, cada exigencia. En cómo, por primera vez en mi vida, el sexo fue más que un juego de poder.

Fue una rendición mutua.

Y eso, más que la falta de protección, más que su huida silenciosa, es lo que realmente me aterra.

CAPÍTULO 8

CLAIRE

Hotel Four Seasons, tres días antes de la boda Respiro hondo mientras reviso los arreglos florales del vestíbulo. Mes y medio. Han pasado mes y medio desde aquella noche en la cabaña, y he dedicado cada minuto de mi tiempo a demostrar que no cometeré el mismo error dos veces.

El cansancio que me persigue últimamente no ayuda a mantener mi fachada de perfecta profesional. Debería estar concentrada en los centros de mesa, en la iluminación, en los mil detalles que requieren mi atención. En cambio, me encuentro luchando contra unos incomprensibles cambios de humor y un agotamiento que ni tres expresos logran combatir.

He esquivado magistralmente cualquier posible encuentro con James Richardson: reuniones reprogramadas, llamadas derivadas a mi asistente, excusas brillantemente elaboradas. Todo un despliegue de creatividad que debería incluir en mi currículum.

Y ahora tendré que aguantarlo todo el fin de semana.

Es entonces cuando lo veo entrar al hotel, con ese aire de dueño del universo que tanto me irrita. Y me excita. Pero principalmente me irrita.

Al menos eso es lo que me repito cada mañana frente al espejo.

Lo observo moverse por el vestíbulo como si fuera el dueño del lugar. Saluda al personal con ese encanto natural suyo, hace reír a la recepcionista con algún comentario ingenioso, ayuda a una huésped a recoger su bolso caído. El perfecto James Richardson en su elemento, repartiendo sonrisas como si fueran caramelos en Halloween.

Es irritante. Es fascinante. Es...

Y entonces sucede. Nuestras miradas se cruzan a través del vestíbulo y el mundo se detiene. Veo el momento exacto en que su sonrisa cambia, volviéndose más depredadora, más... personal.

Como si todo su numerito de chico encantador hubiera sido solo el preludio para este momento.

Se excusa con la recepcionista, que lo sigue con ojos soñadores, y comienza a caminar hacia mí. Cada paso suyo hace que mi pulso se acelere, aunque mi rostro permanece perfectamente profesional. No pienso darle la satisfacción de ver cómo me afecta.

Agarro mi tablet como si fuera un escudo, fingiendo estar absorta en la lista de proveedores. Tal vez si lo ignoro...

—¿Sabes? —su voz suena demasiado cerca de repente—. He estado pensando.

Mantengo mis ojos fijos en la pantalla, aunque las letras bailan frente a mí.

—Eso debe ser doloroso para ti.

—Muy graciosa, Price —puedo oír la sonrisa en su voz—. Pero en serio, he estado pensando en lo bien que trabajamos juntos. Ya sabes, en la despedida...

—James... —hay una advertencia en mi tono.

—Solo digo que deberíamos repetir la... colaboración.

—Por última vez, James, no —siseo mientras intento concentrarme en mi tablet. Los arreglos florales para la boda de Emma y Marcus no van a organizarse solos—. Lo que pasó en la despedida de soltero fue un error.

Mi pulso se acelera solo de pensar en esa noche, pero me obligo a mantener mi expresión profesional. Soy Claire Price, la wedding planner más solicitada de Manhattan. He organizado bodas de celebrities y realeza. No voy a dejar que James Richardson me desestabilice.

Otra vez.

—¿Un error? —se apoya en la columna del Four Seasons, bloqueando mi camino con esa sonrisa que hace que todas las mujeres de Manhattan pierdan la cabeza. Todas excepto yo. O al menos de eso intento convencerme—. No parecía un error cuando...

—¡James, cariño!

La expresión de pánico que cruza su rostro casi me hace sonreír. Eleanor Richardson es una fuerza de la naturaleza, especialmente desde que Marcus y Emma anunciaron su compromiso. Ver a su mejor amigo sentar la cabeza parece haber despertado su obsesión por ver a James «establecerse».

—Madre —James se gira, la tensión evidente en sus hombros. Es extraño verlo así, sin esa arrogancia habitual que me saca de quicio —. No te esperaba hasta la cena.

—Oh, quería dar una vuelta por el hotel antes. Asegurarme de que todo esté perfecto para la boda —sus ojos se iluminan con ese brillo que conozco demasiado bien después de años organizando bodas. El brillo de una casamentera en potencia—. Y ya que te encuentro, cariño, Margaret me ha dicho que su hija Amanda también se aloja aquí este fin de semana. Es cirujana plástica, ya sabes, y...

—Madre, por favor —James se pasa una mano por el pelo, y odio notar lo atractivo que se ve cuando está nervioso—. Ya hemos hablado de esto.

—También viene Katherine, la hija de los Morrison. Acaba de volver de París y...

Debería irme. Esta es la oportunidad perfecta para escapar mientras James lidia con su madre. Tengo mil detalles que ultimar para la boda de mi mejor amiga, y solo faltan dos días. Pero mis pies se niegan a moverse.

Es entonces cuando su mirada se cruza con la mía, y reconozco ese brillo peligroso en sus ojos. El mismo que apareció justo antes de...

Oh, no.

—En realidad, madre —da un paso hacia mí—, estoy saliendo con alguien.

—¿Qué? —Eleanor y yo preguntamos al unísono.

—Claire —su mano encuentra mi cintura y me atrae hacia él antes de que pueda escapar. El calor de su palma atraviesa la tela de mi vestido como una marca—. Claire Price.

Le clavo el codo en las costillas, pero él solo sonríe más ampliamente. Siempre ha disfrutado provocándome, desde el primer momento en que nos conocimos en la oficina de Marcus.

—¿La organizadora de la boda? —Eleanor nos estudia con interés —. Vaya, vaya... ¿Y desde cuándo...?

—Hace poco —la interrumpo, intentando separarme. El aroma de su colonia está haciendo que mi cerebro se cortocircuite—. Y de hecho, es un malentendido. James y yo no...

—Estamos conociéndonos —me corta él, sus dedos apretando suavemente mi cintura en una advertencia—. ¿Verdad, cariño?

—Perfecto —Eleanor aplaude—. Entonces no te importará unirte a nosotros para cenar esta noche, ¿verdad, Claire? Me encantaría conocer mejor a la mujer que finalmente ha capturado el corazón de mi James.

Mi corazón se detiene. ¿Cenar? ¿Con Eleanor Richardson? ¿La mujer que una vez hizo llorar a una novia porque su vestido no era «suficientemente exclusivo»?

—Lo siento, pero tengo mucho trabajo con los preparativos de la boda y...

—Por favor —James susurra contra mi oído, y el calor de su aliento me hace estremecer—. Te debo una. Te deberé mil.

—No —me separo bruscamente—. Encuentra a otra para tu pequeña farsa.

Me alejo a paso rápido, ignorando la voz de Eleanor preguntando si he dicho «farsa». Necesito aire. Necesito distancia. Necesito...

Necesito olvidar cómo se siente su cuerpo contra el mío.

JAMES

La observo marcharse, y Dios, esos tacones deberían ser ilegales. El vestido se ajusta a sus curvas de una forma que me hace recordar cómo se sentía su piel bajo mis manos aquella noche en el bar. Claire Price es la única mujer en Manhattan que me hace perder el control, y lo peor es que ni siquiera parece intentarlo.

De hecho, hace todo lo contrario.

Es frustrante. Es irritante. Es...

Es absolutamente irresistible.

—James —la voz de mi madre me devuelve a la realidad—. ¿Me vas a explicar qué está pasando?

—Lo siento, madre. Tengo que irme.

Mientras me dirijo hacia los ascensores, no puedo evitar sonreír. Claire Price puede pensar que ha ganado esta batalla, pero no sabe lo persistente que puedo ser cuando quiero algo.

Y la quiero a ella.

Este fin de semana.

En mi cama.

Y si tengo que convertirla en mi novia falsa para conseguirlo... que así sea.

Después de todo, siempre consigo lo que quiero. Y lo que quiero es ver a Claire Price perder el control otra vez.

Como aquella noche en la despedida de soltero.

CAPÍTULO 9

JAMES

La suite del Four Seasons parece demasiado pequeña mientras repaso el programa de la boda por tercera vez. Claire lo ha organizado todo al milímetro, por supuesto. Cada detalle perfectamente cronometrado, cada participante con sus instrucciones específicas.

Incluidos los padrinos.

Una sonrisa se forma en mis labios mientras leo la nota al pie: «16:00 - Ensayo de la ceremonia. Imprescindible puntualidad». Casi puedo oír su voz remarcando esa última palabra, probablemente pensando en mis habituales retrasos.

Me aflojo la corbata, dejándola colgar suelta alrededor del cuello mientras me sirvo un whisky. El líquido ámbar brilla bajo la luz de la tarde, recordándome peligrosamente al color del champán en la despedida de soltero. Al modo en que los ojos de Claire brillaban cuando...

—Céntrate, Richardson —murmuro, dejando el vaso sin tocar.

El plan es simple: aprovechar cada momento oficial donde Claire no pueda evitarme. El ensayo de la ceremonia es perfecto: tendremos que caminar juntos, practicar nuestras posiciones, mantener las apariencias frente a todos.

Y después, la sesión de fotos.

Mi móvil vibra: un mensaje de Marcus.

«Ni se te ocurra llegar tarde al ensayo. Claire ya está bastante estresada.»

Sonrío mientras tecleo una respuesta: «¿Cuándo he llegado yo tarde a algo importante?»

La respuesta es inmediata: «¿Quieres la lista cronológica o alfabética?»

—Muy gracioso —murmuro al móvil, aunque la sonrisa no abandona mi rostro.

Me dirijo al baño, necesito una ducha y un cambio de ropa antes del ensayo. El agua caliente ayuda a aclarar mis ideas, aunque todas parecen girar en torno a cierta wedding planner y su irritante necesidad de control.

—Hora del show —murmuro a mi reflejo mientras me ajusto la corbata.

El salón del Four Seasons se ha transformado en una capilla improvisada. Claire está en el fondo, tablet en mano, dirigiendo a todo el mundo a sus posiciones con esa eficiencia militar suya. Ha elegido un vestido azul pálido para el ensayo y, maldita sea, incluso el modo en que cambia el peso de un pie a otro mientras revisa su tablet es hipnótico.

Me acerco justo cuando está dando instrucciones al fotógrafo.

—Price —sonrío al ver cómo su espalda se tensa al reconocer mi voz—. ¿Lista para nuestro gran momento?

—Es un ensayo, Richardson —ni siquiera me mira mientras marca algo en su tablet—. No un espectáculo.

—Oh, pero podría serlo —me inclino más cerca, aprovechando que el fotógrafo nos está ignorando—. Imagina los titulares: «El playboy de Manhattan finalmente sienta cabeza con la wedding planner más cotizada de la ciudad».

—Ni lo sueñes.

—Te propongo un trato —rozo su brazo fingiendo ajustar mi posición—. Finge ser mi novia durante el fin de semana y te juro que después de la boda no volverás a verme. Ni en las reuniones de empresa, ni en eventos sociales. Desapareceré completamente de tu vida.

Por supuesto que es mentira. No tengo la más mínima intención de alejarme de ella después de la boda, pero Claire necesita creer que tiene el control, que esto es solo un acuerdo temporal. Un pequeño engaño que nos beneficia a ambos.

—No.

—Padrinos a sus posiciones —la voz del oficiante nos interrumpe.

El ensayo de la ceremonia es una tortura exquisita. Claire mantiene su fachada profesional, pero puedo sentir cómo se estremece cada vez que mis dedos rozan «accidentalmente» su cintura mientras el oficiante nos da instrucciones.

—Y ahora las fotos —anuncia el fotógrafo—. Padrinos, quiero algo natural. Nada de poses rígidas.

Claire se tensa visiblemente. Natural. Su palabra menos favorita.

—Ven aquí, Price —sonrío, atrayéndola hacia mí—. Hagamos feliz al artista.

—Mantén las manos donde pueda verlas, Richardson —sisea mientras el fotógrafo nos coloca.

—Más cerca —indica el fotógrafo—. Señorita Price, relaje los hombros. Parece que está posando con una cobra venenosa.

—Si él supiera... —murmuro contra su oído, aprovechando para inhalar su perfume.

—Perfecto, mantengan esa intimidad —el fotógrafo dispara varias fotos—. Se nota que hay química entre ustedes.

La risa contenida de Emma nos llega desde algún punto detrás del fotógrafo. Claire está tan rígida que temo que se rompa.

—Sabes que esto sería mucho más fácil si aceptaras mi propuesta —susurro mientras el fotógrafo ajusta su lente—. Un fin de semana de fingir que te has enamorado perdidamente de mí y después... libertad total.

—¿Por qué yo? —murmura finalmente—. Hay decenas de mujeres que matarían por ser tu novia, aunque sea falsa.

—Porque ninguna de ellas volvería loca a mi madre tanto como tú —miento con facilidad. La verdad es demasiado peligrosa para admitirla, incluso a mí mismo.

—Ahora una más relajada —interrumpe el fotógrafo—. Señor Richardson, ¿podría susurrarle algo divertido a la señorita Price?

Si las miradas mataran, la de Claire me habría fulminado en el acto.

—¿Sabes qué sería divertido? —murmuro contra su oído—. Ver la cara de mi madre cuando le diga que la perfecta Claire Price ha caído rendida ante mis encantos.

—Eso no va a pasar.

—Ya veremos —mi mano encuentra la curva de su cintura, aunque una parte de mí teme que este juego me salga terriblemente mal.

—Perfecto —exclama el fotógrafo—. Esa tensión entre ustedes... es exactamente lo que buscaba.

Si él supiera que la verdadera tensión no tiene nada que ver con las fotos...

El fotógrafo nos libera finalmente y observo cómo Claire prácticamente huye hacia Emma, poniendo toda la distancia posible entre nosotros. Su rechazo constante debería irritarme, hacer que pierda el interés.

En cambio, solo consigue que la desee más.

Claire Price, la única mujer en Manhattan que no cae rendida ante mis encantos. La única que me hace trabajar por lo que quiero, que me desafía en cada encuentro. Y maldita sea si eso no me vuelve loco.

La veo consultar su tablet, probablemente reorganizando su precioso horario para evitarme el resto del día. Bien. Le daré este respiro, que piense que ha ganado esta batalla.

Pero esta noche, en la cena de ensayo... esta noche volveré al ataque.

Mi objetivo es claro: necesito que Claire finja ser mi novia durante este fin de semana. Y si en el proceso consigo que vuelva a perder el control en mi cama, como aquella noche en la cabaña...

Mejor aún.

CLAIRE

«...después de la boda no volverás a verme. Desapareceré completamente de tu vida.»

Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras observo a los camareros circular con bandejas de canapés. La cena de ensayo está saliendo exactamente como la planifiqué: la iluminación perfecta, la música al volumen adecuado, el champán fluyendo en la medida justa.

Todo perfecto.

Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en su estúpida propuesta?

Debería alegrarme. La promesa de no volver a ver a James Richardson después de la boda debería ser un incentivo, no algo que me revuelva el estómago. Pero aquí estoy, apretando mi tablet con más fuerza de la necesaria mientras observo cómo Eleanor Richardson prácticamente arrastra a su hijo hacia donde Amanda, la cirujana plástica, que está conversando con otras invitadas.

—Los canapés de salmón van después de los de foie —le indico a un camarero, agradecida por la distracción.

Pero incluso mientras corrijo la disposición de los aperitivos, mi atención vuelve a él como si fuera un imán. La forma en que Eleanor lo presenta, el modo en que Amanda se arregla el pelo mientras sonríe... La incomodidad evidente de James sería satisfactoria si no fuera porque cada minuto que pasa allí me irrita más.

Es solo un juego para él. Un fin de semana de diversión, una conquista más para su interminable lista. Y después... después «desaparecerá completamente de mi vida».

Como si fuera tan fácil.

Como si no hubiera dejado su marca en mi piel aquella noche en la cabaña.

Como si no me estuviera volviendo loca verlo forzado a socializar con...

—¿Todo bien, Claire? —la voz de Emma me sobresalta—. Pareces... tensa.

—Perfectamente —miento, forzando una sonrisa profesional—. Solo supervisando los últimos detalles.

Como que el mejor amigo de tu futuro marido no acabe envenenado por «accidente» con uno de mis canapés.

Eleanor ahora arrastra a Katherine, recién llegada de París, hacia el pequeño grupo. La chica es todo lo que una madre de alta sociedad podría desear: elegante, refinada, con un apellido que abre puertas en los círculos adecuados.

Mi tablet emite un pitido de protesta cuando mis dedos se crispan sobre ella.

—Claire —Emma me observa con una mezcla de diversión y preocupación—. Los canapés están perfectos, el champán está frío, y todo va según lo planeado. ¿Por qué no te relajas un...?

—Ahora no —la corto cuando veo a Katherine posar su mano sobre el brazo de James mientras ríe de algo que Eleanor ha dicho.

Antes de ser consciente de lo que estoy haciendo, mis pies ya me llevan hacia el grupo. La voz de mi consciencia me grita que me detenga, que esto es exactamente lo que él quiere, que voy a caer en su trampa...

Pero ya es tarde.

—James, cariño —las palabras salen de mi boca con una dulzura que haría sonrojar a una actriz de telenovela—. Te estaba buscando.

La sorpresa en su rostro dura solo un segundo antes de que esa sonrisa insufrible suya tome el control. Sus ojos brillan con algo peligroso mientras extiende su brazo hacia mí.

—Claire —mi nombre en sus labios suena como una victoria—. Justo estaba hablando de ti.

Su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia él con una familiaridad que hace que Eleanor sonría encantada. Katherine retrocede un paso, su mano cayendo del brazo de James como si quemara.

—¿De verdad? —arqueo una ceja, ignorando cómo mi pulso se acelera ante su contacto.

—Por supuesto —sus dedos se clavan suavemente en mi cadera —. Les estaba contando lo afortunado que soy de que finalmente hayas aceptado darme una oportunidad.

Eleanor parece que va a desmayarse de la emoción. Katherine murmura una excusa y se retira, probablemente a buscar una presa más disponible.

—Has tomado la decisión correcta, Price —susurra James mientras me atrae más cerca, su calor filtrándose a través de la tela de mi vestido.

Y pienso que probablemente acabo de cometer el mayor error de mi vida.

CAPÍTULO 10

JAMES

Claire se excusa temprano, murmurando algo sobre revisar los últimos detalles para mañana. La observo mientras se retira, su espalda perfectamente recta, como si llevara una corona invisible. Solo el ligero temblor en sus manos mientras recoge su tablet delata que está huyendo.

No la culpo. Mi madre lleva la última hora prácticamente vibrando de emoción contenida, y en cuanto Claire desaparece por la puerta...

—¡James! —Eleanor prácticamente me arrastra a un rincón más privado—. ¡No puedo creer que no me lo hayas contado antes! ¡Claire Price! ¡Es perfecta!

—Madre...

—¡Y pensar que he estado intentando presentarte a Amanda cuando todo este tiempo... ¡Oh, debo llamar a Margaret inmediatamente! ¡Y a Beatrice! ¡Y a...!

—Madre —intento interrumpir su entusiasmo, pero es como intentar detener un huracán con un paraguas.

—¡Tres títulos universitarios! ¡Y ese porte! ¡Esa elegancia natural! —saca su móvil y empieza a teclear frenéticamente—. ¿Sabes que su empresa organizó la boda de los...?

—Lo sé, madre. Todo Manhattan lo sabe.

—¡Y es tan diferente a las chicas con las que sueles... relacionarte! —sus ojos brillan con algo peligrosamente cercano a lágrimas de felicidad—. Por fin, cariño. Por fin has encontrado a alguien que...

—James —la voz de Marcus corta el monólogo de mi madre como un cuchillo—. ¿Podemos hablar un momento?

Antes de que pueda responder, su mano se cierra sobre mi brazo. Lo sigo al pasillo, no porque me arrastre, sino porque decido seguirlo. La diferencia es sutil pero importante.

—¿Se puede saber qué coño está pasando? —Marcus se gira hacia mí, la furia apenas contenida en su voz—. ¿Claire? ¿En serio?

¿Y tengo que enterarme así, viéndoos en medio de la cena?

Me apoyo en la pared con estudiada casualidad, una sonrisa perezosa en mis labios.

—¿Qué pasa, Marcus? ¿Te molesta no tener el control de la situación por una vez?

—No juegues conmigo —da un paso hacia mí, pero mantengo mi posición, mi sonrisa

ensanchándose—. Claire está fuera de límites y lo sabes. Te lo advertí, joder.

—¿Fuera de los límites? —arqueo una ceja—. No recuerdo haber firmado ningún contrato al respecto.

Marcus suelta una risa sin humor.

—Y encima tienes los cojones de ocultármelo. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

No puedo evitarlo: suelto una carcajada genuina.

—Relájate —me enderezo, igualando su altura—. No es lo que piensas.

—¿No? Porque lo que pienso es...

—Es falso —lo corto, mi diversión evidente—. Todo es una farsa para mantener a mi madre tranquila durante la boda.

Marcus se queda en silencio, procesando mis palabras.

—Te lo prometo —digo, manteniendo mi voz firme—. Es solo un acuerdo temporal. Claire lo sabe, yo lo sé. Nadie va a salir herido.

Marcus me estudia en silencio, la luz del bar dibujando sombras en su rostro.

—Por tu bien, espero que sea cierto —su voz es baja, amenazante —. Porque si lastimas a Claire...

—No voy a lastimarla —lo interrumpo, y por un segundo casi me creo mis propias palabras.

Casi.

Porque mientras veo a Marcus alejarse, mientras repito en mi cabeza que esto es solo un juego, una farsa conveniente para ambos, una voz traicionera me susurra que ya es demasiado tarde. Que en el momento en que Claire Price aceptó fingir ser mi novia, el juego dejó de ser un juego.

Y que, probablemente, soy yo quien va a salir herido.

CAPÍTULO 11

CLAIRE

—¿El señor Richardson? —La recepcionista del Four Seasons consulta su ordenador—. Lleva en el gimnasio desde las seis, señorita Price.

Por supuesto que está en el gimnasio. Probablemente intentando quemar el exceso de champán de la cena de anoche, donde tuve la tonta idea de aceptar ser su novia falsa. Brillante, Price. Absolutamente brillante.

Subo a mi habitación, debatiendo internamente qué ponerme. Mi habitual falda lápiz y blusa de seda quedarían ridículas en un gimnasio. Y necesito una excusa creíble para estar allí a estas horas.

Diez minutos después, vestida con leggings negros y top deportivo, vuelvo a bajar. Si alguien pregunta, simplemente iba a hacer yoga. No he bajado específicamente a buscarlo para poner unas reglas básicas antes de que esto se nos vaya de las manos.

Antes de que yo pierda el control.

El sonido de agua me guía hasta la piscina. Me detengo en la entrada, oculta tras una columna. James está terminando su último largo, y la visión hace que mi boca se seque. Maldita sea. Se suponía que iba a hacer esto rápido y profesional, no quedarme embobada viendo cómo sus músculos se flexionan con cada brazada.

Sale de la piscina de espaldas a mí, el agua resbalando por su cuerpo como una caricia. Se quita el gorro de natación, sacudiendo el pelo como en esos anuncios de revista que deberían estar prohibidos.

Y entonces, con una lentitud deliberada, se quita el bañador.

Mi cerebro cortocircuita. Debería irme. Debería darme la vuelta y fingir que nunca vi a James Richardson en todo su... esplendor. Pero mis pies parecen pegados al suelo.

Se gira. Lentamente. Deliberadamente. Como si hubiera sabido todo el tiempo que estaba aquí.

—¿Disfrutando de la vista, Price? —su sonrisa es puro pecado.

—¡Por el amor de Dios, tápate! —encuentro mi voz finalmente, aunque suena más aguda de lo que pretendía.

—¿Te pongo nerviosa? —da un paso en mi dirección, y retrocedo instintivamente—. No es nada que no hayas visto ya, Price. Y bastante detenidamente, si mal no recuerdo.

El calor sube por mi cuello al recordar la cabaña. La forma en que mis manos recorrieron cada centímetro de ese cuerpo que ahora exhibe tan descaradamente.

—Lo que me pones es furiosa —replico, manteniendo mi mirada firmemente en su cara—. ¿Es que no tienes decencia?

—¿Decencia? —su risa es baja, peligrosa mientras acorta la distancia entre nosotros—. Anoche no parecías muy preocupada por la decencia cuando te pegabas a mí para marcar territorio frente a Katherine.

No deja de caminar hacia mí.

—Estaba actuando —mi espalda choca contra la pared. ¿Cuándo retrocedí tanto?—. Es lo que

acordamos, ¿recuerdas? De hecho, he venido a establecer algunas reglas básicas para este... acuerdo.

Su sonrisa se ensancha peligrosamente.

—¿Reglas? ¿Y tenías que venir al gimnasio para eso?

—Iba a hacer yoga —miento, aunque mi voz suena débil incluso para mí.

—Por supuesto —da otro paso hacia mí—. Yoga.

En un movimiento rápido, me escabullo bajo su brazo. Me quito el jersey deportivo y se lo lanzo a la cara.

—Tápate, por el amor de Dios —ordeno, cruzando los brazos sobre mi sujetador deportivo—. No pienso tener esta conversación contigo desnudo.

Sus ojos recorren mi torso expuesto con deliberada lentitud.

—¿Y crees que verte en sujetador va a ayudar a mi concentración, Price?

—Es un top deportivo —me quejo indignada.

—Puedo verte los pezones, Claire. Definitivamente, eso es un sujetador.

El sonido de la puerta del gimnasio abriéndose nos sobresalta. James reacciona con una velocidad sorprendente: en un segundo me ha cubierto con mi propio jersey y se ha movido hasta la toalla para envolvérsela en la cintura.

—Suficiente, Claire. Espérame en el restaurante —su voz es baja y autoritaria contra mi oído mientras se coloca entre mi cuerpo y la entrada—. Me ducho y bajo. Y por Dios, Price, no vayas enseñando por ahí esas tetas que me pertenecen.

El calor que se extiende por mi vientre ante sus palabras posesivas me hace huir prácticamente corriendo hacia el restaurante. No sin antes escuchar su risa suave a mis espaldas.

JAMES

Claire está sentada en una mesa junto al ventanal, su postura tan perfecta como siempre. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva uno de esos vestidos que parecen diseñados específicamente para torturarme: lo suficientemente profesional para una reunión de negocios, lo suficientemente ajustado para que no pueda pensar con claridad.

Me detengo en la entrada del restaurante, permitiéndome un momento para observarla mientras revisa algo en su tablet. Ni siquiera el camarero que le sirve café consigue que aparte la mirada de la pantalla. La perfecta Claire Price, siempre en control.

Excepto cuando está conmigo.

—Buenos días, otra vez —me deslizo en la silla frente a ella—. ¿Has pedido ya, o estabas esperando a que tu novio falso te recomendara el desayuno?

Sus ojos se entrecierran peligrosamente por encima de su taza de café.

—He pedido un croissant —responde con ese tono profesional suyo que me vuelve loco—. Y no eres mi novio falso hasta que acordemos las reglas.

—¿Las mismas que has roto esta mañana enseñándome las tetas?

El rubor que sube por su cuello es fascinante.

—Yo no... —se interrumpe cuando el camarero se acerca con su croissant—. ¡Estás dándole la vuelta a la situación, el que estaba desnudo eras tú! —me responde irritada y por alguna razón que no comprendo del todo me encanta volverla loca.

Me encanta estar con ella.

Joder. Esto es peligroso.

—No sé de qué me estás hablando —sonrío mientras pido mi desayuno.

La observo mientras parte un trozo de croissant con dedos elegantes. Incluso algo tan simple como desayunar lo hace con esa gracia estudiada suya que me saca de quicio.

—Primera regla —dice, y tengo que contener una sonrisa al ver cómo intenta mantener su tono profesional—. Nada de contacto físico innecesario.

—Define innecesario —me inclino sobre la mesa—. Porque anoche parecía bastante necesario que mi mano estuviera en tu cintura mientras bailábamos.

—Eso era... —se interrumpe cuando deslizo mi pie contra el suyo bajo la mesa—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Nada —mantengo mi expresión inocente—. ¿O esto cuenta como contacto innecesario?

Intenta apartar su pie, pero el mantel largo nos oculta de miradas indiscretas y decido aprovecharme.

—Segunda regla —su voz tiembla ligeramente cuando mi pie sube por su pantorrilla—. Nada de... de...

Se interrumpe cuando lleva un trozo de croissant a sus labios. El pequeño gemido que escapa de su garganta va directo a mi entrepierna. Maldita sea.

—¿De qué, Price? —mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

—De esto —gesticula vagamente entre nosotros—. De intentar... desestabilizarme.

—¿Yo? —arqueo una ceja—. No soy yo quien está haciendo sonidos pornográficos con un croissant.

El rubor en sus mejillas se intensifica.

—No estoy haciendo... —se interrumpe, tomando un sorbo de café para recomponerse—. Tercera regla: nada de comentarios sugerentes en público.

—¿Y en privado? —sonrío cuando casi se atraganta con el café.

—James...

—¿Sí, cariño? —me inclino más cerca, bajando la voz—. ¿O «cariño» cuenta como comentario sugerente?

—Estoy intentando ser seria.

—Y yo estoy siendo completamente serio —mi pie sigue su camino por su pierna—. De hecho, nunca he estado más serio sobre hacer gemir a alguien en un restaurante.

Sus dedos se crispan alrededor de la taza.

—Cuarta regla —intenta que su voz suene firme—. Nada de... de insinuaciones sobre lo que pasó en la cabaña.

—¿Te refieres a cuando me suplicaste que te follara?

—¡James! —sisea, mirando alrededor para asegurarse de que nadie nos escucha.

—Vale, vale —levanto las manos en señal de rendición, aunque mi pie sigue su exploración —. Nada de mencionar cómo te retorcías bajo mis manos o lo fuerte que te corriste.

El golpe de su tacón contra mi espinilla me interrumpe. Pero vale la pena por ver cómo sus pupilas se dilatan al recordar esa noche.

—Quinta regla —su voz es apenas un susurro—. Nada de... distracciones mientras trabajo en la boda.

—Define distracciones.

Toma otro bocado de croissant, probablemente para ganar tiempo. El gemido que escapa de sus labios esta vez parece deliberado.

—Dos pueden jugar a esto, Richardson —murmura con una sonrisa que promete problemas.

—¿Me estás amenazando, Price? —me inclino hacia adelante, disfrutando de cómo contiene el aliento—. Porque si quieres jugar...

—Sexta regla —me interrumpe, aunque su voz tiembla ligeramente—. Nada de... de mirarme

así.

—¿Así cómo?

—Como si fuera... —se humedece los labios, y el gesto me distrae más de lo que debería— como si fuera el maldito croissant.

Una carcajada escapa de mi garganta antes de poder contenerla.

—¿El croissant? —arqueo una ceja—. Cariño, las cosas que quiero hacerte son mucho menos inocentes que las que le estás haciendo tú a ese pobre pastel.

El rubor que sube por su cuello es fascinante. Especialmente porque sé exactamente hasta dónde llega. Lo comprobé bastante exhaustivamente en la cabaña.

—Séptima regla —su voz suena más aguda de lo normal—. Nada de... de recordarme lo que quieres hacerme.

—¿Por qué no? —mi pie encuentra el dobladillo de su vestido—. ¿Te pone nerviosa?

—Lo que me pone es... —se interrumpe cuando el camarero aparece con mi desayuno.

—¿Te pone qué, Price? —pregunto cuando estamos solos de nuevo—. Por favor, termina esa frase. Me muero por saber qué te pongo.

Claire respira hondo, enderezándose en su silla y apartando mi pie con firmeza. La veo recomponerse, volviendo a ser la perfecta profesional que tanto me irrita. Y me excita.

—Recapitulemos —su voz recupera ese tono de negocios—. Las reglas son simples: Uno, nada de contacto físico innecesario. Dos, nada de intentar desestabilizarme. Tres, nada de comentarios sugerentes en público. Cuatro, la cabaña no se menciona. Cinco, no interferirás con mi trabajo en la boda. Seis, controla esa mirada tuya. Y siete... —se levanta, alisando su vestido —. Nada de jugar con fuego, Richardson.

—¿Y si quiero quemarme? —sonrío, aunque algo en su postura me dice que el juego ha terminado. Por ahora.

—Esas son las reglas —recoge su tablet—. Tómalas o déjalas. Tengo una boda que organizar.

La observo alejarse, sus tacones marcando un ritmo preciso contra el suelo del restaurante. Varias cabezas masculinas giran a su paso, y algo primitivo se retuerce en mi estómago.

—Oh, voy a tomarlo, Price —murmuro, llevándome la taza a los labios—. Y después voy a romper cada una de tus preciosas reglas.

CAPÍTULO 12

CLAIRE

—¡Claire Price! —la voz de Emma resuena por el pasillo del hotel—. ¡Ni se te ocurra huir de mí!

Me detengo a medio paso, maldiciendo internamente. He estado esquivándola toda la mañana, sabiendo que este momento llegaría. Emma puede ser como un terrier cuando quiere información, y después del espectáculo de la cena de ayer con James...

—Emma, tengo mil cosas que...

—¿Tú y James? —me interrumpe, prácticamente vibrando de emoción—. ¿Cuándo pensabas contármelo? ¡Soy tu mejor amiga! ¡Se supone que estas cosas me las cuentas a mí primero!

Sus ojos brillan con algo peligrosamente cercano a lágrimas de felicidad. Oh, Dios. Esto es peor de lo que pensaba.

—No es lo que piensas —la agarro del brazo y la arrastro hacia un rincón más discreto, lejos de oídos curiosos—. Es solo... un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —frunce el ceño, y puedo ver el momento exacto en que su emoción empieza a transformarse en confusión.

—Para mantener a su madre tranquila durante la boda —bajo la voz, mirando alrededor para asegurarme de que Eleanor no está cerca—. Ya sabes cómo es con sus intentos de emparejar a James.

—Pero... —Emma me estudia con esa mirada que siempre me hace sentir como si pudiera leer a través de mí—. La forma en que os mirabais anoche durante el baile... Y cómo te agarraba de la cintura...

—Estábamos actuando —la interrumpo, quizás demasiado rápido —. Es lo que acordamos.

No menciono la cabaña. Ni el gimnasio esta mañana. Ni cómo su pie rozando mi pierna durante el desayuno me ha hecho perder el hilo de mis pensamientos tres veces. Hay cosas que ni siquiera mi mejor amiga necesita saber.

—Claire —su tono es suave, casi maternal—. Miras a James de una forma muy especial.

El calor sube por mi cuello. ¿Qué está diciendo? No puede ser.

—No lo miro de ninguna forma especial —protesto débilmente—. Es solo que... me irrita. Me saca de quicio con esa sonrisa insufrible suya y...

Mi móvil interrumpe lo que probablemente habría sido un discurso demasiado revelador sobre las múltiples formas en que James Richardson altera mi tranquila existencia.

—Claire Price —contesto, agradecida por la interrupción.

—Señorita Price —la voz de Sarah, la recepcionista, suena preocupada—. ¿Podría acercarse a recepción? Tenemos una situación que requiere su atención.

Miro a Emma, que sigue observándome con esa expresión que dice claramente que nuestra conversación no ha terminado.

—Voy enseguida —respondo, colgando—. Lo siento, Emma, el deber llama.

—Esto no ha terminado —advierte mientras caminamos hacia el ascensor—. Vas a contarme exactamente qué está pasando entre James y tú.

Cuando llegamos a la planta baja, vemos que el vestíbulo del Four Seasons está especialmente concurrido esta mañana. Sarah, la recepcionista, me saluda con una sonrisa tensa cuando me acerco al mostrador.

—Señorita Price, gracias por venir.

—¿Cuál es el problema?

—Es sobre la señora Morrison —baja la voz—. Ha llegado hace media hora con su sobrina. Al parecer, la chica acaba de aterrizar de Italia y...

—¿Su sobrina? —frunzo el ceño. No recuerdo ninguna sobrina en la lista de invitados—. No tenía constancia de...

—Ese es el problema —Sarah teclea algo en su ordenador—. Con la boda, estamos al completo. No tenemos ninguna habitación disponible.

Observo a la joven en cuestión: elegante, con ese aire italiano inconfundible, charlando animadamente con su tía en el área de espera. La señora Morrison es una de las mejores amigas de Eleanor Richardson. No puedo permitir que esto se convierta en un problema.

—De acuerdo —asiento, tomando una decisión—. Puede quedarse en mi habitación. Yo me buscaré algo cerca.

—Claire, cariño, ¿hay algún problema?

Mi espalda se tensa automáticamente al reconocer la voz de Eleanor Richardson. Me giro para encontrarla acercándose con esa elegancia depredadora suya, James la sigue con una expresión divertida que no augura nada bueno.

—Solo un pequeño asunto de logística —respondo con mi mejor sonrisa profesional. No necesito que se meta en esto.

—La señorita Price acaba de ofrecerse a ceder su habitación a la sobrina de la señora Morrison —interviene Sarah desde recepción—. Estábamos buscando alternativas en hoteles cercanos...

Dios mío, voy a matar a Sarah.

—¿La sobrina? —Eleanor mira hacia el área de espera donde la joven charla con su tía—. ¡Ah, Valentina! No sabía que vendría. Aunque tiene sentido, acaba de terminar su temporada en Italia y... —se interrumpe de golpe, procesando el resto de la información—. Espera, ¿has dicho

ceder su habitación? ¡Ni hablar! ¡Absolutamente inaceptable!

—De verdad, no es ningún problema —intento explicar—. Ya he localizado varios hoteles que...

—¿Hoteles? —James interviene, y su tono me hace querer estrangularlo—. ¿Mi novia durmiendo en otro hotel? —da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal como siempre hace—. ¿Qué clase de imagen daríamos?

—La imagen me importa bastante poco —replico entre dientes—. Es la solución más práctica.

—¡Por supuesto que no! —Eleanor parece escandalizada ante la mera sugerencia—. ¿Qué dirán los invitados si se enteran de que la novia de James Richardson está alojada en otro hotel? ¡Menudo escándalo!

—Señora Richardson...

—Eleanor, querida. Pronto seremos familia.

Casi me ahogo con mi propia saliva. James, el muy desgraciado, tiene el descaro de parecer enormemente entretenido con toda la situación.

—Además —James sonríe con esa expresión que me hace querer abofetearlo—, tengo una suite más que espaciosa. Sería un desperdicio no compartirla, ¿verdad, madre?

—¡Por supuesto! —Eleanor prácticamente resplandece—. La suite de mi hijo es enorme, y las vistas son espectaculares. James insistió específicamente en reservarla, aunque ahora entiendo por qué...

Me atraganto con el aire.

—No creo que sea apropiado —intento mantener un tono profesional—. Como organizadora de la boda, necesito mantener cierta... distancia profesional.

—Tonterías —Eleanor agita una mano en el aire, como espantando mis preocupaciones—. Todo el mundo sabe que estáis juntos después de lo de anoche. De hecho, Margaret me comentaba lo adorable que os veíais bailando...

—Madre —James interrumpe, y por un momento creo que va a ayudarme—. ¿Por qué no vas a saludar a Valentina? Seguro que tiene mil historias que contarte sobre Italia.

Eleanor se ilumina ante la sugerencia.

—¡Oh, tienes razón! Además, debería preguntarle sobre ese diseñador del que me habló... —se gira hacia mí—. Claire, querida, no se hable más. Te quedarás con James.

La observo alejarse, dejándome atrapada en una situación que se complica por momentos. James da un paso más cerca, y su colonia me envuelve como una promesa peligrosa.

—Vamos, Price —murmura, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche—. ¿No decías que querías mantener la farsa creíble?

Lo miro, intentando contener las ganas de clavarle el tacón en el pie.

—Esto no era parte del trato —susurro furiosamente—. Las reglas eran claras: nada de...

—¿De qué? —su sonrisa se ensancha—. ¿De compartir habitación? Vamos, Price. Ya hemos compartido cosas más íntimas que una suite.

El calor sube por mi cuello al recordar la cabaña. Y el gimnasio. Y el desayuno.

—Eso fue diferente —intento mantener mi voz firme—. Esto es...

—¿Peligroso? —se inclina más cerca, y su aliento cálido contra mi oído me hace estremecer —. ¿Tentador?

—Profesionalmente inapropiado —termino, dando un paso atrás.

—Sarah —se gira hacia la recepcionista, que ha estado fingiendo discretamente no escuchar nuestra conversación—. ¿Podrías hacer que suban el equipaje de Claire a mi suite?

—Por supuesto, señor Richardson —asiente ella con una sonrisa que me hace querer gritar.

—Excelente —su mano encuentra la parte baja de mi espalda—. ¿Nos vemos esta noche entonces, cariño?

La última palabra está cargada de promesas que me hacen temblar. O tal vez de amenazas. Con James Richardson, la línea es peligrosamente difusa.

—Te detesto —murmuro mientras observo cómo Sarah anota algo en su ordenador.

—No, no lo haces —responde con esa seguridad insufrible suya—. Y después de esta noche, lo harás aún menos.

Se aleja con ese aire de suficiencia que tanto me irrita, dejándome en el vestíbulo con la clara sensación de que acabo de hacer un trato con el diablo.

Un diablo que usa Tom Ford y tiene una sonrisa que debería ser ilegal en al menos cuarenta estados.

Mientras observo a Sarah gestionar el traslado de mi equipaje, no puedo evitar pensar que el destino tiene un sentido del humor bastante retorcido. O tal vez es Cupido quien se está vengando de mí. Después de años organizando bodas perfectas, ayudando a otras personas a encontrar su «felices para siempre», el pequeño querubín debe estar riéndose a carcajadas mientras me empuja directamente a los brazos del único hombre que puede hacer que mi mundo perfectamente ordenado se desmorone.

Esta noche va a ser muy, muy larga.

Y lo peor es que una parte de mí, una parte que intento desesperadamente ignorar, está deseando que llegue.

CAPÍTULO 13

JAMES

Observo el reflejo de Claire en el ventanal mientras ella sigue absorta en su tablet. Lleva horas así, moviéndose entre muestras de flores y documentos como si el mundo fuera a acabarse si algo no está perfectamente coordinado. No ha cenado. Probablemente ni siquiera ha bebido agua en las últimas horas.

Es fascinante y frustrante a partes iguales. La forma en que sus dedos vuelan sobre la pantalla, cómo muerde su labio inferior cuando algo no cuadra exactamente como ella quiere. Su moño, tan perfecto esta mañana, empieza a deshacerse, pequeños mechones rebeldes enmarcando su rostro. Ni siquiera se ha dado cuenta de mi presencia, tan concentrada está en su pequeño universo de perfección.

Me pregunto cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por ella. No por sus servicios como wedding planner, no por sus contactos o su eficiencia. Solo por ella. Por Claire.

La he estado observando durante la cena, o más bien, su ausencia en ella. Mientras el resto disfrutábamos de un menú exquisito, ella seguía aquí, sacrificando su propio bienestar por la felicidad de otros. Es tan típico de ella que casi me hace reír.

Casi.

—¿Has cenado siquiera, Price? —pregunto finalmente, rompiendo el silencio.

Ni siquiera levanta la vista de su tablet, aunque el pequeño sobresalto de sus hombros me dice que no había notado mi presencia hasta ahora.

—Estoy ocupada —murmura, deslizando su dedo sobre la pantalla —. Y antes de que preguntes, sí, esto es importante.

Me acerco lentamente, estudiando el caos organizado que ha creado a su alrededor. Muestras de flores, diagramas de mesas, lo que parece ser un plano detallado del salón... Price en su elemento, controlando cada minúsculo detalle.

—¿Más importante que alimentarte? —me detengo junto a ella, lo suficientemente cerca para oler su perfume, mezclado ahora con algo más suave, más... ella—. Porque estoy bastante seguro de que los centros de mesa no se ofenderán si los dejas solos unas horas.

—James... —hay una advertencia en su voz, pero también un ligero temblor que me dice que está más cansada de lo que admitirá.

—Sabes que no me iré hasta que comas algo —me apoyo en el borde de la mesa, invadiendo deliberadamente su espacio personal —. Y ambos sabemos lo irritante que puedo ser cuando me

lo propongo.

Por fin levanta la vista, y la forma en que la luz de la lámpara de escritorio juega con sus preciosas facciones me hace contener el aliento. Incluso agotada, incluso con ese aire de fragilidad que intenta ocultar tras su fachada profesional, es hermosa.

Peligrosamente hermosa.

—Cinco minutos más —murmura, volviendo a su tablet—. Solo necesito terminar de...

—No —me enderezo, tomando una decisión—. Se acabó.

—¿Disculpa? —hay indignación en su voz, pero también un destello de algo más cuando me acerco—. ¿Qué crees que...?

No la dejo terminar. En un movimiento fluido, la levanto de la silla y me la echo al hombro como si no pesara nada.

—¡James Richardson! —su grito es una mezcla de sorpresa e indignación—. ¡Bájame inmediatamente!

—No hasta que prometas venir a cenar conmigo —mantengo mi agarre firme mientras ella se retuerce—. Y deja de patalear, vas a arruinar tu precioso vestido.

—¡Esto es secuestro! —protesta, aunque noto que sus golpes son más suaves de lo que podrían ser—. ¡Y completamente poco profesional!

—Mira quién habla de profesionalidad —río mientras me dirijo hacia la salida—. La que no ha comido en... ¿cuántas horas, Price?

Sus puños golpean mi espalda, pero hay algo en la forma en que su cuerpo se amolda al mío que me dice que no está tan molesta como pretende.

—Te odio —murmura, aunque su voz carece de verdadera malicia.

—No, no lo haces —sonrío, ajustando mi agarre en sus muslos—. Y después de que pruebes los mejores hot dogs de Manhattan, me odiarás aún menos.

—¿Hot dogs? —ahora sí suena genuinamente horrorizada—. ¿Me estás secuestrando para llevarme a comer comida callejera?

—No cualquier comida callejera —aclaro mientras atravesamos el vestíbulo, ignorando las miradas divertidas del personal nocturno—. El puesto de Mike en el río. El mejor hot dog que probarás en tu vida.

—¡Ni siquiera llevo abrigo! —protesta, aunque noto que ha dejado de resistirse.

—Por eso me tienes a mí —sonrío, sabiendo que no puede verme —. Soy un excelente proveedor de calor corporal.

—Eres insufrible —pero hay una risa contenida en su voz que hace que algo se agite en mi pecho.

El aire frío de la noche nos golpea cuando salimos del hotel. Por fin la bajo, más suavemente de lo que ella esperaba, a juzgar por cómo sus manos se aferran a mis brazos para mantener el equilibrio.

—Ten —me quito la chaqueta y la coloco sobre sus hombros antes de que pueda protestar—. No quiero que la perfecta Claire Price pille un resfriado por mi culpa.

—Podrías haberme dejado coger mi abrigo —murmura, aunque se envuelve en mi chaqueta, que le queda ridículamente grande—. O, no sé, ¿dejarme caminar como una persona normal?

—¿Y perderme la oportunidad de tener tus piernas tan cerca de mi cuello? —arqueo una ceja —. Ni lo sueñes, Price.

El rubor que sube por su cuello es visible incluso bajo la luz de las farolas. Dios, es adorable cuando se sonroja.

—¿Vamos o no? —pregunta, intentando recuperar su dignidad—. Ya que has decidido secuestrarme, al menos aliméntame.

—Sus deseos son órdenes, princesa —ofrezco mi brazo con exagerada galantería—. ¿Me concede el honor?

Pone los ojos en blanco, pero acepta mi brazo. Y si se apoya un poco más de lo necesario contra mi costado mientras caminamos... bueno, debe ser por el frío.

CLAIRE

Su chaqueta huele a él. Es lo único en lo que puedo pensar mientras caminamos por las calles casi vacías de Manhattan. Una mezcla de su colonia cara y algo más, algo puramente James que hace que mi cabeza dé vueltas. O tal vez es el hambre. Sí, definitivamente debe ser el hambre.

—Ya casi llegamos —dice, guiándome hacia el río. Su brazo es sólido bajo mi mano, y me digo que si me apoyo tanto en él es solo porque estos tacones no están hechos para paseos nocturnos.

—¿Cómo conociste este sitio? —pregunto, genuinamente curiosa. No parece el tipo de lugar que frecuentaría el heredero de los Richardson.

James sonríe, pero no es su habitual sonrisa de playboy. Hay algo más suave en ella.

—Mi padre tenía... —se interrumpe, como si hubiera dicho más de lo que pretendía—. Digamos que hubo una época en la que necesitaba escapar de casa algunas noches. Mike siempre estaba aquí, sin hacer preguntas. Solo hot dogs y conversación si la querías.

Hay algo en su tono que me hace querer preguntar más, pero antes de poder hacerlo, llegamos a un pequeño puesto junto al río. El aroma a cebollas caramelizadas hace que mi estómago gruña vergonzosamente.

—¡James! —el hombre tras el puesto debe rondar los sesenta, con una sonrisa que ilumina todo su rostro—. ¡Cuánto tiempo! ¿Lo de siempre?

—Dos, Mike —James me guiña un ojo—. La señorita necesita experimentar el mejor hot dog de su vida.

—No suelo comer... —empiezo, pero Mike ya está preparando algo que huele demasiado bien para ser legal.

—Déjame adivinar —James me guía hacia un banco con vista al río—. ¿No sueles comer comida callejera? ¿O no sueles comer, punto?

—Como perfectamente —protesto débilmente, aunque ambos sabemos que es mentira.

—¿En serio? —se sienta a mi lado, lo suficientemente cerca para que sienta su calor—. ¿A qué hora has comido hoy?

Intento recordar. ¿Además del desayuno que he tomado con él he comido algo más?

Ni si quiera necesita que responda.

—Lo imaginaba —su sonrisa es sorprendentemente suave—. Por eso estamos aquí.

Mike se acerca con nuestros hot dogs, y el aroma hace que mi boca se haga agua. Están cargados de cebollas caramelizadas y lo que parece una salsa especial.

—La receta es secreta —dice Mike con un guiño—. Pero para la novia de James, puedo hacer una excepción.

—Oh, no soy... —empiezo, pero James me interrumpe pasando un brazo por mis hombros.

—Gracias, Mike —dice, y hay un cariño genuino en su voz que me hace olvidar mi protesta.

El primer bocado me arranca un gemido involuntario. Es ridículamente bueno.

—Te lo dije —James parece absurdamente satisfecho consigo mismo—. Mike hace magia.

—Vale, tenías razón —admito entre bocados—. Esto es... increíble.

Nos quedamos en silencio un momento, comiendo y mirando las luces de la ciudad reflejadas en el río. Es extrañamente pacífico.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunto finalmente, curiosa por este lado de James que nunca había visto.

—No tanto como antes —responde, y hay algo en su tono que me hace mirarlo. Su perfil se recorta contra las luces de la ciudad, más suave de lo habitual—. Pero a veces, cuando todo se vuelve... demasiado, este lugar me ayuda a recordar que hay cosas simples que valen la pena.

—¿Como un hot dog? —intento mantener el tono ligero, aunque algo en su vulnerabilidad me conmueve.

—Como un hot dog —sonríe, pero sus ojos siguen perdidos en el río—. Como sentarse aquí sin tener que ser nadie en particular. Sin expectativas. Sin...

—Sin tener que ser perfecto —completo sin pensar.

Me mira entonces, y hay una comprensión en sus ojos que me desarma.

—Exactamente —murmura—. Aunque tú sabes algo de eso, ¿verdad? De intentar ser perfecta todo el tiempo.

—No sé de qué hablas —miento, limpiándome la boca con una servilleta—. Yo no...

—Claire —la forma en que dice mi nombre me hace callar—. Te he visto reorganizar los mismos centros de mesa cinco veces. Has memorizado las alergias de cada invitado. Probablemente tienes un plan B para el plan B del plan B.

—Es mi trabajo —me defiendo débilmente.

—Es más que eso —se gira hacia mí—. Es como respiras. Como si el mundo fuera a derrumbarse si algo no sale exactamente como lo has planeado.

El nudo en mi garganta me impide responder inmediatamente. ¿Cómo puede ver tan claramente a través de mí cuando paso tanto tiempo construyendo muros?

—Bueno —me envuelvo más en su chaqueta, usando el gesto para ganar tiempo—, al menos yo no secuestro gente para llevarla a comer hot dogs a medianoche.

Su risa rompe la tensión del momento, justo lo que necesitábamos.

—Admite que ha sido una buena idea —dice, arrugando su servilleta—. Mejor que revisar listas de invitados por millonésima vez.

—No era la millonésima —protesto, aunque una sonrisa tira de mis labios—. Como mucho la decimoquinta.

—Oh, mis disculpas —su hombro roza el mío cuando se inclina hacia atrás—. Claramente te estaba difamando.

El silencio que sigue es cómodo. Las luces de la ciudad parpadean sobre el río, y por un momento me permito relajarme. Solo por un momento.

—Gracias —murmuro finalmente.

—¿Por el hot dog o por el secuestro?

—Por... —hago un gesto vago con la mano— esto. Por sacarme de mi cabeza un rato.

Su sonrisa es diferente ahora. Más suave. Más real.

—Cuando quieras, Price.

El camino de vuelta al hotel es diferente. La ciudad parece más silenciosa, más íntima, o quizás es solo el efecto de su chaqueta sobre mis hombros y la forma en que su brazo roza ocasionalmente el mío mientras caminamos.

En el ascensor, el silencio cambia. Se vuelve más denso, cargado de algo que no quiero examinar demasiado de cerca. James se apoya en la pared opuesta, y me encuentro estudiando su reflejo en las puertas metálicas: la forma en que su camisa se tensa sobre sus hombros, cómo sus dedos juegan distraídamente con las llaves en su bolsillo.

Cuando llegamos a la suite, mis manos tiemblan ligeramente al quitarme su chaqueta.

—Gracias por el préstamo —murmuro, girándome hacia él.

Es un error. Está demasiado cerca, y la luz tenue del pasillo suaviza sus facciones de una manera que hace que mi corazón se salte un latido. Sus ojos tienen ese brillo peligroso que conozco demasiado bien, pero hay algo más ahí. Algo más suave.

—Claire... —su voz es apenas un susurro mientras da un paso hacia mí.

El aire entre nosotros se espesa. Sus dedos rozan mi mejilla y me encuentro inclinándome hacia su toque casi sin darme cuenta. Sus ojos bajan a mis labios y por un momento, un breve momento, considero dejarme llevar.

Una risa suave escapa de mi garganta, rompiendo el hechizo.

—Ni se te ocurra estropear esta noche perfecta cruzando los límites, Richardson.

Su sonrisa es lenta, casi depredadora, pero hay diversión en sus ojos cuando retrocede.

—Solo porque tienes una cara de cansada terrible —concede, y el momento de tensión se disuelve en algo más ligero—. Pero mañana no seré tan considerado.

—Ya veremos —respondo, entrando en la suite.

Y si mi pulso sigue acelerado mientras me preparo para dormir, si el recuerdo de su casi toque hace que mi piel hormiguee... bueno, eso es algo en lo que definitivamente no voy a pensar esta noche.

CAPÍTULO 14

CLAIRE

La luz de la mañana se filtra por las cortinas cuando abro los ojos. La suite está en silencio, demasiado silencio. Me incorporo lentamente, consciente del vacío en la habitación contigua. James debe haber salido temprano.

No es que me importe. No es que anoche me quedara dormida esperando escuchar sus pasos por el pasillo, imaginando que tal vez... No. Definitivamente no pensé en cómo sería si hubiera decidido cruzar esa línea, si hubiera entrado en mi habitación y...

—Por Dios, Claire, contrólate —murmuro, pasándome una mano por el pelo.

Pero mi mente, traidora como siempre últimamente cuando se trata de James Richardson, vuelve a la noche anterior. A cómo sus dedos rozaron mi mejilla, a la forma en que su cuerpo se inclinó hacia el mío, a ese momento en que casi...

El calor que sube por mi cuello no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación.

Necesito una ducha. Una ducha fría, preferiblemente. Algo que me ayude a sacar de mi cabeza la imagen de James y su estúpida sonrisa satisfecha, y la forma en que sus brazos se flexionaron cuando me cargó sobre su hombro, y cómo olía su chaqueta, y...

—Ducha. Ahora —me ordeno a mí misma, levantándome de la cama.

Cinco minutos después estoy en el baño bajo el chorro del agua, pero la cosa no mejora.

El agua debería ayudarme a aclarar mis ideas. Debería ayudar a olvidar lo bien que se sintió su

toque, lo segura que me sentí en sus brazos, lo mucho que una parte de mí deseó que anoche hubiera sido menos caballero y más...

El sonido de la puerta del baño abriéndose me congela en el sitio.

No. No se atrevería.

—¡James! —intento sonar indignada, aunque mi voz sale más aguda de lo que pretendo, mientras me tapo el cuerpo como puedo con las manos—. ¡Estoy en la ducha!

—¿En serio? No me había dado cuenta —su voz rezuma diversión mientras se afloja la corbata. Espera... ¿corbata? ¿A estas horas?—. Sabes, Price, hay que ser más eficientes con los recursos. El agua caliente, el tiempo...

—Lo que hay que ser es profesional —replico, intentando mantener mi voz firme mientras observo, hipnotizada, cómo se desabrocha los puños de la camisa con deliberada lentitud—. Y esto no es... ¿qué crees que estás haciendo?

La camisa cae al suelo con un susurro de seda.

—¿No es obvio? —su sonrisa es puro pecado mientras sus manos van al cinturón—. Me he cansado de ser bueno.

—James... —mi voz suena más como una súplica que como una advertencia.

—Además —continúa, y el sonido metálico del cinturón hace que un escalofrío recorra mi espalda—, después de ser tan caballero anoche...

—Detente —susurro, aunque mis ojos siguen cada uno de sus movimientos mientras se deshace de los zapatos—. Esto es una locura.

—¿Una locura? —sus pantalones se unen al resto de su ropa en el suelo—. Una locura es cómo me miras cuando crees que no me doy cuenta.

El calor que sube por mi cuello no tiene nada que ver con el agua caliente. Sus dedos juegan con el elástico de sus bóxers y mi boca se seca.

—No te miro de ninguna manera —miento, retrocediendo hasta que mi espalda toca los azulejos fríos.

—¿No? —da un paso hacia la ducha, ahora completamente desnudo, y el aire abandona mis pulmones—. Entonces supongo que no te importará si...

La mampara se abre y el espacio repentinamente parece demasiado pequeño. El agua cae sobre sus hombros, dibujando caminos que mis dedos ansían seguir.

—James... —mi voz tiembla cuando da un paso más cerca.

—Dime que me detenga —murmura, sus manos encontrando la pared a ambos lados de mi

cabeza, enjaulándome efectivamente—. Dime que no quieres esto tanto como yo.

Mi respiración se vuelve errática cuando sus labios rozan mi cuello, apenas un toque fantasma que hace que mis rodillas tiemblen.

—Dime que pare —susurra contra mi piel mientras sus manos se deslizan por mis costados—. Dime que preferirías tomar esta ducha sola.

Debería decirlo. Debería mantener el control, ser profesional, recordar todas las razones por las que esto es una mala idea. En cambio...

—James... —mi voz suena irreconocible incluso para mí cuando sus labios trazan un camino descendente.

—¿Sí, Price? —puedo sentir su sonrisa contra mi piel mientras se arrodilla frente a mí—. ¿Quieres que pare?

Sus manos acarician mis muslos y, cuando se arrodilla frente a mí, todo pensamiento coherente abandona mi mente. El agua sigue cayendo sobre nosotros, haciendo que todo se sienta como un sueño húmedo y resbaladizo.

Oh, Dios.

Sus labios trazan un camino ardiente por mi piel, y mis manos encuentran su pelo instintivamente. El agua cae sobre nosotros, haciendo que todo se sienta más intenso, más resbaladizo. Más peligroso.

Su lengua... Dios, su lengua debería ser ilegal. Cada movimiento me acerca más al borde, y mis dedos se tensan en su pelo cuando encuentra ese punto exacto que me hace ver estrellas.

—James... —mi voz es apenas un gemido—. Por favor...

Puedo sentir su sonrisa contra mi piel mientras sus manos mantienen mis caderas firmes contra la pared. El contraste entre el agua caliente y los azulejos fríos en mi espalda solo intensifica cada sensación.

Sus movimientos se vuelven más intensos, más precisos, como si conociera exactamente qué necesito. Como si hubiera estado estudiando cada una de mis reacciones, esperando este momento.

Mi cabeza cae hacia atrás contra los azulejos, incapaz de contener los sonidos que escapan de mi garganta. Una parte de mí, la que siempre necesita mantener el control, se rebela contra esta rendición. Pero es imposible pensar con coherencia cuando él...

—James —mi voz es apenas un susurro entrecortado—. Yo... no puedo...

Sus manos se tensan en mis caderas, manteniéndome en su lugar mientras su lengua... oh, Dios. El placer se construye como una ola, cada vez más intensa, hasta que finalmente...

El orgasmo me golpea con una fuerza que me deja temblando. Sus manos son lo único que me mantiene en pie mientras el mundo se desvanece en una explosión de sensaciones.

Cuando finalmente abro los ojos, lo encuentro mirándome con una sonrisa que debería ser ilegal. El agua cae sobre sus hombros mientras se incorpora lentamente, y la visión hace que mi pulso, que apenas empezaba a normalizarse, se dispare de nuevo.

—Eso ha sido... —empiezo, pero las palabras me fallan.

Su cuerpo se presiona contra el mío y el contraste de temperaturas me hace estremecer. Sus labios encuentran mi cuello mientras sus manos... oh. Sus dedos trazan patrones sobre mi piel que me hacen olvidar mi propio nombre.

—Claire... —su voz es ronca, necesitada, y algo dentro de mí se derrite al escucharlo así.

Mis manos cobran vida propia, explorando la extensión de su espalda, deleitándome en cómo sus músculos se tensan bajo mi toque. El agua sigue cayendo sobre nosotros, convirtiendo cada caricia en algo más resbaladizo, más intenso.

Cuando mis dedos encuentran su abdomen, el gruñido que escapa de su garganta hace que mi estómago dé un vuelco. Sus caderas se presionan contra las mías y...

Sus labios capturan los míos en un beso hambriento mientras mis manos exploran más abajo. Cuando lo toco, el gemido que escapa de su garganta vibra contra mis labios. Sus dedos se clavan en mis caderas, y hay algo increíblemente erótico en ver a James Richardson, el hombre que siempre está en control, perdiendo el suyo bajo mi toque.

—Claire... —mi nombre en sus labios suena como una plegaria y una maldición al mismo tiempo.

Mis movimientos se vuelven más seguros, guiados por sus reacciones, por la forma en que su respiración se vuelve más errática, por cómo sus besos se tornan más desesperados.

El agua sigue cayendo sobre nosotros, y la combinación de calor y vapor hace que todo se sienta perfecto.

—Joder, Claire —gruñe contra mi piel, y el sonido hace que algo dentro de mí se estremezca —. Me estás volviendo loco.

Sus caderas se mueven al ritmo que marco, y hay algo increíblemente poderoso en tener a James así, completamente a mi merced. Cuando finalmente se deja ir, su frente cae contra mi hombro, su respiración agitada mezclándose con el sonido del agua.

Nos quedamos así unos momentos, el agua cayendo sobre nosotros, su respiración normalizándose contra mi cuello. Hay una intimidad en este momento que me asusta más que todo lo anterior.

—Deberíamos... —empiezo, intentando recuperar algo de cordura.

—¿Salir? —completa, alzando la cabeza para mirarme con esa sonrisa insufrible suya—. ¿Tan pronto, Price? ¿Y yo que pensaba que estábamos ahorrando agua?

Le doy un empujón suave en el pecho, necesitando espacio para pensar con claridad.

—Tengo una boda que organizar —murmuro, alcanzando una toalla—. Y tú deberías...

—¿Admitir que te has rendido a mis encantos? —su sonrisa se ensancha mientras cierra el agua.

—Eres imposible —resoplo, envolviendo la toalla alrededor de mi cuerpo.

—Y aun así no puedes resistirte a mí —se pasa una mano por el pelo mojado, y el gesto no debería ser tan atractivo como es.

Salgo del baño con toda la dignidad que puedo reunir, lo cual no es mucha considerando las circunstancias. Su risa me sigue hasta mi habitación, y me encuentro sonriendo a pesar de mí misma.

Lo peor no es que tenga razón. Lo peor es que ambos lo sabemos.

CAPÍTULO 15

CLAIRE

Nunca un fin de semana se me había hecho tan largo.

Es sábado por la mañana, faltan exactamente veinticuatro horas para la boda, y mi capacidad para mantener el control profesional pende de un hilo. Especialmente después del... incidente de esta mañana en la ducha.

Sacudo la cabeza, intentando apartar los recuerdos de agua caliente, piel mojada y esa sonrisa insufrible de James que parece perseguirme a todas partes. Solo necesito aguantar un día más. Veinticuatro horas y podré alejarme de James Richardson y su irritante habilidad para desestabilizar mi mundo perfectamente ordenado.

La sala del Four Seasons, convertida temporalmente en un improvisado salón nupcial, está en silencio. Madame Dubois, la modista, ha transformado la sala de estar en un pequeño atelier, con el vestido de Emma resplandeciendo en su maniquí y espejos estratégicamente colocados para la última prueba. Emma llega tarde, lo cual es extraño porque ella nunca...

Una oleada de náusea me golpea sin previo aviso. Respiro hondo, culpando al estrés y a las dos tazas de café que he tomado intentando mantenerme despierta y profesional. Porque tiene que ser el estrés, ¿verdad? No puede ser...

—¡Claire! —la voz de Emma interrumpe mis pensamientos—. Lo siento, lo siento. Marcus no me dejaba salir de la cama y...

—Por favor —levanto una mano, intentando bloquear las imágenes mentales—. Ahórrame los detalles.

Emma está radiante, con ese brillo especial que solo tienen las novias el día antes de su boda. Aunque hay algo más en ella, algo diferente que no logro identificar.

—¿Me ayudas con el cierre? —pide mientras Madame Dubois ajusta el dobladillo—. Siento que me aprieta más que en la última prueba.

—Es normal estar más hinchada con los nervios —respondo automáticamente, acercándome para ayudarla con los botones de la espalda—. ¿Has desayunado algo?

—No pude —hace una mueca—. El estómago me ha estado molestando estos días. Supongo que son los nervios.

Otra oleada de náusea me golpea mientras lucho con los diminutos botones de perla. Respiro hondo, intentando concentrarme.

—Claire, ¿estás bien? —me mira a través del espejo—. Estás un poco pálida.

—Estoy perfectamente —miento—. Solo necesito que este fin de semana termine.

—¿Demasiado tiempo cerca de cierto padrino? —bromea, pero hay algo en su tono que suena distraído, preocupado.

La observo mejor a través del espejo. Las ojeras disimuladas bajo el maquillaje, el ligero temblor en sus manos mientras juega con el velo...

—Emma... —empiezo suavemente—. ¿Hay algo que quieras contarme?

Emma se muerde el labio, un gesto que conozco demasiado bien. Sus ojos encuentran los míos en el espejo y hay algo vulnerable en su mirada.

—Es una locura —susurra finalmente—. Probablemente solo sean los nervios, pero...

Se interrumpe cuando Madame Dubois se acerca con unos alfileres.

—Un momento, querida, necesito ajustar este lado —dice la modista, concentrada en el dobladillo.

Emma y yo intercambiamos una mirada significativa a través del espejo. Años de amistad nos permiten mantener conversaciones silenciosas como esta.

—Madame Dubois —intervengo con mi mejor tono profesional—. ¿Le importaría darnos unos minutos? Necesito revisar algunos detalles privados con la novia.

La modista asiente con una sonrisa comprensiva y se retira discretamente. En cuanto la puerta se cierra, Emma suelta un suspiro tembloroso.

—Creo... —empieza, su voz apenas un susurro—. Creo que podría estar...

Un golpe en la puerta la interrumpe.

—¡Emma! —la voz de Marcus al otro lado de la puerta nos sobresalta—. ¿Puedo...?

—¡Ni se te ocurra entrar! —Emma grita, aunque su sonrisa delata cuánto le gusta que su futuro marido esté tan impaciente por verla —. ¡Da mala suerte ver a la novia antes de la boda!

Se escucha un forcejeo suave al otro lado de la puerta, seguido por el inconfundible sonido de los pasos de Sophie.

—¿Al menos podemos dejar que Sophie entre un momento? —la voz de James suena divertida —. Alguien está muy impaciente por ver a su madre.

Emma me mira suplicante y asiento, acercándome a la puerta. Cuando la entreabro, me encuentro con James sosteniendo a Sophie, que estira sus bracitos hacia el interior. Sus ojos encuentran los míos y esa sonrisa insufrible suya hace que mi pulso se acelere.

—Buenos días, Price —murmura, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche—.

Bonito... vestido.

Su mirada recorre mi cuerpo de una forma que me hace recordar vívidamente la ducha de esta mañana.

—James... —advierto, cogiendo a Sophie en brazos.

—Solo digo —se inclina ligeramente, con la excusa de asegurarse de que Sophie está bien sujeta—, que quizás la próxima vez seas tú la que esté probándose un vestido blanco.

El calor sube por mi cuello mientras cierro la puerta tal vez con demasiada fuerza. Su risa al otro lado hace que mi estómago dé un vuelco.

Me giro hacia Emma, intentando ignorar el calor que aún siento en las mejillas, y la encuentro mirándonos a Sophie y a mí con una expresión extraña, casi nostálgica.

—¿Qué? —pregunto, mientras Sophie juega con los botones de mi vestido.

—Nada —sonríe suavemente—. Solo que... James tiene razón. Serías una novia preciosa.

—Emma... —empiezo, pero otra oleada de náusea me interrumpe. Esta vez es más fuerte que las anteriores.

—¿Estás bien? —Emma da un paso hacia mí, preocupada—. En serio, Claire, estás muy pálida.

—Estoy... —respiro hondo, intentando controlar la sensación—. Creo que necesito sentarme un momento.

Dejo a Sophie en el suelo, donde inmediatamente se distrae con el bajo del vestido de novia. Emma me ayuda a llegar a una silla cercana.

—¿Quieres agua? ¿Un té de jengibre? A mí me ha estado ayudando mucho con las náuseas de...

Se interrumpe de golpe, sus ojos encontrando los míos con una mezcla de sorpresa y realización.

—Emma —mi voz tiembla ligeramente—. ¿Qué ibas a decirme antes? ¿Las náuseas de qué?

Emma mira nerviosamente hacia Sophie, que sigue fascinada con el vestido, ajena a la tensión que crece en la habitación.

—No estoy segura —susurra finalmente, retorciendo sus manos—. Es solo que... últimamente me siento diferente. Las náuseas, el cansancio, y el vestido... —hace un gesto vago hacia el corpiño—. No me cerraba bien, y yo pensé que eran los nervios, pero...

Mi mente empieza a hacer cálculos sin mi permiso. La cabaña. La noche de la despedida. James y yo... oh, Dios.

—Claire —la voz de Emma suena lejana—. ¿Seguro que estás bien? Pareces que has visto un fantasma.

—Estoy... —trago saliva, intentando mantener a raya otra oleada de náusea—. Es solo el estrés. Tiene que ser el estrés.

—¿El estrés? —hay algo en su tono, una mezcla de duda y comprensión que hace que mi estómago se retuerza—. Claire, ¿hay algo que quieras contarme?

Sophie elige ese momento para tirar accidentalmente de un lazo del vestido.

—¡Cuidado, cariño! —Emma se agacha para alejarla suavemente del vestido, y hay algo tan maternal en el gesto que hace que mi corazón se encoja.

No puede ser. Es imposible. James y yo solo... fue una vez. Bueno, técnicamente dos si contamos esta mañana, pero...

—Es solo que... —Emma baja la voz mientras acaricia el pelo de Sophie—. Marcus y yo hemos estado hablando sobre tener un bebé. Bueno, técnicamente ya somos padres —sonríe mirando a Sophie—, pero...

—Pero queréis uno propio —completo suavemente.

—Sophie es nuestra —Emma aclara rápidamente—. Con todo nuestro corazón. Pero sí, hemos estado... intentándolo.

Mi estómago se retuerce, y esta vez no es solo por la náusea.

—Y ahora crees que... —no puedo terminar la frase.

—No estoy segura —susurra, y hay tanta esperanza en su voz que hace que mis ojos se llenen de lágrimas—. No me he hecho ninguna prueba. Quiero esperar a que pase la boda. Ya sabes cómo es Marcus, si supiera que existe la posibilidad...

—Se volvería loco de felicidad —termino por ella, recordando cómo los ojos de Marcus brillan cada vez que mira a Sophie.

—Exacto —Emma sonríe, ese tipo de sonrisa que ilumina toda su cara—. Deberías haberlo visto cuando hablamos de tener más hijos. Es como si... como si fuera todo lo que siempre ha querido.

Mi mente traicionera evoca la imagen de James sosteniendo a Sophie, la forma en que su voz se suaviza cuando habla con ella. ¿Se pondría así de feliz si yo...?

No. No vamos a ir por ahí. Esto es ridículo. Solo porque Emma tenga síntomas no significa que yo...

Un suave golpe en la puerta nos sobresalta a ambas.

—¿Puedo pasar? —la voz de Madame Dubois nos devuelve a la realidad—. Necesitamos terminar los últimos ajustes.

—Por supuesto —respondo, agradecida por la interrupción. Necesito salir de aquí. Necesito aire. Necesito...

La náusea vuelve con más fuerza.

—Disculpadme un momento —logro decir mientras me levanto, intentando mantener la compostura—. Tengo que hacer una llamada.

Apenas llego al baño a tiempo. Mientras vacío el contenido de mi estómago, mi mente es un torbellino de pensamientos incoherentes.

Esto no puede estar pasando. No a mí. No con James Richardson, el eterno playboy de Manhattan.

Me apoyo en el lavabo, mirando mi reflejo pálido en el espejo. Yo, que juré que nunca caería en las trampas del amor. Yo, que construí una carrera ayudando a otros a encontrar su «felices para siempre» mientras mantenía mi propio corazón bajo llave.

Y ahora aquí estoy, posiblemente embarazada de un hombre que considera el compromiso una palabra sucia.

Una risa histérica amenaza con escapar de mi garganta. Necesito saberlo. Necesito estar segura. Necesito...

—Necesito un test de embarazo —susurro a mi reflejo, y las palabras suenan tan absurdas como la situación.

¿Cómo he llegado a esto? Yo, que tengo planificado cada minuto de mi vida, que nunca dejo nada al azar. Una noche. Una maldita noche en la cabaña y todo mi mundo perfectamente ordenado amenaza con desmoronarse.

Me enjuago la boca y respiro hondo, intentando recuperar algo de color en mis mejillas. Puedo hacer esto. Soy Claire Price. He organizado bodas en medio de huracanes. He manejado suegras histéricas y novias fugitivas. Puedo manejar... esto.

Aunque «esto» sea la posibilidad de estar esperando un hijo del único hombre que ha conseguido traspasar todas mis barreras. Un hombre que probablemente saldría corriendo en dirección contraria si supiera que...

—No —me digo firmemente—. Un paso a la vez. Primero el test. Después... después ya veremos.

Aunque primero tengo que encargarme de amenizar la tarde a los invitados de la boda.

Pero mientras me retoco el maquillaje, intentando borrar cualquier evidencia de mi momento

de crisis, no puedo evitar pensar en la ironía de todo esto. Toda mi vida evitando convertirme en mi madre, jurando que nunca dependería emocionalmente de un hombre, y aquí estoy, posiblemente embarazada de alguien que hace que mi padre parezca el epítome de la estabilidad emocional.

El universo debe estar riéndose a carcajadas.

CAPÍTULO 16

CLAIRE

El club de campo es precioso, tengo que admitirlo. Los jardines están perfectamente cuidados, con senderos serpenteantes entre setos y fuentes que parecen sacados de un cuento de hadas. En cualquier otro momento, estaría tomando notas mentales para futuras bodas.

Pero ahora mismo apenas puedo concentrarme en nada que no sea la náusea persistente y el modo en que James no deja de mirarme desde el otro lado del jardín.

—¿Todos listos para la gymkana? —la voz de la coordinadora de actividades interrumpe mis pensamientos—. ¡Vamos a dividirnos en parejas!

Mi estómago da un vuelco cuando veo a James acercarse con esa sonrisa que promete problemas.

—Ni lo sueñes, Richardson —advierto antes de que pueda abrir la boca.

—¿El qué, Price? —su sonrisa se ensancha mientras se coloca a mi lado—. Solo soy un participante más buscando pareja para las actividades.

—Hay al menos quince personas más...

—Pero ninguna tan perfecta como tú para esto —se inclina ligeramente, su aliento cálido contra mi oído—. Además, ¿qué clase de novio sería si no eligiera a mi pareja?

Maldito sea él y su capacidad para hacer que cualquier frase suene como una insinuación.

—Esto es ridículo —murmuro, aunque no me aparto cuando su mano encuentra la parte baja de mi espalda—. Se supone que debo supervisar que todo salga bien.

—Y lo harás. Conmigo —su sonrisa debería ser ilegal a estas horas de la tarde—. ¿O prefieres que busque otra pareja? Estoy seguro de que Katherine estaría encantada de...

—Bien —lo corto, odiando el modo en que mi estómago se retuerce ante la mención de Katherine—. Pero mantén las manos donde pueda verlas.

Su risa baja hace que un escalofrío recorra mi espalda.

—No prometo nada, Price.

La primera prueba es una búsqueda del tesoro elaborada. Cada pareja recibe un sobre con pistas que nos llevarán por todo el recinto.

—«Algo azul para la novia» —leo la primera pista—. «Donde el agua canta su melodía, encontrarás lo que necesitas.»

—La fuente del jardín sur —James ya está tirando de mi mano—. Vamos, Price. A menos que prefieras quedarte aquí admirando mi perfil...

—Lo único que admiro es tu capacidad para ser insufrible — replico, aunque me dejo arrastrar por el sendero.

El sol de la tarde baña los jardines en tonos dorados, y por un momento me permito disfrutar de la calidez de su mano en la mía, del modo en que su pulgar dibuja círculos distraídos en mi piel.

—¡Mami, mami! —la voz de Sophie nos hace girar. Emma y Marcus pasan corriendo junto a nosotros, con Sophie en brazos riendo a carcajadas.

Algo se retuerce en mi pecho al verlos. Parecen una familia perfecta, y por un momento me permito imaginar... No. No vamos a ir por ahí.

—¿Todo bien? —la voz de James me devuelve al presente. Hay algo en su mirada, una suavidad a la que no estoy acostumbrada a ver.

—Perfectamente —miento, tirando de su mano—. Vamos, tenemos una fuente que encontrar.

El camino hacia la fuente está salpicado de otras parejas que corretean por los jardines, riendo y discutiendo sobre las pistas. Katherine y su acompañante pasan junto a nosotros, y no puedo evitar notar cómo sus ojos se detienen en nuestras manos entrelazadas.

—Más rápido, Price —James tira suavemente de mí—. A menos que quieras que nos ganen...

—¿Desde cuándo te importa ganar? —pregunto, aunque acelero el paso para mantener su ritmo.

—Desde que tengo una compañera tan competitiva —su sonrisa hace que mi corazón dé un vuelco traidor—. Además, he apostado con Emma que...

—¿Has apostado? —me detengo en seco—. ¿Sobre qué?

Se gira hacia mí, y hay algo en su mirada que hace que mi pulso se acelere.

—Sobre que podría hacerte olvidar tu precioso control durante al menos una tarde.

—Eres... —empiezo, pero él ya está tirando de mí de nuevo.

—¿Encantador? ¿Irresistible? —sugiere, guiándome por un sendero más estrecho entre los setos—. ¿El hombre de tus sueños?

—Insufrible —pero no puedo evitar que una sonrisa tire de mis labios.

La fuente aparece frente a nosotros, el agua danzando bajo la luz dorada de la tarde. Es hermosa, con ángeles de mármol que parecen observarnos con diversión.

—¿Ves algo azul? —pregunto, escaneando el área.

—Además de tus ojos cuando te enfadas conmigo...

—Mis ojos son verdes, Richardson.

—¿En serio? —se inclina peligrosamente cerca, estudiando mi rostro—. Podría jurar que cambian de color cuando...

Un ruido de voces acercándose lo interrumpe. Antes de que pueda reaccionar, James me arrastra detrás de un seto, su cuerpo presionado contra el mío en el espacio reducido.

—¿Qué crees que...? —empiezo a protestar, pero su mano cubre mi boca.

—Shh —susurra contra mi oído—. Katherine y su grupo. No queremos que encuentren la pista antes que nosotros, ¿verdad?

Su aliento cálido contra mi piel hace que un escalofrío recorra mi espalda. Estamos tan cerca que puedo sentir el latido de su corazón, rápido y fuerte contra mi pecho.

Las voces se acercan, pasan junto a nuestro escondite, y finalmente se alejan. Pero James no se mueve. Su mano ha bajado de mi boca, pero ahora descansa en mi cuello, su pulgar trazando patrones suaves sobre mi pulso acelerado.

—James... —mi voz suena más débil de lo que pretendo.

Sus labios encuentran los míos y todo pensamiento coherente desaparece. El beso es suave al principio, casi tentativo, tan diferente de la pasión desenfrenada de esta mañana. Una de sus manos se enreda en mi pelo mientras la otra me atrae más cerca por la cintura.

Me derrito contra él, mis manos encontrando el camino hasta su pecho por voluntad propia. Su lengua traza el contorno de mi labio inferior y no puedo contener el pequeño gemido que escapa de mi garganta.

Las risas de unos niños jugando cerca nos devuelven bruscamente a la realidad.

—No —me separo de golpe, mi respiración agitada—. Esto... esto no puede pasar.

—Claire... —hay algo en su voz, una súplica que hace que mi corazón se encoja.

—Deberíamos seguir buscando —me aliso el vestido con manos temblorosas—. La pista, quiero decir.

Me alejo rápidamente, intentando ignorar el calor que aún siento en mis labios y el modo en

que mi cuerpo entero anhela volver a sus brazos.

No puedo permitirme esto. No ahora. No con todo lo que está en juego.

JAMES

La observo alejarse, intentando mantener su compostura habitual, aunque sus labios aún están enrojecidos por el beso. Y entonces me golpea: quiero más. No solo estos momentos robados, sino todo.

Pero ahora no es momento de pensar en eso.

—¿Vienes o qué, Richardson? —su voz intenta sonar profesional —. Aún nos quedan cinco pruebas.

La siguiente estación nos espera en el laberinto de setos. Una prueba de coordinación: tenemos que cruzarlo atados por la cintura, cada uno mirando en una dirección.

—Si me tocas más de lo necesario... —advierte mientras la coordinadora nos ata.

—Price, me ofendes —sonrío contra su pelo—. Soy un caballero.

Su resoplido de incredulidad se convierte en un grito ahogado cuando doy el primer paso, arrastrándola conmigo.

—¡James! —protesta, pero hay risa en su voz—. ¡Se supone que debemos coordinarnos!

—Confía en mí —murmuro, y siento cómo se tensa contra mi espalda.

Nos movemos por el laberinto entre tropiezos y risas contenidas. Su cuerpo encaja perfectamente contra el mío, y cada vez que giramos en una esquina, el roce me vuelve loco.

—¡Izquierda! —grita cuando casi chocamos con un seto.

—¿Tuya o mía? —bromeo, girando en la dirección equivocada a propósito.

Su risa, libre y genuina, hace que algo se agite en mi pecho. Es un sonido que quiero escuchar más a menudo.

—¡Tío James! —Sophie aparece en una intersección, aplaudiendo nuestros intentos descoordinados—. ¡Lo estáis haciendo mal!

—¿Mal? —finjo indignación—. Somos el mejor equipo, ¿verdad, Price?

—En tus sueños, Richardson —pero puedo sentir su sonrisa.

Ver a Claire con Sophie siempre me hace algo extraño. La forma en que la pequeña la adora, cómo Claire siempre tiene tiempo para ella a pesar de su agenda imposible... Es como si fuera una parte natural de nuestra pequeña familia.

Nuestra. ¿Desde cuándo pienso en términos de «nuestro»?

—¡La salida está por allí! —Sophie señala un camino, saltando emocionada—. ¡Rápido, antes de que os ganen!

—¿Oyes eso, Price? —aprieto el agarre en su cintura—. Es una cuestión de honor ahora.

—James, ni se te ocurra...

Pero ya estoy corriendo, arrastrándola conmigo. Sus protestas se mezclan con risas mientras tropezamos hacia la salida, y cuando finalmente cruzamos la meta, caemos juntos sobre el césped.

—Eres imposible —jadea, pero sus ojos brillan con diversión.

Está tumbada junto a mí, el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas, y nunca la he visto más hermosa. La realización me golpea como un puñetazo: estoy enamorado de Claire Price.

Y por primera vez en mi vida, la idea no me produce pánico.

—¿Lista para la siguiente prueba? —pregunto, levantándome y ofreciéndole mi mano.

—¿Tengo opción? —acepta mi ayuda, y el contacto envía chispas por mi brazo.

—Siempre tienes opción, Price —sonrío, aunque ambos sabemos que es mentira.

Porque en lo que a Claire respecta, hace tiempo que perdí la capacidad de elegir.

La siguiente prueba resulta ser aún más interesante: vendas en los ojos y un circuito de obstáculos.

—Ni hablar —Claire cruza los brazos cuando ve las vendas—. No pienso dejar que me guíes a ciegas.

—¿No confías en mí? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—¿En el hombre que acaba de arrastrarme corriendo por un laberinto? No especialmente.

Pero termina cediendo, como sabía que haría. Ver a Claire Price, la mujer que necesita controlarlo todo, permitiéndome guiarla con los ojos vendados, hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—Si me haces chocar contra algo... —advierte mientras ajusto la venda.

—Relájate —mis manos encuentran sus hombros—. Te tengo.

La guío por el circuito, mis manos firmes en su cintura. Cada paso es una pequeña victoria: la forma en que se apoya en mí cuando susurro instrucciones en su oído, cómo sus dedos se aferran a mis brazos cuando atravesamos un paso complicado.

—Escalón —murmuro, y ella asiente, confiando en mi guía—. Ahora gira ligeramente a la derecha.

—¿Así? —da un paso tentativo.

—Perfecta —y lo es, aunque no solo en esto.

Katherine y su pareja pasan junto a nosotros, y por primera vez en mi vida, ni siquiera registro la presencia de otra mujer atractiva.

Toda mi atención está en Claire: en la forma en que su respiración se acelera cuando mis manos la estabilizan, en cómo muerde su labio inferior cuando está concentrada.

—Ya casi llegamos —susurro contra su oído, y el escalofrío que la recorre es inmediatamente perceptible.

—James... —hay una advertencia en su voz.

—¿Sí, Price? —sonrío, aunque no puede verme—. ¿Nerviosa?

Gruñe, pero no me contesta, lo que me hace reír.

Cruzamos la meta con el mejor tiempo, y cuando le quito la venda, sus ojos brillan con algo más que la felicidad de la victoria. Por un momento, solo un momento, veo a la verdadera Claire: sin barreras, sin control, simplemente... feliz.

El puzzle gigante resulta ser nuestro Waterloo. Claire intenta organizarlo todo metódicamente, mientras yo solo consigo frustrarla mezclando las piezas que ella ya había clasificado.

—¡James! —protesta cuando tiro sin querer una pila perfectamente ordenada—. ¡Las tenía por colores!

—Lo siento, lo siento —pero no puedo evitar reír al ver su expresión exasperada—. Soy un desastre, ¿eh?

Algo en mi tono debe delatarme, porque su mirada se suaviza.

—No eres un desastre —dice suavemente—. Solo... tienes un método diferente.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. ¿Un método diferente? Mi padre solía decir lo mismo para justificar sus «métodos» con mi madre. Sus aventuras, sus mentiras, su forma de destrozar todo lo que tocaba...

—Último lugar, ¿eh? —bromeo cuando otra pareja termina su puzzle, intentando alejar los fantasmas de mi mente—. Al menos somos consistentes en nuestra incompetencia.

Claire ríe, y el sonido ahuyenta las sombras momentáneamente. Hay algo en ella que me hace querer ser mejor. No solo diferente a mi padre, sino... mejor, punto.

—La próxima vez ganaremos —dice, y mi corazón da un vuelco ante la implicación de que habrá una próxima vez.

La observo mientras recoge las piezas esparcidas, y la realización me golpea otra vez: estoy enamorado de ella. Y me aterra. No por el compromiso en sí, sino porque sé de primera mano cómo los hombres Richardson destruimos a las mujeres que queremos.

Pero Claire... Claire es diferente. Es fuerte de una manera que mi madre nunca fue. Es independiente, brillante, capaz. Quizás con ella...

No. No puedo permitirme ese tipo de esperanza. Y, sin embargo, mientras la veo reír por nuestro desastroso intento de puzzle, no puedo evitar desearla. Desear ser el tipo de hombre que merece estar con alguien como ella.

—¿En qué piensas? —pregunta, notando mi silencio.

—En lo perfectamente imperfectos que somos juntos —respondo, y por una vez es la verdad completa.

Porque lo somos: ella con su necesidad de control, yo con mi caos inherente. Deberíamos ser un desastre, como este puzzle incompleto frente a nosotros. En cambio...

En cambio, cuando está con ella, por primera vez en mi vida, creo que podría ser diferente a mi padre. Que podría ser el tipo de hombre que construye en lugar de destruir.

Solo espero que ella me dé la oportunidad de demostrarlo.

CAPÍTULO 17

CLAIRE

—¡Ahí están mis tórtolos favoritos!

La voz de Eleanor Richardson nos alcanza justo cuando estamos intentando escabullirnos de vuelta al hotel. James se tensa visiblemente a mi lado, y por un momento considero fingir que no la he oído. Pero Eleanor Richardson no es el tipo de mujer que se pueda ignorar.

—Madre —James fuerza una sonrisa—. Pensé que estarías en la cena.

—Oh, querido —Eleanor agita una mano con ese gesto aristocrático suyo—. ¿Cómo iba a concentrarme en la cena después de veros hoy? ¡Habéis estado absolutamente adorables durante las actividades!

—Solo estábamos participando como el resto —intento mantener un tono neutral.

—¿El resto? —Eleanor suelta una risa musical—. Cariño, he visto cómo os mirabais. Especialmente durante la prueba del laberinto. ¡Margaret no podía dejar de comentar lo perfectos que os veíais juntos!

James murmura algo que suena sospechosamente a una maldición.

—Y Katherine —continúa Eleanor, aparentemente ajena a nuestra incomodidad creciente—, ¿sabéis que estaba convencida de que tendría una oportunidad contigo, James? ¡Casi me siento mal por ella! Aunque, por supuesto, siempre supe que necesitabas a alguien más... sustancial.

Me mira con aprobación y siento el calor subir por mi cuello.

—Madre, ¿no tienes una cena que atender?

—¡Oh, pero esto es mucho más importante! —sus ojos brillan peligrosamente—. ¿Sabéis que el Plaza tiene una lista de espera terrible para bodas? Normalmente hay que reservar con años de antelación, pero tengo una amiga en el departamento de eventos que...

—¿Bodas? —mi voz sale más aguda de lo que pretendo.

—Por supuesto, querida —Eleanor enlaza su brazo con el mío, arrastrándome hacia un banco cercano—. Después de ver lo maravillosa que eres con Sophie, está claro que los nietos tienen que ser una prioridad. ¡Y el Plaza tiene una guardería excelente para la recepción!

—Madre... —el tono de James tiene un filo de advertencia.

—Lo sé, lo sé —Eleanor agita una mano—. Es pronto para hablar de niños. Aunque, ¿sabéis? James era un bebé precioso. Tengo unas fotos adorables en casa, de cuando...

—Por el amor de Dios —James interrumpe bruscamente—. ¿No puedes simplemente...?

—Cariño —Eleanor suaviza su tono, y hay algo en su expresión que me hace contener el aliento—. Sé que es difícil por todo lo de tu padre, pero tú no eres como él. No tienes que tener miedo de ser feliz solo porque...

No termina la frase. James ya se está alejando a grandes zancadas, dejándonos en un silencio tan denso que casi se puede tocar.

—Lo siento —murmura Eleanor, y por primera vez desde que la conozco, parece vulnerable —. A veces olvido que... —se interrumpe, sacudiendo la cabeza—. Claire, querida, ¿podrías...?

No necesita terminar la frase. Mis pies ya se están moviendo en la dirección en la que se ha ido James, aunque mi cerebro grita que esto es una mala idea. No debería importarme. No cuando todo esto es temporal, cuando en unos días volveremos a nuestras vidas separadas.

Pero lo hace. Me importa, y mucho.

El jardín está casi desierto a esta hora, los últimos rayos de sol tiñendo todo de dorado. Mis tacones se hunden en la grava mientras sigo el camino que ha tomado James, maldiciendo internamente mi decisión de perseguirlo.

El viejo invernadero se alza frente a mí como una catedral de cristal y hierro oxidado. Las enredaderas han invadido parte de la estructura, creando patrones que me recuerdan a los encajes de los vestidos de novia que tanto amo. Es el tipo de lugar que normalmente fotografiaría para mi portfolio, pensando en futuras bodas vintage.

Aunque ahora no es momento para eso.

El aire dentro del invernadero es denso, una mezcla de humedad y el aroma dulzón de plantas abandonadas. James está de pie junto a una antigua mesa de trabajo, su perfil recortado contra los cristales sucios. La luz del atardecer crea un halo dorado a su alrededor, y por un momento me recuerda a esas fotografías vintage que colecciono para mis novias románticas.

—James —mi voz suena más suave de lo que pretendo.

Se gira ligeramente, y hay algo tan vulnerable en su expresión que hace que mi corazón se encoja. Nunca lo había visto así, sin su habitual máscara de playboy despreocupado.

—No necesito tu lástima, Price.

—Bien, porque no te la estoy ofreciendo.

Doy un paso hacia él, la puerta del invernadero cerrándose tras de mí con un chasquido metálico. El sonido parece despertar algo en James.

—Mierda —murmura, girándose completamente—. Esa puerta...

—¿Qué pasa con la puerta?

—Está rota —se pasa una mano por el pelo—. Lo ponía en el cartel.

Ni si quiera me he dado cuenta.

—¿Me estás diciendo que estamos encerrados? —mi voz sube una octava.

—Hasta que alguien nos encuentre —confirma, y hay un destello de su sonrisa habitual—. Parece que estás atrapada conmigo, Price.

El espacio de repente parece más pequeño. Las sombras se alargan mientras el sol desciende, creando patrones intrincados a través de los cristales manchados. Una enredadera se ha colado por una grieta, sus hojas rozando suavemente el cristal con la brisa.

Debería estar enfadada. Debería estar llamando a alguien. En cambio...

—Mi padre nos abandonó cuando yo tenía ocho años —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

James se queda muy quieto. Una polilla revolotea cerca de uno de los cristales rotos, atraída por los últimos rayos de sol.

—Claire...

—No —lo interrumpo—. No estoy buscando tu lástima tampoco. Solo... quiero que sepas que entiendo lo que es tener fantasmas familiares.

Me acerco a una mesa de trabajo cubierta de macetas vacías. Mis dedos trazan el borde de una, recogiendo años de polvo y memorias olvidadas.

—Mi madre lo esperó durante años —continúo, mi voz es apenas un susurro—. Cada noche ponía un plato extra en la mesa. Como si algún día fuera a volver.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el sonido distante de la fiesta y el zumbido de los últimos insectos del día.

—Solía sentarme en las escaleras —las palabras fluyen ahora, como si hubieran estado esperando años para ser dichas—, mirando la puerta durante horas. Convencida de que, si lo deseaba lo suficiente fuerte, él volvería.

James da un paso hacia mí, pero mantengo mi mirada fija en la maceta vacía.

—Lo peor no fue que se fuera —mi voz tiembla ligeramente—. Lo peor fue ver cómo mi madre se consumía esperándolo. Cómo el amor la destruyó poco a poco.

Una gota de agua cae de algún lugar del techo, el sonido amplificado por el silencio del invernadero.

—Por eso... por eso sé que esto —hago un gesto vago entre nosotros— No espero nada. No quiero nada. No tienes que preocuparte por convertirte en... bueno, en quien sea que temas

convertirte.

Las palabras saben amargas en mi boca, pero me obligo a continuar.

—Soy probablemente la única mujer en Manhattan que entiende perfectamente que esto es temporal. Que no hay futuro. Que no puede haberlo.

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor. La luz del atardecer pinta sombras cada vez más largas, y por un momento me permito estudiar su perfil, la forma en que sus manos se crispan a sus costados, como si estuviera luchando consigo mismo.

JAMES

Sus palabras resuenan en el invernadero como un eco. «No espero nada. No quiero nada.» Debería sentirme aliviado. Es exactamente lo que siempre he buscado: una mujer que no espere que me convierta en algo que no soy.

Entonces, ¿por qué sus palabras duelen tanto?

La observo mientras finge estar absorta en una vieja maceta. La luz del atardecer juega con su pelo, creando reflejos dorados que me recuerdan a las fotografías que mi madre guarda de cuando éramos felices. Antes de que mi padre se volviese un cabrón.

—Mi padre nunca golpeó a mi madre —las palabras salen ásperas, como si llevaran demasiado tiempo enterradas—. Casi habría sido más fácil si lo hubiera hecho.

Claire levanta la vista, sorprendida por mi confesión repentina. No la culpo. El gran James Richardson, abriéndose sobre su pasado. Debe ser el fin del mundo.

—En cambio —continúo, porque ya que he empezado, bien puedo hundirme del todo—, era encantador. El alma de la fiesta. Todo el mundo lo adoraba.

Me acerco a uno de los ventanales sucios. Mi reflejo me devuelve los rasgos de mi padre: la misma mandíbula fuerte, la misma sonrisa que promete todo y no entrega nada.

—Tenía una amante diferente cada mes —mi risa suena hueca—. A veces ni siquiera se molestaba en ocultarlo. «¿Para qué mentir, hijo? Las mentiras son para los cobardes.» Eso decía mientras se anudaba la corbata, preparándose para otra noche de... negocios.

Claire no dice nada, pero puedo sentir su presencia detrás de mí, sólida y reconfortante.

—Mi madre... —me paso una mano por el pelo, un gesto que heredé de él—. Mi madre fingía no verlo. Organizaba fiestas, sonreía en los eventos sociales, mantenía las apariencias. Como si el dinero y el estatus pudieran compensar la humillación.

Una rama golpea contra el cristal, movida por el viento. El sonido me recuerda a las noches en que me escondía en mi habitación, escuchando las discusiones silenciosas de mis padres.

—¿Sabes qué es lo peor? —me giro hacia Claire, encontrando sus ojos—. Que todo el mundo

decía que éramos iguales. «Eres igual que tu padre, James. Tienes su encanto, su carisma.»

Doy un paso hacia ella, necesitando que entienda.

—Y tenían razón. Soy exactamente como él —las palabras saben a veneno—. La forma en que manejo las relaciones, cómo los encandilo, cómo mantengo a todo el mundo a distancia... Es su maldito legado.

—James... —su voz es suave, casi una caricia.

—No —la interrumpo bruscamente—. No intentes arreglarlo. No soy un proyecto de rehabilitación, Price. No puedes...

—¿Quién dice que quiero arreglarte? —hay un filo en su voz que me sorprende—. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? No soy tu madre, ni ninguna de tus conquistas esperando reformar al playboy.

Da un paso hacia mí, y hay algo en su mirada que hace que mi pulso se acelere.

—Entiendo perfectamente quién eres, Richardson —continúa—. Y más importante aún, entiendo quién no quieres ser.

El aire entre nosotros se espesa. Una polilla revolotea cerca de la lámpara oxidada, creando sombras danzantes sobre su rostro.

—Mi padre... —su voz tiembla ligeramente—. Mi padre eligió irse. Tu padre eligió quedarse y destruir todo desde dentro. Ambos son formas diferentes del mismo tipo de cobardía.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada. Nadie, nunca, ha descrito tan perfectamente el legado de Richard Richardson.

—Por eso funcionamos tan bien juntos —continúa, y hay una amargura en su sonrisa que hace que algo en mi pecho se retuerza —. No nos hacemos promesas que no podemos cumplir. No esperamos más de lo que el otro puede dar.

Debería sentirme aliviado. Es el acuerdo perfecto: dos personas rotas que entienden perfectamente los límites del otro. Sin expectativas. Sin promesas.

Entonces, ¿por qué cada palabra suya se siente como un puñal?

—Claire... —empiezo, aunque no sé qué quiero decir.

Un ruido metálico nos sobresalta. La puerta del invernadero se abre de golpe, y la luz de una linterna nos ciega momentáneamente.

—¡Aquí están! —la voz del jardinero rompe el momento—. La señora Richardson nos avisó que podrían estar aquí. Esta puerta lleva dando problemas desde...

Pero ya no escucho. Claire se ha apartado de mí como si quemara, recuperando su máscara

profesional con una velocidad que me impresiona.

—Gracias —su voz suena perfectamente controlada mientras pasa junto al jardinero—. Si me disculpan, tengo una boda que organizar.

La observo alejarse, sus pasos marcando un ritmo preciso contra el suelo de piedra. Y me pregunto si acabo de ganar o perder esta batalla.

Porque por primera vez en mi vida, tener a alguien que no espera nada de mí se siente como la peor de las derrotas.

CAPÍTULO 18

CLAIRE

La suite está en silencio mientras reviso por enésima vez los detalles de la cena de esta noche. Me obligo a concentrarme en la lista de alérgenos, en la disposición de las mesas, en cualquier cosa que no sea el recuerdo de lo que pasó en el invernadero.

James lleva diez minutos paseándose por la habitación como un león enjaulado. Finge revisar su móvil, se asoma al balcón, ajusta su corbata frente al espejo. Pero sus ojos siempre vuelven a mí, y cada vez que nuestras miradas se cruzan en el reflejo, algo en el aire cambia.

—¿Podrías parar? —murmuro finalmente, sin levantar la vista de mi tablet—. Me estás poniendo nerviosa.

—¿Yo? —su voz tiene un filo peligroso—. No soy yo quien está fingiendo que puede concentrarse en... ¿qué es? ¿La lista de vinos?

—Alérgenos —corrijo automáticamente—. Y no estoy fingiendo.

Se acerca a donde estoy sentada, sus pasos deliberadamente lentos. Puedo sentir su presencia detrás de mí, el calor que emana de su cuerpo, el aroma de su colonia mezclado con algo únicamente James.

—¿No? —se inclina, sus manos apoyándose en el respaldo de mi silla—. Entonces no te importará que me quede aquí, ¿verdad?

Su aliento cálido contra mi cuello hace que un escalofrío recorra mi espalda.

—James... —intento que suene como una advertencia, pero sale más como una súplica.

—Dime que me vaya —murmura, sus labios rozando mi oído—. Dime que prefieres revisar tus listas a estar conmigo.

Me giro en la silla para enfrentarlo, un error. Está demasiado cerca, sus ojos más oscuros de lo habitual.

—Esto no es profesional —intento un último argumento débil.

—Al diablo con lo profesional —gruñe—. Suficiente de fingir que esto no está pasando.

Me mantengo en mi silla, mi espalda rígida mientras sus dedos trazan el contorno de mi mandíbula. No es el James dominante de la cabaña, ni el playboy arrogante que todo Manhattan conoce. Hay algo diferente en su toque, algo que hace que mi pulso se acelere.

—No deberíamos... —susurro, aunque mi cuerpo ya se está inclinando hacia su toque—. Después de lo que acabamos de hablar en el invernadero...

—Por eso mismo —murmura, su pulgar rozando mi mejilla—. Porque por primera vez, alguien me entiende. Por primera vez...

Se interrumpe, como si hubiera estado a punto de decir demasiado. Sus ojos buscan los míos, y hay tanta vulnerabilidad en su mirada que hace que mi corazón se encoja.

—Levántate —su voz es suave pero firme—. Por favor, Claire.

Es el por favor lo que me desarma.

Me levanto lentamente, mi tablet olvidada sobre el escritorio. James retrocede un paso, dándome espacio, y ese pequeño gesto de consideración hace que algo se retuerza en mi pecho.

La luz del atardecer se filtra por los ventanales, bañando la habitación en tonos dorados. James me observa como si estuviera memorizando cada detalle, y por primera vez desde que lo conozco, no hay ni rastro de su habitual sonrisa arrogante.

El pánico recorre mi cuerpo. Esto se está volviendo demasiado… intenso, personal, perfecto.

—James... —mi voz suena más vulnerable de lo que pretendo.

Da un paso hacia mí, luego otro, hasta que el calor de su cuerpo es casi tangible. Sus manos encuentran mi cintura, pero no con la urgencia habitual. Es un toque suave, casi tentativo, como si estuviera pidiendo permiso.

—Dime que me detenga —murmura, sus ojos fijos en los míos—. Dime que prefieres mantener las distancias después de...

No termina la frase, pero ambos sabemos a qué se refiere. El invernadero. Las confesiones. Las barreras que cayeron entre nosotros.

—No puedo —susurro, y es la verdad más honesta que he dicho en mucho tiempo.

Sus dedos trazan un camino por mi brazo, tan suave que apenas lo siento a través de la tela de mi blusa. Es una tortura exquisita.

—¿Sabes lo que me haces? —su voz es ronca mientras su mano libre encuentra mi nuca—. ¿Lo difícil que es mantener el control cuando te miro?

—Entonces no lo mantengas —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Su risa es suave, casi dolorosa.

—No es tan simple —sus dedos se enredan en mi pelo—. No contigo. No después de...

Se interrumpe de nuevo, y hay tanto en ese silencio que hace que mi corazón se acelere. Sus labios rozan mi sien, mi mejilla, el punto donde mi pulso late desbocado en mi cuello.

—Claire... —mi nombre en sus labios suena como una súplica.

Sus manos enmarcan mi rostro con una delicadeza que me desarma por completo. Hay algo en sus ojos, una vulnerabilidad que nunca le había visto, que hace que todo esto sea mil veces más peligroso que cualquier encuentro anterior.

—Déjame... —susurra, sus pulgares acariciando mis mejillas—. Solo déjame...

No termina la frase. No necesita hacerlo. Sus labios encuentran los míos con una suavidad que contradice la tensión que vibra entre nosotros. No es el beso hambriento que esperaba, sino algo más profundo, más íntimo.

Mis manos encuentran su pecho por voluntad propia, sintiendo el latido acelerado de su corazón bajo mis dedos. Su corbata está suelta, los primeros botones de su camisa desabrochados, y la piel expuesta me llama como un imán.

—Claire... —gruñe contra mis labios cuando mis dedos rozan su cuello.

El beso se profundiza, pero mantiene esa cualidad reverente que me está volviendo loca. Sus manos bajan por mi espalda, atrayéndome más cerca, hasta que cada centímetro de nuestros cuerpos está en contacto.

Y entonces sus manos encuentran el dobladillo de mi blusa, y el primer roce de sus dedos contra la piel desnuda de mi espalda hace que todo mi mundo se reduzca a este momento, a este toque.

—James... —mi voz es apenas un suspiro cuando sus labios encuentran ese punto sensible bajo mi oreja.

—Déjate llevar —murmura contra mi piel—. Por una vez, Claire, solo... déjate llevar.

Y lo hago. Por primera vez en mi vida, dejo caer todas mis barreras, todos mis muros cuidadosamente construidos. Me rindo a sus caricias, a la forma en que sus manos me tocan como si fuera algo precioso, algo que merece ser adorado.

Porque esta noche, en esta habitación dorada por el atardecer, no soy Claire Price, la perfecta wedding planner que todo lo controla. Soy simplemente Claire, y por primera vez, eso parece ser suficiente.

JAMES

Cuando Claire finalmente se rinde en mis brazos, siento que algo cambia dentro de mí. No es como en la cabaña, donde la pasión y el deseo de dominar guiaban cada movimiento. Esto es diferente. Más profundo. Más peligroso.

Sé que esto me cambiará para siempre.

Sus dedos tiemblan ligeramente mientras desabotonan mi camisa, y hay algo tan vulnerable en ese pequeño gesto que hace que mi pecho se apriete.

—Despacio —susurro contra su piel cuando intenta acelerar las cosas—. Esta vez vamos a tomarnos nuestro tiempo.

Un pequeño gemido escapa de sus labios cuando mis manos encuentran la piel desnuda de su espalda. Es suave, cálida, y cada centímetro que descubro me hace querer adorarla más lentamente.

—James... —hay una súplica en su voz que nunca le había escuchado antes.

—Shh —mis labios trazan un camino por su cuello—. Déjame cuidarte.

La siento estremecerse ante mis palabras. Claire Price, la mujer que siempre cuida de todos, permitiéndome por fin cuidar de ella. La ironía no se me escapa.

Mis manos encuentran el cierre de su blusa, y cada botón que deshago revela más de esa piel que me está volviendo loco. Pero esta vez no hay prisa, no hay urgencia desenfrenada. Cada toque es deliberado, cada caricia un acto de adoración.

Sus manos se aferran a mis hombros mientras mis labios trazan un camino descendente por su cuello, su clavícula. La forma en que responde a cada toque, cada caricia, me está volviendo loco.

—Mírame —murmuro, necesitando ver sus ojos.

Cuando levanta la mirada, la vulnerabilidad que encuentro en ella casi me hace perder el control. Sus pupilas están dilatadas, sus labios entreabiertos, y hay un rubor que se extiende por su cuello hasta...

—Eres preciosa —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—James... —hay una advertencia en su voz, como si no pudiera soportar esta nueva intimidad.

—No —mis manos enmarcan su rostro—. No te escondas. No de mí. No ahora.

La beso de nuevo, más profundo esta vez, intentando transmitir con acciones lo que no me atrevo a decir con palabras. Mis manos recorren su cuerpo con reverencia, memorizando cada curva, cada pequeño temblor que arranco de ella.

La guío lentamente hacia la habitación. La luz del atardecer baña su piel en tonos dorados, y por un momento me quedo sin aliento ante la visión. Claire Price, siempre tan contenida, tan perfecta, ahora completamente entregada a mí.

—Te necesito —susurra, y la honestidad en su voz hace que algo dentro de mí se rompa—. Solo... a ti.

Sus palabras despiertan algo primitivo en mí, pero me obligo a mantener el control. No quiero que esto sea como en la cabaña. Necesito demostrarle que puede ser diferente. Que yo puedo ser diferente.

La guío hacia la cama mientras mis labios trazan un camino por su cuello. Mi camisa yace olvidada en el suelo junto con mi corbata, testigos silenciosos de nuestra rendición mutua. Me detengo un momento para observarla: su pelo revuelto, sus labios entreabiertos, la forma en que la luz del atardecer juega con su piel parcialmente expuesta.

Me agacho para recoger la corbata de seda, y algo en la forma en que Claire sigue el movimiento hace que mi pulso se acelere.

—¿Confías en mí? —pregunto, la seda negra deslizándose entre mis dedos.

Sus ojos encuentran los míos en la penumbra dorada, y hay algo en su mirada que hace que mi corazón se detenga por un momento.

—Sí —susurra, extendiendo sus brazos hacia mí en una invitación silenciosa.

La corbata se desliza suavemente alrededor de sus muñecas mientras ella mantiene su mirada fija en la mía. Es un acto de rendición tan profundo que hace que algo se retuerza en mi pecho.

La cojo en brazos y la subo a la cama.

Sus brazos se extienden sobre su cabeza mientras aseguro el otro extremo de la corbata al cabecero de la cama. La imagen es más erótica de lo que imaginaba: Claire parcialmente vestida, su blusa abierta revelando encaje blanco, completamente a mi merced.

—Eres increíble —murmuro, y por primera vez no hay rastro de burla en mi voz, solo asombro puro.

Mis dedos trazan un camino descendente por sus brazos extendidos, sintiendo cómo se estremece bajo mi toque. La forma en que se arquea ligeramente, buscando más contacto, hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—Tan hermosa —murmuro contra su piel mientras mis labios siguen el camino que mis dedos acaban de trazar—. Tan perfecta.

Un suave gemido escapa de sus labios cuando mis dientes rozan su cuello. La marca que dejo es deliberada; mañana, durante la boda, solo ella y yo sabremos que está ahí, oculta bajo su perfecta fachada profesional.

Mis manos encuentran el borde de su blusa abierta, deslizándola por sus hombros tanto como la posición de sus brazos permite. El encaje blanco de su sujetador contrasta perfectamente con su piel, y por un momento me quedo sin aliento ante la visión.

—James... —su voz tiene un tono de súplica que nunca le había escuchado antes.

—Paciencia —murmuro contra su piel mientras mis manos exploran nuevos territorios—. Quiero memorizar cada centímetro de ti.

Su cuerpo responde a cada caricia como si hubiera sido creado específicamente para mí. Cada

toque, cada beso arranca pequeños sonidos que me vuelven loco. Pero mantengo el control, determinado a demostrarle que esto es diferente. Que ella es diferente.

—Por favor... —susurra, tirando suavemente de sus ataduras.

—¿Por favor qué? —mis labios trazan un camino descendente por su abdomen—. Dime qué necesitas, Claire.

Sus ojos se abren, oscuros y vulnerables, y hay algo en su mirada que hace que mi corazón se salte un latido. La perfecta Claire Price, completamente rendida ante mí, confiando en mí de una manera que hace que todo lo demás parezca insignificante.

—Tócame —susurra, y la súplica en su voz hace que algo primitivo se retuerza en mi interior.

Mis dedos trazan patrones suaves sobre su piel mientras observo cada una de sus reacciones. La forma en que contiene el aliento cuando rozo ciertos puntos, cómo sus dedos se crispan en las ataduras cuando mis labios encuentran lugares especialmente sensibles.

—Eres un tesoro —murmuro contra su piel—. Cada centímetro de ti merece ser adorado.

Un pequeño sollozo escapa de sus labios cuando mis manos encuentran el cierre de su sujetador. Lo dejo en su lugar, prolongando la anticipación. Quiero que esto sea diferente. Quiero que recuerde cada toque, cada caricia, cada momento.

—James...

—Shh —mis labios rozan su clavícula—. Déjame cuidarte. Déjame demostrarte...

No termino la frase. No puedo. Hay demasiado en juego, demasiadas emociones que ninguno de los dos está preparado para nombrar.

Mis manos trazan un camino reverente por su cuerpo mientras sus ojos no abandonan los míos. Hay tanta confianza en su mirada que hace que algo se retuerza en mi pecho.

Sus dedos se crispan en las ataduras cuando mis labios encuentran ese punto sensible bajo su oreja. La forma en que responde a cada toque, cada caricia, me está volviendo loco.

—James... —mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

Hay algo diferente en este momento, algo que va más allá de lo físico. La forma en que se entrega, la vulnerabilidad en sus ojos, la confianza absoluta que deposita en mí... es abrumador.

—Te tengo —murmuro contra su piel—. Estoy aquí.

Y por primera vez en mi vida, esas palabras significan más que una promesa vacía. Por primera vez, quiero ser el hombre que merece esta confianza, esta entrega.

El tiempo parece detenerse mientras nos perdemos el uno en el otro, cada toque, cada caricia cargada de significado. No es solo deseo lo que nos une en este momento, es algo más profundo,

más peligroso.

Me hundo en su interior y siento que jamás he estado más unido a una persona. Que jamás le he dado más de mí a nadie.

Es…jodidamente perfecto.

Cuando ambos alcanzamos el cielo el mundo parece detenerse y cada pieza que antes tenía suelta comienza a encajar. Lo siguiente de los que soy consciente es de que Claire descansa sobre mi pecho, su respiración acompasándose gradualmente. Mi mano traza patrones perezosos en su espalda mientras observo cómo la luz del atardecer juega con su pelo revuelto.

Es extraño. Normalmente en este momento ya estaría buscando una excusa para irme, inventando una reunión o una cita. Pero ahora... ahora todo lo que quiero es quedarme aquí, memorizando la forma en que su cuerpo encaja perfectamente contra el mío.

Claire Price. La única mujer que ha conseguido que quiera quedarme después.

La única que me hace querer más que una noche.

El vibrar de mi móvil rompe el momento. El nombre de Marcus parpadea en la pantalla.

—Debe ser importante —murmura Claire contra mi pecho—. Contesta.

—Marcus —respondo, sin soltar mi agarre en Claire—. Esto mejor que sea...

—Emergencia en Walker Tech —me interrumpe—. El servidor principal ha caído. Necesito que vayas a arreglarlo, los operarios no saben qué hacer.

Miro el reloj: las siete menos cuarto. La última cena de ensayo es a las ocho.

—Marcus, la cena...

—Por eso mismo —su voz es tensa—. Necesitamos resolverlo antes. Mañana es la boda y no podemos tener los sistemas caídos.

Suspiro, mirando a Claire que ya se está incorporando, entendiendo la situación sin necesidad de palabras.

—Voy para allá —respondo finalmente.

Cuando cuelgo, Claire ya está recogiendo su ropa, volviendo a ser la eficiente wedding planner que todo Manhattan conoce. Pero hay algo diferente en ella, una suavidad en sus movimientos que no estaba antes.

—Ve —dice, y hay comprensión en su voz—. Nos vemos en la cena.

La detengo antes de que pueda alejarse, atrayéndola para un último beso. Es suave, casi reverente, tan diferente a nuestra pasión inicial.

—Esto... —empiezo, necesitando que entienda que esto es más que sexo para mí.

—No hay nada que decir —sonríe suavemente—. Ve. Arregla lo que sea que necesite arreglarse.

Mientras me visto, no puedo evitar mirarla. Claire Price, la mujer que ha conseguido lo imposible: hacer que James Richardson quiera quedarse. Quiera más.

Quiera todo.

Y eso, más que cualquier emergencia tecnológica, es lo que realmente me aterra.

CAPÍTULO 19

CLAIRE

La puerta se cierra tras James y me quedo sola en la suite, mi reflejo en el espejo del baño casi irreconocible. Tengo las mejillas sonrojadas, el pelo revuelto, y hay algo diferente en mis ojos... una suavidad que nunca había visto antes. Que me aterra ver.

Una nueva oleada de náusea me golpea, recordándome brutalmente la realidad. No es solo la intimidad compartida con James lo que me asusta. Es la posibilidad de que, en este preciso momento, algo esté creciendo dentro de mí. Algo que cambiaría todo.

—No puedo más —susurro a mi reflejo—. Necesito saberlo.

La decisión está tomada antes incluso de ser consciente. Reviso mi móvil: son las siete y diez. La cena es a las ocho. La farmacia está a dos manzanas. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Me arreglo el pelo y el maquillaje con manos temblorosas, intentando recuperar algo de mi habitual compostura. La ironía no se me escapa: yo, Claire Price, la mujer que planifica cada minuto de su vida, a punto de embarcarse en una misión furtiva para comprar un test de embarazo.

Mientras me pongo el abrigo, repaso mentalmente el plan. Entrar, comprar, volver. Simple. Profesional. Eficiente.

Como todo en mi vida.

Excepto James Richardson.

Me ajusto las gafas de sol, aunque ya está anocheciendo. Ridículo, lo sé, pero la idea de que alguien me reconozca comprando un test de embarazo hace que mi estómago se retuerza.

El vestíbulo del Four Seasons está especialmente concurrido a esta hora. Invitados llegando para la cena, personal del hotel corriendo de un lado a otro con mis precisas instrucciones para mañana. Todo exactamente como lo planifiqué.

Excepto esto.

—¡Claire, querida!

Mi corazón se detiene. Eleanor Richardson avanza hacia mí con esa elegancia depredadora suya, y por un momento considero fingir que no la he oído. Pero Eleanor no es el tipo de mujer que pueda ser ignorada.

—Eleanor —fuerzo una sonrisa—. Yo... estaba...

—¡Justo a quien quería ver! —enlaza su brazo con el mío y siento que mi plan se desmorona —. Estaba pensando en la boda, por supuesto, y se me ocurrió que ya que tú y James...

—Lo siento —la interrumpo, quizás demasiado bruscamente—. Tengo que revisar algo con los floristas. Una emergencia con los centros de mesa.

—Oh —parpadea, sorprendida por mi tono—. Pero pensé que podríamos discutir algunos detalles sobre...

—¿Los centros de mesa? —una voz que reconozco como Katherine se une a la conversación —. ¿Hay algún problema?

Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Nada que no pueda solucionar —respondo, retrocediendo hacia la salida—. Si me disculpan...

Prácticamente huyo hacia la calle, sintiendo sus miradas en mi espalda. La brisa fresca de Manhattan me golpea el rostro, y respiro profundamente. Siete y veinte. Cuarenta minutos hasta la cena.

La farmacia está iluminada como un faro en la noche que cae, burlándose de mi situación. Empujo la puerta y el tintineo de la campanilla suena como una alarma en mis oídos.

El fluorescente parpadea sobre mi cabeza mientras intento orientarme. Nunca había sido tan consciente de mi aspecto, de cada paso que doy. La dependienta, una mujer mayor con gafas de media luna, me mira por encima de una revista de cotilleos.

Me adentro en los pasillos intentando parecer casual, como si estuviera buscando una simple aspirina. Paso junto a las vitaminas, los productos de belleza, los... ah. Ahí están. Una colección completa de tests de embarazo me devuelve la mirada desde la estantería.

¿Por qué tienen que hacer los embalajes tan... llamativos? Rosa chillón, azul bebé, letras enormes que prácticamente gritan ¡EMBARAZO! a cualquiera que pase por el pasillo.

—¿Puedo ayudarla? —la voz de la dependienta me sobresalta.

—No, yo... —mi voz suena extrañamente aguda—. Solo estoy mirando.

—Tenemos una oferta en los digitales —señala, ajustándose las gafas—. Son más precisos que los tradicionales.

Mi mano se cierra alrededor del primero que alcanzo, deseando que la tierra me trague. La caja rosa chillón parece brillar bajo la luz fluorescente como un cartel de neón.

—Este está bien —murmuro, dirigiéndome a la caja con toda la dignidad que puedo reunir.

El sonido de la puerta de la farmacia hace que mi corazón se detenga. Por el reflejo del espejo de seguridad, veo entrar a una de las tías de Marcus.

Oh, no. No, no, no.

Me giro bruscamente, ocultando la caja tras mi espalda mientras finjo extremo interés en un expositor de cremas para las manos. La tía de Marcus, Martha creo que se llama, se dirige directamente al mostrador. Si me muevo ahora, tendré que pasar justo frente a ella.

—¿Va a llevar eso, querida? —la dependienta alza la voz, y juro que el universo está conspirando contra mí.

—Sí, yo... —me aclaro la garganta—. ¿Podría ser discreto?

La dependienta asiente, una sonrisa de complicidad formándose en sus labios mientras guarda el test en una bolsa oscura. Nunca he estado tan agradecida por una simple bolsa de papel marrón.

—Son cuarenta y cinco dólares —susurra, y en este momento pagaría mil con tal de salir de aquí.

Mientras busco mi tarjeta, Martha se gira.

—¿Claire? —su voz resuena en la pequeña farmacia—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

Mi tarjeta se resbala de mis dedos temblorosos y cae al suelo. Perfecto.

Recojo la tarjeta intentando mantener la compostura, agradeciendo que la dependienta ya haya guardado el test en la bolsa.

—Martha —logro sonreír—. Sí, yo... necesitaba algunas cosas de último momento. Ya sabes, para la boda.

—Oh, por supuesto —asiente mientras pago—. Todo tiene que estar perfecto para mañana. Marcus está tan emocionado...

Murmuro algo que espero suene como una respuesta coherente mientras guardo el cambio. La bolsa de papel marrón parece pesar una tonelada en mi mano.

Si hoy no me ha dado un infarto estoy segura de que nunca lo hará.

Dios mío. ¿Por qué todo tiene que ser tan intenso?

El regreso al hotel es un borrón de calles y luces. Mi corazón late con tanta fuerza que casi puedo escucharlo. Siete y treinta y cinco. Aún tengo tiempo.

En la suite, mis manos tiemblan tanto que casi no puedo abrir la caja. Las instrucciones parecen estar escritas en otro idioma. Yo, que organizo bodas multimillonarias sin pestañear, que manejo crisis de novias con la precisión de un cirujano, apenas puedo sostener este pequeño test de plástico.

Tres minutos.

Me siento en el borde de la bañera, contando los segundos. Las náuseas vuelven, pero esta vez no sé si es por los nervios o por... No. No voy a pensarlo todavía.

Cuando miro el resultado, el mundo parece detenerse.

Dos líneas rosas.

Positivo.

Mi cabeza da vueltas mientras intento procesar lo que esto significa. Un bebé. El bebé de James. El playboy de Manhattan. El hombre que...

Esto no puede estar pasando.

El sonido de golpes en la puerta de la suite me sobresalta.

—Claire —la voz de Emma resuena desde el otro lado—. ¿Estás ahí? No lees mis mensajes y necesito tu opinión sobre los pendientes para la cena.

Mi corazón se acelera mientras miro frenéticamente a mi alrededor. No puedo tirar el test a la basura, el personal de limpieza podría encontrarlo. En un movimiento desesperado, lo envuelvo en papel higiénico y lo escondo entre las toallas limpias del estante. Ya me desharé de él después de la cena.

—¡Un momento! —grito mientras me lavo las manos y compruebo mi reflejo en el espejo. Intento que mi rostro no delate que acabo de descubrir que estoy esperando un hijo de James Richardson.

Cuando abro la puerta, Emma está radiante, sosteniendo dos pares de pendientes.

—¿Perlas o diamantes? —pregunta, completamente ajena a mi crisis interna—. Marcus dice que los diamantes, pero creo que son demasiado para una cena de ensayo...

—Las perlas —respondo automáticamente, años de experiencia como wedding planner tomando el control—. Guarda los diamantes para mañana.

Emma se sienta en el borde de la cama para cambiarse los pendientes, y yo no puedo evitar

mirar hacia el baño. El test está ahí, escondido entre las toallas, como una bomba de tiempo.

—¿Todo bien? —Emma me mira con curiosidad—. Pareces... distraída.

—Perfectamente —miento, alisando mi vestido con manos que espero no tiemblen demasiado —. Solo... preocupada por los últimos detalles. ¡Mañana es el gran día!

El sonido del ascensor nos hace girar a ambas. Pasos en el pasillo.

—Debe ser James —murmuro, mi estómago dando un vuelco—. Marcus tenía una emergencia en la empresa y...

La puerta se abre y ahí está él, la corbata aflojada, el pelo ligeramente revuelto. Nuestras miradas se cruzan y por un momento todo lo demás desaparece. ¿Cómo voy a ocultarle esto? ¿Cómo voy a...?

—Chicas —sonríe, ese gesto arrogante que hace que mis rodillas tiemblen—. Si me disculpáis, necesito una ducha rápida antes de la cena.

—Nosotras ya nos íbamos —Emma se levanta, enlazando su brazo con el mío—. ¿Verdad, Claire?

Asiento mecánicamente, permitiendo que Emma me arrastre hacia la puerta. Mientras salimos, no puedo evitar mirar hacia el baño una última vez.

La puerta se cierra tras nosotras y siento que mi mundo entero se ha quedado ahí dentro, escondido entre toallas blancas y perfectamente dobladas. Mi mano se posa instintivamente sobre mi vientre mientras Emma parlotea sobre la cena.

Yo, Claire Price, la mujer que organiza los finales felices de otros, la que tiene cada minuto de su vida perfectamente planificado, acabo de descubrir que estoy esperando un bebé del único hombre que ha conseguido poner mi mundo del revés.

Y lo peor no es estar embarazada del eterno playboy de Manhattan.

Lo peor es que una parte de mí, una parte que intento desesperadamente ignorar, está aterrorizada de lo feliz que me hace.

CAPÍTULO 20

JAMES

El vapor llena el baño mientras me ducho, intentando aclarar mi mente después de la emergencia en Walker Tech. Aunque, siendo honesto, mis pensamientos siguen volviendo a Claire y a cómo se sentía su cuerpo contra el mío hace apenas unas horas.

No es solo el recuerdo del sexo lo que me distrae. Es la forma en que su cabeza encajaba perfectamente bajo mi barbilla después, cómo su respiración se acompasaba con la mía. Por primera vez en mi vida, el momento después fue más importante que el durante. Y no puedo dejar de pensar en que necesito hacerla mía. Necesito conseguir que se convierta en mi para siempre.

Sacudo la cabeza, intentando concentrarme. La cena de ensayo empieza en pocos minutos y necesito estar presentable. Cuando acabe la boda tendré el tiempo para planificar la forma de mantenerla a mi lado.

Cierro el agua y estiro la mano hacia el estante de las toallas. Al tirar de una, algo envuelto en papel higiénico cae al suelo con un ruido sordo.

—¿Qué...? —me agacho para recogerlo, el agua aun goteando por mi piel.

El papel se deshace entre mis dedos, revelando un pequeño objeto de plástico que hace que mi corazón se detenga por un segundo.

Un test de embarazo.

Positivo.

Una carcajada escapa de mi garganta cuando todas las piezas encajan: Emma y Claire susurrando en la habitación, la forma en que Claire parecía nerviosa cuando las encontré, cómo Emma prácticamente arrastró a su amiga fuera de la suite...

—Así que por eso estaban aquí —murmuro, envolviendo finalmente la toalla en mi cintura—. Marcus, viejo zorro...

Me ajusto la corbata frente al espejo, sonriendo al pensar en Marcus. Mi mejor amigo, el eterno controlador, el que planea cada paso con meticulosa precisión... y ni siquiera me ha contado que va a ser padre.

Aunque, pensándolo bien, es extraño. Marcus y yo no tenemos secretos. Al menos no de este calibre. ¿Por qué no me lo habrá dicho? A menos que...

—A menos que él tampoco lo sepa —murmuro a mi reflejo, y de repente todo tiene más sentido.

Emma debe haberse hecho el test aquí, en mi suite, probablemente para mantenerlo en secreto hasta después de la boda. Y Claire, siendo su mejor amiga y la perfecta confidente que es, la está ayudando a ocultarlo.

—Vas a ser padre, Marcus —sonrío mientras me pongo la chaqueta—. Y ni siquiera lo sabes.

Una parte de mí quiere bajar corriendo y confrontarlo, ver su cara cuando se entere. Pero no es mi secreto para contar.

El ascensor está vacío cuando bajo hacia el restaurante. Mi reflejo en las paredes cromadas me devuelve una sonrisa que no puedo contener. Marcus Walker, el hombre que adoptó a Sophie sin pensarlo dos veces, ahora va a tener su propio bebé.

El restaurante del Four Seasons está transformado para la última cena de ensayo. Las mesas brillan bajo la luz suave de las velas, cada detalle meticulosamente planificado por Claire.

Marcus está en la barra, revisando algo en su móvil con el ceño fruncido. Me acerco.

—¿Todavía con la crisis de Walker Tech? —pregunto, apoyándome junto a él.

—Ya está controlado —guarda el móvil—. Aunque deberías revisar los nuevos protocolos de seguridad mañana.

—¿Mañana? —me río—. Es tu boda, Marcus. No pienso revisar nada que no sea el champán.

Los invitados empiezan a llegar. Claire aparece del brazo de Emma, y por un momento me quedo sin aliento. La luz de las velas juega con su pelo rubio, y cuando nuestras miradas se cruzan, le guiño un ojo, disfrutando del rubor que sube por su cuello. Ese rubor que sé que continúa más abajo, bajo el elegante escote de su vestido...

La forma en que Marcus mira a Emma, como si fuera la única persona en la habitación, me distrae de mis pensamientos poco apropiados sobre su mejor amiga. Casi me siento mal por guardarme el secreto del embarazo.

Casi.

La cena transcurre como Claire la planeó: perfecta, elegante, cronometrada al minuto. Desde mi sitio en la mesa principal, tengo una vista privilegiada de todo: Marcus y Emma a mi derecha, perdidos en su propio mundo, y Claire... Claire sentada frente a mí, evitando deliberadamente mi mirada mientras supervisa cada detalle.

Para cuando llegan los postres, la mayoría de los invitados ya se han retirado. Solo quedamos los más cercanos en la mesa principal, la conversación fluyendo más íntima entre copas de vino.

Marcus se disculpa para ir al baño, y veo mi oportunidad. Es más sencillo centrarme en los problemas de los demás que en los míos propios. Me inclino hacia Emma, que está jugando distraídamente con su postre.

—Sabes —susurro con una sonrisa—, siempre supe que serías la primera en hacer sentar cabeza a Marcus, pero esto... esto es mejor de lo que esperaba.

Emma levanta la vista de su plato, confundida.

—¿De qué hablas?

—Vamos, no finjas conmigo —le guiño un ojo—. Sé que querías mantenerlo en secreto hasta después de la boda, pero encontré el test en mi suite. Y debo decir que Marcus va a ser un padre excelente. Ya lo es con Sophie, pero con un bebé propio se va a volver loco.

—¿Test? —Emma parece genuinamente desconcertada—. ¿Qué test?

—El de embarazo positivo entre las toallas. Supongo que por eso tú y Claire estabais...

—¿Embarazo? —la voz de Marcus nos sobresalta a ambos. Ha vuelto sin que lo notáramos. Joder—. Emma, ¿estás embarazada?

La confusión en el rostro de Emma es absoluta.

—No, yo no... James, ¿de qué estás hablando?

Pero Marcus ya no escucha. Se ha arrodillado junto a la silla de Emma, sus ojos brillando con una emoción que nunca le había visto antes.

—Emma... —su voz tiembla mientras toma sus manos—. ¿Por qué no me lo has dicho? Dios, me has dado el mayor regalo del mundo.

—Marcus, espera... —Emma intenta interrumpir, pero él ya la está envolviendo en sus brazos.

—Te amo —susurra contra su pelo—. Te amo tanto. Un bebé... nuestro bebé...

—Marcus —Emma logra separarse lo suficiente para mirarlo a los ojos, lágrimas de emoción mezcladas con confusión—. Yo... yo no estoy embarazada. Al menos, no lo sé todavía.

—Pero James ha dicho... el test... —Marcus me mira, confundido.

—El test positivo en mi suite —aclaro, y de repente todo empieza a cobrar un sentido diferente—. He dado por hecho que era tuyo, que por eso tú y Claire estabais...

Es entonces cuando lo noto. Claire, que siempre tiene una respuesta para todo, que nunca pierde el control... se ha quedado mortalmente pálida. Sus dedos están tan apretados alrededor de la servilleta que sus nudillos se han vuelto blancos, y por primera vez desde que la conozco, parece que no tiene un plan B.

La realización me golpea como un puñetazo en el estómago.

Oh.

Oh.

CAPÍTULO 21

CLAIRE

El tiempo se detiene. El murmullo de las conversaciones en el restaurante se desvanece hasta convertirse en un zumbido lejano, y todo lo que puedo oír es el latido de mi corazón retumbando en mis oídos.

James me mira fijamente desde el otro lado de la mesa, y veo el momento exacto en que todas las piezas encajan en su mente. Sus ojos se agrandan ligeramente, su boca se entreabre como si quisiera decir algo, y yo... yo no puedo respirar.

—Claire —la voz de Emma suena lejana, como si estuviera bajo el agua—. Claire, ¿estás bien? Estás muy pálida.

Intento levantarme, pero mis piernas tiemblan. Necesito salir de aquí. Necesito aire. Necesito...

—Oh, Dios mío —Emma susurra, y sé que ella también lo ha entendido—. Claire, el test...

Marcus nos mira alternativamente a todos, la confusión evidente en su rostro.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando?

—Necesito... —logro articular, pero las palabras se atoran en mi garganta.

—Necesitamos un lugar privado —Emma toma el control de la situación—. Ahora.

Antes de que pueda protestar, Emma me agarra del brazo y prácticamente me arrastra hacia una de las salas privadas del restaurante. James y Marcus nos siguen, y puedo sentir la mirada de los pocos invitados que quedan siguiéndonos con curiosidad.

La puerta de la sala se cierra tras nosotros con un clic que suena como una sentencia. El espacio es pequeño, íntimo, con apenas un sofá y dos sillones. Las paredes están forradas de terciopelo burdeos que parece absorber el sonido, haciendo que el silencio sea aún más pesado.

—Claire —Emma me guía hasta el sofá—. Respira.

—Estoy respirando —protesto débilmente.

—No, no lo estás —se sienta a mi lado, tomando mi mano—. Estás hiperventilando.

James se mantiene de pie, apoyado contra la pared opuesta. Su postura parece relajada, pero puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos juegan con el botón de su chaqueta.

—Entonces... —Marcus rompe el silencio, mirándome fijamente—. ¿El test era tuyo?

No puedo encontrar mi voz. Las palabras se han evaporado, dejando solo un zumbido en mis

oídos. El terciopelo burdeos de las paredes parece cerrarse sobre nosotros, haciendo el espacio cada vez más pequeño.

—Claire —Emma aprieta mi mano—. Di algo.

Abro la boca, pero ¿qué puedo decir? ¿Cómo explico que yo, Claire Price, la mujer que tiene un plan para todo, la que organiza los finales felices de otros mientras mantiene su propia vida bajo estricto control... me he quedado embarazada del eterno playboy de Manhattan?

—No es... —empiezo, pero mi voz suena extraña incluso para mí —. No es lo que pensáis.

—¿No? —James habla por primera vez desde que entramos en la sala, y hay algo en su tono que me hace estremecer—. Porque yo creo que es exactamente lo que pensamos.

Su sonrisa... oh, Dios, esa sonrisa. Es diferente a todas las que le he visto antes. No es su habitual sonrisa de playboy, ni la burlona que reserva para provocarme. Es algo más profundo, más genuino, y por alguna razón eso me aterra aún más.

—No podemos hablar de esto ahora —logro decir, aferrándome a mi último vestigio de control profesional—. Hay una boda mañana, hay detalles que necesito...

—Al diablo con los detalles —James se despega de la pared, dando un paso hacia mí—. ¿Estás embarazada?

El silencio que sigue a su pregunta es ensordecedor. Puedo sentir la mirada de todos sobre mí: Emma, preocupada y protectora; Marcus, todavía procesando la situación; y James... James me mira como si estuviera viendo algo precioso y frágil.

—Claire —Emma susurra—. ¿El test...?

—Estoy embaraza—la confesión sale casi sin mi permiso, apenas es un susurro.

Y entonces James suelta una carcajada que hace que todos nos sobresaltemos. Es una risa genuina, llena de algo que suena peligrosamente a felicidad.

—Por supuesto que estás embarazada —dice, pasándose una mano por el pelo—. Mis chicos son unos campeones. Un disparo, una diana.

El calor sube por mi cuello mientras Emma y Marcus procesan sus palabras.

—Espera —Marcus se endereza bruscamente—. ¿Tus qué son qué?

—¿Vosotros dos...? —Emma mira alternativamente entre James y yo, sus ojos cada vez más grandes—. ¿Cuándo...? ¿Cómo...?

Me hundo más en el sofá, deseando que me trague el terciopelo burdeos de las paredes. Emma sigue sosteniendo mi mano, su agarre firme como un ancla en medio de esta tormenta.

—La despedida —murmuro finalmente, porque el silencio se ha vuelto insoportable—. Fue en

la despedida.

—¿La cabaña? —Emma suena incrédula—. Pero pensé que vosotros... quiero decir, parecía que os odiabais...

Una risa histérica amenaza con escapar de mi garganta. Si ella supiera... si supiera cómo las manos de James me dominaban esa noche, cómo susurraba mi nombre como una plegaria, cómo...

—Odio es una palabra muy fuerte —James interviene, y hay un tono en su voz que nunca le había escuchado antes. Algo entre orgullo y ternura que hace que mi estómago dé un vuelco.

Marcus se ha quedado inusualmente silencioso, su mirada alternando entre James y yo como si estuviera recalculando todo lo que creía saber sobre nosotros.

El silencio vuelve a caer sobre la habitación, pesado y denso. Puedo sentir el calor de la mirada de James, la forma en que sus ojos no se apartan de mí ni un segundo. Como si temiera que fuera a desaparecer si parpadea.

Y lo peor es que una parte de mí, una parte que intento desesperadamente ignorar, quiere que siga mirándome así. Para siempre.

JAMES

La observo mientras procesa la situación, sentada en ese sofá burdeos con Emma agarrando su mano. Claire Price, la mujer que siempre tiene un plan para todo, completamente desarmada por primera vez desde que la conozco. Y es por mi culpa. Por nuestro bebé.

Un hijo. La idea me golpea con una fuerza que me deja sin aliento. Un pequeño ser que será mitad ella, mitad yo. La imagen mental de Claire con un bebé en brazos hace que algo se retuerza en mi pecho de una manera que nunca había experimentado.

—Entonces... —Marcus rompe el silencio, su voz tensa—. ¿Vosotros dos...?

No puedo contener la sonrisa que se extiende por mi rostro. El orgullo, la felicidad, todo se mezcla en mi pecho de una manera que hace que me resulte difícil mantener mi habitual fachada de playboy despreocupado.

—¿Qué puedo decir? —me enderezo, sin poder evitar el tono de satisfacción en mi voz—. Cuando un Richardson pone su mira en algo...

—James... —la advertencia en la voz de Marcus llega demasiado tarde.

El rubor que sube por el cuello de Claire es fascinante. Incluso ahora, completamente fuera de su elemento, mantiene esa elegancia que me vuelve loco. Que siempre me ha vuelto loco.

—¿Qué vais a hacer? —Marcus pregunta, su tono repentinamente serio.

La pregunta cae como una bomba en la habitación. Claire se tensa visiblemente, y por primera

vez desde que descubrí el test, mi sonrisa vacila. ¿Qué vamos a hacer? Como si hubiera otra opción.

—Quedarnos con él —las palabras salen de mi boca al mismo tiempo que Claire susurra «Por supuesto que me lo quedo».

Nuestras miradas se encuentran, sorprendidos por la sincronización. Hay tanto en sus ojos: miedo, determinación, y algo más profundo que no me atrevo a nombrar. Algo que hace que mi corazón se acelere.

—Necesitamos hablar —me acerco un paso, necesitando estar más cerca de ella—. En privado.

—No —su voz tiembla ligeramente—. No puedo... no ahora.

Emma y Marcus intercambian una mirada que no logro descifrar. La tensión en la habitación es palpable.

—Claire —intento de nuevo, mi voz más suave—. Por favor. Podemos subir a la suite y...

—Esta noche no —Emma interviene, colocándose protectoramente junto a Claire—. Se viene conmigo.

Quiero protestar. Necesito hablar con ella, necesito entender qué está pasando por su cabeza. Decirle que todo va a estar bien. Que vamos a hacer feliz a nuestro hijo. A ser muy felices juntos. Pero la forma en que se aferra al brazo de Emma, el ligero temblor en sus manos... me hace darme cuenta de que esto es demasiado para ella ahora.

—Al menos déjame acompañarte a... —empiezo, pero Emma niega con la cabeza.

—Esta noche no, James —su tono es firme pero amable—. Dale espacio. Necesita procesarlo.

—¿Y yo no? —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo —. También es mi hijo.

El silencio que sigue a mi declaración es ensordecedor. Claire levanta la vista, y por primera vez veo lágrimas contenidas en sus ojos. Dios, daría cualquier cosa por abrazarla ahora mismo.

—Mañana —susurra finalmente—. Después de la boda, podemos...

—Después de la boda —acepto, aunque cada fibra de mi ser grita por retenerla—. Pero vamos a hablar de esto, Price. De todo.

Emma guía suavemente a Claire hacia la puerta, y cada paso que las aleja de mí se siente como una pequeña tortura. Marcus pone una mano en mi hombro, un gesto silencioso de apoyo.

Observo la puerta cerrarse tras ellas, y por primera vez en mi vida, me siento completamente perdido. Y completamente seguro al mismo tiempo.

Porque si hay algo que tengo claro es que quiero esto. La quiero a ella. Los quiero a ambos.

Solo espero que ella me dé la oportunidad de demostrárselo.

CAPÍTULO 22

CLAIRE

El pasillo del hotel parece interminable mientras Emma me guía hacia su habitación. Mis tacones marcan un ritmo irregular contra el suelo de mármol, tan diferente a mi habitual paso seguro y medido. Como todo en mi vida últimamente.

—Emma —me detengo bruscamente—. No puedes quedarte conmigo esta noche. Mañana es tu boda.

—Claire...

—No —intento que mi voz suene firme—. Es tu última noche antes de casarte. Deberías estar con Marcus, ultimando detalles, o...

—Los detalles pueden esperar —Emma enlaza su brazo con el mío, tirando suavemente—. Mi mejor amiga me necesita.

—Tu mejor amiga es un desastre —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. ¿Cómo he podido...? Dios, Emma, soy wedding planner. Se supone que ayudo a otros a conseguir sus finales felices, no que me quedo embarazada del padrino la noche de la despedida de soltera.

Emma suelta una risita que hace que la mire indignada.

—Lo siento —intenta contener la sonrisa—. Es solo que... bueno, al menos tiene estilo. Quiero decir, ¿cuántas wedding planners pueden decir que concibieron un bebé organizando una despedida?

—¡Emma! —pero siento que una sonrisa traicionera tira de mis labios.

El momento de ligereza se desvanece cuando llegamos a su suite. La habitación está llena de recordatorios de mañana: el vestido de novia cuidadosamente colgado, los zapatos perfectamente alineados, el velo extendido sobre una silla.

—Debería estar ayudándote con los últimos detalles —murmuro mientras me quito los tacones —. No arrastrándote a mis dramas.

—Claire Price —Emma se planta frente a mí, manos en las caderas —. ¿Cuántas veces has estado ahí para mí? ¿Cuántas noches me has escuchado llorar por Marcus? ¿Cuántas crisis has gestionado?

—Eso es diferente —protesto débilmente—. Es mi trabajo.

—No —se sienta a mi lado en la cama—. Es porque eres mi mejor amiga. Y ahora me toca a mí estar aquí para ti.

Las lágrimas que he estado conteniendo toda la noche amenazan con desbordarse.

—No sé qué voy a hacer —susurro finalmente—. Toda mi vida está perfectamente planificada, cada detalle controlado, y ahora...

—Ahora vas a tener un bebé —Emma completa suavemente—. Con James Richardson.

El nombre hace que mi estómago dé un vuelco.

—¿Viste su cara? —me hundo más en la cama—. Estaba tan... orgulloso. Como si acabara de ganar el premio gordo de la lotería.

—Bueno —Emma se tumba a mi lado—. Técnicamente, sus chicos campeones sí que ganaron algo.

—¡Emma! —le lanzo una almohada, pero no puedo evitar reír—. No puedo creer que haya dicho eso. Delante de Marcus, además.

—Hablando de eso... —Emma se gira para mirarme—. ¿La cabaña? ¿En serio?

El calor sube por mi cuello al recordar esa noche.

—Fue... —me interrumpo, buscando las palabras—. No lo sé. Un momento de locura.

—Un momento muy productivo, por lo que parece.

Esta vez la almohada da en el blanco, arrancándole una carcajada.

—Dios —me cubro la cara con las manos—. ¿Qué voy a hacer? Mi vida entera está planificada al minuto. Tengo bodas programadas para los próximos dos años. Reuniones, eventos, compromisos...

—Y tendrás un bebé —Emma me quita las manos de la cara, obligándome a mirarla—. Un pequeño ser que va a adorar a su madre perfeccionista y a su padre...

—No —la interrumpo—. No puedo pensar en eso ahora. No puedo pensar en James y en... —mi voz se quiebra—. Solo necesito procesar que voy a ser madre.

Un silencio cómodo se extiende en la habitación.

—¿Sabes qué es lo más irónico? —continúo, mirando el techo—. Paso mis días organizando el momento más importante en la vida de otras personas. Cronometro cada segundo, preveo cada imprevisto. Y mírame ahora.

—Claire...

—No, en serio —me incorporo, sintiendo que las palabras se desbordan—. Tengo una aplicación que me dice cuándo regar mis plantas. ¡Plantas, Emma! Y ahora voy a tener un bebé. Un ser humano real que dependerá completamente de mí.

—Y de James —añade suavemente.

Mi corazón se acelera.

—¿Cómo voy a hacer esto? —susurro—. ¿Cómo voy a ser madre y mantener mi carrera? Price Perfect Weddings es todo lo que tengo. Es lo único que he construido por mí misma.

—No tienes que hacerlo sola —Emma se sienta a mi lado—. Tienes a James, me tienes a mí, a Marcus...

—James Richardson —suelto una risa sin humor—. El eterno playboy de Manhattan. El hombre que considera el compromiso una palabra sucia.

—Pero contigo es diferente —Emma toma mi mano—. La forma en que te mira...

—Por favor —la interrumpo—. No necesito falsas esperanzas. No ahora.

Me levanto, necesitando moverme. El vestido de novia de Emma capta mi atención, tan perfecto, tan inmaculado. Como solía ser mi vida.

—Mañana es tu día —digo finalmente, girándome hacia ella—. No deberíamos estar hablando de mis desastres.

—Claire Price —Emma se levanta, su tono recordándome peligrosamente a mí misma cuando regaño a una novia histérica—. Deja de intentar organizarlo todo por una vez en tu vida.

—No puedo —mi voz tiembla—. Si dejo de organizar, de planificar... todo se desmorona.

—¿Como esta noche? —pregunta suavemente.

—Como esta noche —admito en un susurro.

Emma me envuelve en sus brazos y, por primera vez desde que vi las dos líneas rosas en el test, me permito llorar. No son lágrimas de tristeza, no exactamente. Son de miedo, de incertidumbre, de todas las emociones que he estado embotellando desde esta mañana.

—Va a salir bien —susurra contra mi pelo—. No sé cómo, pero va a salir bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque eres Claire Price —se separa para mirarme, sonriendo—. Y si alguien puede convertir un desastre en algo perfecto, esa eres tú.

JAMES

El silencio en el despacho privado del restaurante es ensordecedor después de que Claire y Emma se marchen. Marcus me observa con una mezcla de incredulidad y algo que parece peligrosamente cercano a querer estrangularme.

—¿En qué coño estabas pensando? —finalmente explota—. ¿Claire? ¿Mi wedding planner? ¿La mejor amiga de Emma?

—Técnicamente —me sirvo un whisky del mini bar, necesitando algo fuerte—, ahora es la madre de mi hijo.

El vaso que Marcus sostiene golpea la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Te parece gracioso? —su voz tiene ese tono que usa cuando está conteniendo su temperamento—. Por el amor de Dios, James, ¿no podías mantener tu polla en los pantalones por una vez en tu vida?

—No hables así —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo—. No de Claire. No de esto.

Algo en mi tono debe sorprenderle, porque se detiene y me mira realmente por primera vez desde que las chicas se fueron.

—James... —empieza, más suave—. Sabes que te quiero como a un hermano, pero si esto es solo otro de tus juegos...

—No lo es —lo interrumpo, girándome para mirarlo—. Claire no es un juego. Nunca lo ha sido.

—¿No? —Marcus se sirve su propio whisky—. Entonces explícame qué es. Porque hasta donde yo sé, las relaciones serias no son exactamente tu especialidad.

—Esto es diferente —apoyo el vaso en la mesa, necesitando que entienda—. Claire es diferente.

—¿Diferente cómo? —hay genuina curiosidad en su voz ahora—. Porque si esto es solo porque está embarazada...

—No —lo interrumpo con más fuerza de la necesaria—. El embarazo no tiene nada que ver. O bueno, sí, pero no como piensas.

Me paso una mano por el pelo, frustrado por no encontrar las palabras adecuadas.

—Voy a casarme con ella.

El silencio que sigue a mi declaración es absoluto. Marcus me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Qué has dicho? —Marcus parece haberse atragantado con su whisky.

—Lo que has oído —me sirvo otro trago—. Voy a casarme con Claire Price.

—James —Marcus deja su vaso en la mesa con cuidado, como si estuviera tratando con alguien potencialmente inestable—. ¿Estás diciendo esto por el embarazo? Porque hay otras

formas de...

—¿No me has escuchado? —lo interrumpo—. El embarazo no tiene nada que ver. O bueno, es la mejor noticia de mi vida, pero... —me paso una mano por el pelo, frustrado—. Iba a pedírselo de todos modos más pronto que tarde.

—¿Tú? —Marcus suelta una risa incrédula—. ¿James Richardson iba a proponerle matrimonio a alguien?

—A ella sí —mi voz sale más suave de lo que pretendo—. Solo a ella.

Algo en mi tono debe convencerle, porque su expresión cambia.

—Mierda —murmura—. Vas en serio.

—Completamente —confirmo, y nunca he estado más seguro de nada—. Claire Price va a ser mi esposa. El bebé... el bebé es solo el mejor regalo que podía darme.

—¿Y ella lo sabe? —Marcus pregunta suavemente—. ¿Sabe que sientes esto?

—¿Cómo va a saberlo? —me río sin humor—. Cada vez que intento acercarme, ella levanta más muros. Y ahora con el embarazo...

—La has asustado —Marcus señala—. Con todo ese rollo de mis chicos son campeones.

—Lo sé —admito—. Pero es que... ¿un hijo con Claire Price? Es como si el universo me estuviera diciendo que no la deje escapar.

Marcus me estudia en silencio durante un momento.

—¿Sabes que si la lastimas tendré que matarte, verdad? —su tono es ligero, pero hay una advertencia real en sus ojos—. Es la mejor amiga de Emma.

—Si la lastimo, te ayudaré a esconder mi propio cadáver — prometo—. Pero no va a pasar. Claire... Claire es todo, Marcus. Todo.

El silencio que sigue es diferente. Más suave. Marcus asiente lentamente, como si finalmente entendiera.

—Bueno —dice finalmente, levantando su vaso—. Por Claire Price, la única mujer que ha conseguido que James Richardson quiera sentar la cabeza.

Choco mi vaso con el suyo, pero mi mente está en otro lugar. En una habitación muchos pisos más arriba, donde la mujer que amo probablemente está planeando cómo mantener el control de una situación que se le ha ido completamente de las manos.

Y no puedo evitar sonreír, porque si hay algo que he aprendido es que, con Claire Price, perder el control nunca había sido tan perfecto.

CAPÍTULO 23

CLAIRE

El salón del Four Seasons resplandece bajo la luz de la mañana. Pequeños corazones de cristal cuelgan del techo, lanzando destellos rosados sobre las paredes de mármol. Las rosas rojas, dispuestas estratégicamente en cada rincón, crean una atmósfera romántica que normalmente me llenaría de satisfacción profesional.

Hoy, sin embargo, el ambiente de San Valentín parece burlarse de mí.

Reviso por última vez los detalles: las cintas de seda color borgoña que caen en cascada desde las columnas, los pétalos esparcidos con estudiada casualidad por el pasillo central, las velas colocadas en pequeños recipientes en forma de corazón. Todo perfectamente organizado, como debe ser en una boda de Claire Price.

Una nueva oleada de náusea me golpea mientras ajusto un lazo que no necesita ser ajustado. Respiro hondo, recordándome que hoy no es sobre mí. Es el día de Emma. Su San Valentín perfecto.

—¿Todo bien? —la voz de James me sobresalta.

Me giro para encontrarlo en la entrada del salón, impecable en su traje de padrino. Sophie está en sus brazos, jugando con su corbata mientras él intenta mantenerla alejada de su cestita de pétalos hasta el momento adecuado.

—Perfectamente —miento, aunque mi voz suena más aguda de lo normal—. Solo... ultimando detalles.

Sus ojos recorren el salón, y por un momento veo mi trabajo a través de su mirada: el ambiente romántico, los detalles de San Valentín por todas partes, la atmósfera que grita amor en cada rincón.

—Has hecho un trabajo increíble —dice suavemente, y hay algo en su tono que hace que mi estómago dé un vuelco.

Sophie elige ese momento para intentar alcanzar uno de los corazones de cristal que cuelgan cerca, y James la ajusta en sus brazos con una naturalidad que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—¡Bonito! —exclama la pequeña, señalando las decoraciones.

—Como tú, princesa —James le hace cosquillas en la barriga, arrancándole una carcajada que resuena por el salón.

Los observo interactuar, y por un momento me permito imaginar... No. No voy a ir por ahí. No hoy. No cuando tengo una boda que coordinar y mil detalles que supervisar.

—Debería ir a ver cómo está Emma —murmuro, necesitando escapar de esta imagen que promete demasiado.

—Claire —la voz de James me detiene—. Sobre anoche...

—Ahora no —lo interrumpo, quizás demasiado bruscamente—. Por favor.

Sophie me mira con esos ojos grandes suyos, como si entendiera la tensión entre los adultos.

—¿Tita Claire está triste? —pregunta con esa inocencia que solo los niños poseen.

El nudo en mi garganta se aprieta.

—No, cariño —logro decir—. Tita Claire solo está muy ocupada asegurándose de que todo sea perfecto para tus papás.

James me mira como si quisiera decir algo más, pero el sonido de tacones aproximándose nos interrumpe. Una prima de Marcus aparece en la entrada, toda ella elegancia y determinación.

—¡James, querido! Necesito que vengas un momento. Marcus está teniendo una crisis con el nudo de la corbata y...

—Voy —asiente, pero sus ojos no dejan los míos—. Vamos, pequeña astronauta, hora de ayudar a tu padre.

Mientras los observo alejarse, Sophie saludando por encima del hombro de James, me permito un momento de debilidad. Un momento para admitir que quizás, solo quizás, la decoración de San Valentín no es lo único que está haciendo que mi corazón lata de forma irregular.

La ceremonia está a punto de comenzar. Los invitados ocupan sus asientos, sus murmullos mezclándose con la suave música de violines que he elegido para la ocasión. Las velas parpadean suavemente, creando un ambiente íntimo a pesar del tamaño del salón.

Marcus espera en el altar, sus dedos jugando nerviosamente con el borde de su chaqueta, un gesto que me recuerda tanto a Sophie que casi sonrío. El espacio a su lado, donde James se colocará como padrino, está vacío aún.

Y entonces empieza.

Sophie aparece en la entrada, su manita firmemente agarrada a la de James, su vestidito rosa haciendo juego con los pétalos que lleva en su cestita. Da sus primeros pasos por el pasillo con determinación, pero se detiene a mitad de camino, repentinamente consciente de todas las miradas sobre ella.

James se agacha a su altura, susurrándole algo al oído. Sophie asiente, su pequeño ceño fruncido en concentración, y entonces... entonces empieza a lanzar los pétalos. O más bien, a dejarlos caer en pequeños montoncitos mientras James la guía con infinita paciencia.

Algo se retuerce en mi pecho ante la imagen. La forma en que su gran mano envuelve la

diminuta de Sophie, cómo sonríe cada vez que ella mira hacia arriba buscando su aprobación... Es demasiado. Demasiado íntimo, demasiado perfecto, demasiado parecido a lo que podría ser...

Una patada de Sophie a los pétalos envía una lluvia rosa por el aire, arrancando risas suaves de los invitados. Cuando llegan al altar, James la alza en brazos para sentarla junto a la tía de Marcus en primera fila, antes de tomar su lugar al lado de su mejor amigo. Sus ojos encuentran los míos por un momento, y el mundo parece detenerse.

Hay tanto en esa mirada... tanto que no estoy preparada para descifrar. Tanto que me aterra querer descifrar.

El momento se rompe cuando la marcha nupcial comienza. Emma aparece en la entrada, radiante en su vestido blanco, y me obligo a concentrarme en mi mejor amiga. En su día perfecto. En la boda que he pasado meses planificando.

Los votos son hermosos. Emma habla de segundas oportunidades, de cómo el amor verdadero encuentra su camino incluso cuando parece imposible. Marcus, siempre tan controlado, tiene la voz quebrada cuando promete amarla cada día más, cuando habla de Sophie y de la familia que han construido juntos.

Una nueva oleada de náusea me golpea, y tengo que respirar profundamente. James me mira desde su posición, y hay preocupación en sus ojos. Como si pudiera sentir mi malestar. Como si quisiera atravesar el espacio entre nosotros y...

—Los anillos —anuncia el oficiante, y observo cómo James saca la cajita de terciopelo rojo de su bolsillo.

Sophie aplaude desde su asiento cuando Marcus desliza el anillo en el dedo de Emma, y hay algo tan puro en su alegría que hace que mis ojos se llenen de lágrimas. O quizás son las hormonas. O quizás es la forma en que James mira a la pequeña, con una ternura que nunca le había visto antes.

El «Sí, quiero» de Emma resuena por el salón, seguido inmediatamente por el de Marcus. Los aplausos estallan, las rosas llueven sobre los novios, y por un momento todo es perfecto. Como debe ser en una boda.

Pero mientras los novios se besan, mientras Sophie corre hacia ellos para unirse al abrazo, mientras James sonríe a su mejor amigo... no puedo evitar pensar en cómo la vida tiene una forma peculiar de burlarse de nuestros planes perfectos.

Porque aquí estoy yo, Claire Price, la wedding planner que organiza los finales felices de otros, embarazada del padrino en la boda más romántica de San Valentín que he organizado jamás.

La recepción fluye como la seda, cada detalle ejecutándose con la precisión que caracteriza mis eventos. Las mesas resplandecen bajo la luz de las velas, los centros de rosas rojas creando el ambiente perfecto para una boda de San Valentín.

Observo desde un rincón cómo los novios comparten su primer baile. Emma y Marcus se mueven al ritmo de la música, perdidos en su propio mundo. Sophie está sentada en las rodillas de Martha, sus pequeñas manos aplaudiendo al ritmo mientras observa a sus padres.

Y James... James no deja de mirarme. Lo siento incluso cuando finjo estar absorta en mi tablet, revisando detalles que ya sé que están perfectos. Su presencia es como un campo magnético que me atrae constantemente.

—¿Bailas? —su voz me sobresalta. No lo he oído acercarse.

—Estoy trabajando —respondo automáticamente, aunque mi pulso ya se ha acelerado.

—No —toma suavemente mi tablet, dejándola sobre una mesa cercana—. Estás escondiéndote.

Antes de que pueda protestar, su mano encuentra la mía y me atrae hacia la pista. La música cambia a algo más lento, más íntimo, y por un momento me pregunto si también habrá planeado eso.

—James... —empiezo, pero su mano en mi cintura me silencia.

—Solo un baile —murmura, guiándome con suavidad—. Por las apariencias, si quieres una excusa.

Tiene razón, por supuesto. Se supone que somos pareja, al menos de cara a los invitados. Sería extraño que el padrino y la organizadora no compartieran al menos un baile.

Sus dedos se entrelazan con los míos mientras nos movemos al ritmo de la música. Es diferente a todas las veces que hemos estado cerca. Más suave, más contenido, como si entendiera que estoy a punto de quebrarme.

—Necesitamos hablar —susurra contra mi oído.

—No aquí —logro decir, aunque mi voz tiembla—. No hoy.

—Claire...

—Por favor —cierro los ojos, intentando mantener la compostura —. No puedo... no ahora.

Su agarre en mi cintura se tensa ligeramente, pero asiente. Seguimos bailando en silencio, y me permito, solo por un momento, apoyar mi cabeza en su hombro. Solo un momento de debilidad.

Sophie pasa corriendo junto a nosotros, persiguiendo a otro niño con su cestita de pétalos ahora vacía, y siento cómo James sonríe contra mi pelo.

—Va a ser así, ¿sabes? —murmura, tan bajo que casi no lo oigo—. Nuestro pequeño corriendo por ahí, causando caos en las bodas que organizas.

Mi corazón se detiene por un segundo.

—James... —advierto, pero él ya está girándome suavemente, alejándonos de oídos curiosos.

—Necesito que hablemos —su voz es suave pero firme—. No podemos seguir evitándolo.

—Estamos en medio de una boda —intento protestar débilmente —. Tengo responsabilidades, el pastel...

—El pastel puede esperar diez minutos —sus dedos se tensan ligeramente en mi cintura—. Por favor, Claire.

Es el «por favor» lo que me hace aceptar.

—Cinco minutos —cedo finalmente, odiando lo vulnerable que suena mi voz—. Y tiene que ser ahora, antes de que empiecen los brindis.

Una sonrisa, diferente a todas las que le he visto antes, ilumina su rostro.

—Cinco minutos es todo lo que necesito —murmura, guiándome hacia una de las terrazas privadas.

Mientras lo sigo, siento que mi corazón late tan fuerte que temo que todo el salón pueda oírlo. Pero ya no puedo seguir huyendo. De él. De esto. De nosotros.

De la conversación que podría cambiarlo todo.

CAPÍTULO 24

CLAIRE

La terraza hasta la que James me guía es un remanso de paz comparada con el bullicio de la recepción. El aire fresco de febrero me golpea el rostro, ayudando a calmar las náuseas que me han estado persiguiendo todo el día. Desde aquí, la ciudad parece un telón de fondo perfecto para una escena romántica: las luces de Manhattan empezando a encenderse contra el cielo del atardecer, el sol poniente tiñendo todo de dorado.

Incluso aquí, los detalles de San Valentín que he planificado tan meticulosamente me persiguen: guirnaldas de pequeños corazones brillantes adornan la barandilla de hierro forjado, y las rosas rojas trepan por las columnas como si quisieran recordarme que hoy es el día del amor.

James cierra la puerta de cristal tras nosotros, y el sonido de la música se amortigua hasta convertirse en un murmullo lejano. Mis dedos se crispan contra la falda de mi vestido mientras lo observo acercarse. Hay algo diferente en él, una intensidad en su mirada que hace que mi pulso se acelere.

—Claire... —su voz es suave, casi tentativa.

—Los cinco minutos están corriendo —intento que mi tono suene profesional, pero fallo miserablemente—. Si tienes algo que decir...

Se detiene frente a mí, lo suficientemente cerca para que pueda oler su colonia, pero manteniendo una distancia respetuosa. Como si entendiera que estoy a punto de salir corriendo.

—¿Sabes? —empieza, y hay una suavidad en su voz que nunca le había escuchado antes—. Llevo un tiempo intentando encontrar el momento perfecto.

—¿El momento perfecto para qué? —pregunto, aunque una parte de mí ya lo sabe. Ya lo teme.

—Para decirte que esto no es un juego para mí —sus ojos no dejan los míos—. Que nunca lo ha sido.

El aire parece espesarse entre nosotros. Las luces de Manhattan parpadean a nuestras espaldas, y el murmullo lejano de la recepción nos recuerda que hay un mundo más allá de esta terraza. Un mundo donde tengo que mantener el control, ser profesional, fingir que todo está bien.

—James... —empiezo, pero él da un paso más cerca.

—Déjame terminar —hay una urgencia en su voz que me hace callar—. Sé que piensas que soy como tu padre, o como el mío. Que voy a huir a la primera oportunidad. Yo también lo pensaba.

—No es eso —miento, aunque ambos sabemos que es exactamente eso.

—Claire —mi nombre en sus labios suena como una caricia—. Lo que pasó en la cabaña... lo que ha estado pasando entre nosotros... no es casualidad.

Y entonces hace lo impensable: se arrodilla.

Mi corazón se detiene. El mundo entero parece detenerse.

—No —la palabra escapa de mis labios como una súplica—. No hagas esto.

—Claire Price...

—Por favor —mi voz tiembla—. No por el bebé. No puedo... no voy a dejar que te cases conmigo por obligación.

Algo cambia en su expresión. La suavidad se transforma en determinación, y hay un brillo en sus ojos que nunca le había visto antes.

—¿Crees que es por obligación? —se levanta lentamente, y hay una intensidad en su voz que me hace estremecer—. ¿De verdad crees que me arrodillaría ante alguien por obligación?

—James...

—No —da un paso hacia mí, y yo retrocedo hasta que mi espalda toca la barandilla—. Escúchame bien, porque solo voy a decir esto una vez. Este bebé... —su mano se mueve como si quisiera tocar mi vientre, pero se detiene a medio camino—. Este bebé es lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero no es la razón por la que estoy aquí.

El aire de febrero se siente cada vez más frío contra mi piel, o quizás son los nervios que me recorren la espalda.

—No te creo —susurro, aunque una parte de mí desea desesperadamente hacerlo.

Una sonrisa, diferente a todas las que le he visto antes, se dibuja en sus labios.

—Lo sé —da otro paso hacia mí—. Por eso voy a demostrártelo. Cada día. Hasta que no te quede más remedio que creerme.

—James, no...

—Te quiero —las palabras salen con una intensidad que me deja sin aliento—. Y sé que piensas que es por el bebé, o que es otro de mis juegos, pero te juro que nunca he hablado más en serio.

—No puedes estar hablando en serio —mi voz suena extraña incluso para mí—. Tú no... tú no eres así. No eres el tipo de hombre que...

—¿Que se enamora? —completa, y la palabra hace que mi estómago dé un vuelco—. Tienes razón. No lo era. Hasta que llegaste tú.

—No —sacudo la cabeza, necesitando poner distancia entre nosotros—. No puedo... no puedo permitir que arruines tu vida por un sentido del deber. No voy a ser como mi madre, esperando que un hombre que se casó por obligación decida quedarse.

—Claire...

—El bebé es mío —mi voz tiembla, pero intento mantenerme firme—. No necesito que te sacrifiques por nosotros.

Me giro hacia la puerta, necesitando escapar antes de que las lágrimas que amenazan con caer me traicionen. Pero sus siguientes palabras me detienen en seco.

—Si crees que voy a dejarte ir tan fácilmente, es que no me conoces en absoluto.

JAMES

La observo mientras intenta huir, y algo dentro de mí se rompe y se fortalece al mismo tiempo. Claire Price, la mujer que lo controla todo, que tiene cada minuto de su vida perfectamente planificado, está temblando. Por mí. Por nosotros.

Y está completamente equivocada si cree que voy a dejar que su miedo nos separe.

—Si crees que voy a dejarte ir tan fácilmente, es que no me conoces en absoluto —las palabras salen con más intensidad de la que pretendo.

Se detiene, su mano en el pomo de la puerta, pero no se gira. La luz del atardecer juega con su pelo, creando un halo dorado que me recuerda por qué me enamoré de ella en primer lugar: incluso cuando huye, lo hace con una elegancia que me vuelve loco.

—¿Sabes cuál es tu problema, Price? —avanzo hacia ella, manteniendo mi voz controlada a pesar de que todo mi cuerpo grita por alcanzarla—. Crees que puedes planificarlo todo. Controlarlo todo. Incluso esto.

—No estoy intentando controlar nada —murmura, pero su mano tiembla sobre el pomo—. Solo estoy siendo realista.

—¿Realista? —una risa amarga escapa de mi garganta—. ¿Crees que es realista pensar que voy a alejarme de ti? ¿De nuestro hijo?

Finalmente se gira, y la vulnerabilidad en sus ojos casi me hace caer de rodillas otra vez.

—James —hay un temblor en su voz que me rompe el corazón—. No tienes que hacer esto. No tienes que convertirte en alguien que no eres solo porque...

—¿Y quién crees que soy? —la interrumpo, acortando la distancia entre nosotros—. ¿El playboy de Manhattan? ¿El eterno soltero? ¿El hombre que nunca se compromete?

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas, y tengo que contener el impulso de secarlas con mis pulgares.

—Eras feliz siendo ese hombre —susurra—. No voy a ser la razón por la que cambies.

—Te equivocas —mi voz sale más suave de lo que pretendo—. No era feliz. Era... conveniente. Era fácil. Era seguro.

Doy otro paso hacia ella, y esta vez no retrocede.

—Pero entonces llegaste tú, con tu maldita necesidad de control y tus planes perfectos, y pusiste mi mundo del revés —continúo, dejando que vea la verdad en mis ojos—. Y por primera vez en mi vida, no quiero lo fácil. No quiero lo seguro.

—James...

—Te quiero a ti —las palabras salen con una intensidad que me sorprende incluso a mí—. Con tus listas interminables y tus horarios imposibles. Con tu forma de fruncir el ceño cuando algo no está perfectamente alineado. Con tu manera de morderte el labio cuando estás nerviosa, como lo estás haciendo ahora mismo.

—No me conoces —susurra, pero hay un temblor en su voz que me dice que está luchando consigo misma—. No sabes lo que significa estar realmente conmigo.

—Sé lo suficiente —avanzo un paso más—. Sé que eres la única mujer que ha conseguido que quiera más. Más que una noche. Más que un juego.

—Para —sus manos se alzan entre nosotros como una barrera—. No puedo dejar que hagas esto. No voy a ser la razón por la que renuncies a tu vida.

—¿Mi vida? —suelto una risa sin humor—. Mi vida era un desfile interminable de fiestas vacías y relaciones superficiales. Hasta que llegaste tú.

—James, por favor —hay determinación en su voz ahora, mezclada con algo que suena peligrosamente a dolor—. Vete. Déjame manejar esto sola.

—No.

—No te estoy dando opción —se endereza, y puedo ver cómo sus muros vuelven a alzarse—. No voy a dejar que te sacrifiques por este bebé. No voy a ser la razón por la que te conviertas en alguien que no eres.

La observo mientras se aleja, su espalda recta, sus tacones marcando un ritmo preciso contra el suelo. La perfecta Claire Price, reconstruyendo sus defensas ladrillo a ladrillo.

Pero esta vez es diferente.

Esta vez sé exactamente lo que quiero. Y lo que quiero es a ella.

—Esto no ha terminado, Price —murmuro mientras la puerta se cierra tras ella—. No tienes ni idea de lo persistente que puedo ser cuando algo me importa realmente.

Y ella me importa. Más que nada en el mundo.

Mientras observo las luces de Manhattan, una sonrisa se forma en mis labios. Claire Price puede pensar que tiene todo bajo control, que puede mantenerme alejado con sus muros y sus reglas.

Pero no tiene ni idea.

No voy a parar hasta que entienda que esto es real. Que la amo. Que me voy a quedar.

Para siempre.

CAPÍTULO 25

CLAIRE

Hay días que empiezan mal, y luego está hoy.

La tercera arcada de la mañana me dobla sobre el elegante lavabo de mi despacho en Price Perfect Weddings. El café que tanto necesito para enfrentar otro día de trabajo yace intacto sobre mi escritorio, burlándose de mí con su aroma.

Respiro hondo, alisándome el vestido y comprobando que mi moño sigue perfecto. Control. Necesito mantener el control. Tengo tres reuniones con novias esta mañana, dos pruebas de catering por la tarde y una montaña de contratos que revisar.

Mi tablet parpadea con el recordatorio de la primera cita: los Henderson. Boda en primavera, doscientos invitados, presupuesto ilimitado. El tipo de evento que normalmente me entusiasmaría.

Mi móvil vibra justo cuando estoy repasando los detalles de las flores.

«Buenos días, Price. ¿Has dormido bien? Yo no... demasiado ocupado pensando en cierta wedding planner.»

James Richardson. Como si no tuviera suficiente con las náuseas matutinas.

Ignoro el mensaje y me concentro en mi agenda. Los Henderson llegarán en veinte minutos y necesito repasar sus preferencias: rosas blancas, orquídeas, tal vez algunas peonías...

El móvil vuelve a vibrar.

«¿Sabes? Mi apartamento tiene una vista perfecta del amanecer. Podrías comprobarlo tú misma si...»

Pongo el móvil boca abajo. No voy a caer en su juego. No después de la escena en la terraza durante la boda. No después de...

—¿Señorita Price? —mi asistente asoma la cabeza por la puerta—. Los Henderson están aquí. Diez minutos antes.

Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Hazlos pasar en cinco minutos —respondo, adoptando mi tono profesional—. Y Sarah... ¿podrías traerme un té de jengibre?

Mi estómago se revuelve ante el simple pensamiento de más náuseas. La señora Henderson es del tipo que nota cada detalle, cada gesto. No puedo permitirme mostrar debilidad.

El móvil vibra de nuevo. Esta vez es una foto: un desayuno perfectamente presentado en una bandeja de plata.

Una sonrisa traicionera tira de mis labios antes de poder contenerla. Maldito James Richardson y su...

—¿Señorita Price? —la voz de la señora Henderson me sobresalta —. ¿Es mal momento?

—En absoluto —sonrío profesionalmente mientras guardo el móvil en un cajón—. Por favor, tomen asiento.

La siguiente hora transcurre en un torbellino de muestras de telas y discusiones sobre centros de mesa. La señora Henderson tiene opiniones muy específicas sobre los tonos de blanco, y su futuro yerno parece más interesado en su móvil que en la boda.

Como el mío, que no deja de vibrar en el cajón.

—Sobre las flores... —empiezo, pero otra oleada de náuseas me interrumpe.

—¿Se encuentra bien? —la señora Henderson me mira con preocupación—. Está un poco pálida.

—Perfectamente —miento, tomando un sorbo del té que Sarah me trajo—. Como les decía, para la ceremonia sugiero una combinación de...

Mi móvil vibra de nuevo, tan fuerte que hace temblar el contenido del cajón. La señora Henderson arquea una ceja perfectamente depilada.

—Discúlpenme un momento —murmuro, sacando el móvil.

Cinco mensajes nuevos.

«¿Ya has vomitado el té?»

«Tengo una reunión aburridísima. ¿Qué llevas puesto?»

«Apuesto a que el vestido que llevas hoy te hace parecer una directora sexy de colegio privado.»

«Price, no me dejes en visto. Sé que estás leyendo esto.»

«¿Almorzamos? Prometo comportarme. Más o menos.»

—¿Todo bien? —pregunta el señor Henderson, claramente agradecido por la interrupción.

—Sí, solo... —apago el móvil completamente—. ¿Dónde estábamos?

Después de que los Henderson se marchen, me permito un momento de respiro. El té de jengibre ha ayudado con las náuseas, pero el silencio de mi móvil empieza a ser... inquietante.

—Sarah —reviso mi agenda por tercera vez—. ¿Confirmaste la prueba de catering de las tres?

—Todo confirmado —asiente, y noto cómo sus ojos se desvían hacia mi móvil apagado—. También llegó el contrato de los Miller.

A la hora del almuerzo, mi curiosidad puede más que mi orgullo. Enciendo el móvil, preparándome para una avalancha de mensajes.

Nada.

Ni un mensaje. Ni una llamada perdida. Ni siquiera uno de sus irritantes emojis.

Mi móvil tiene que estar mal.

—¿Todo bien, señorita Price? —Sarah me observa con preocupación—. Está mirando su móvil como si fuera a morderla.

—Perfectamente —vuelvo a mis documentos, ignorando el nudo en mi estómago que no tiene nada que ver con las náuseas matutinas—. Solo estaba comprobando la hora.

Pero al cabo de un rato no puede soportarlo más.

—Sarah —la llamo de nuevo, e intento sonar casual—. ¿La conexión del móvil funciona bien? Me parece que hay algo raro.

—Sin problemas, señorita Price —mi asistente teclea algo en su ordenador—. La red está perfectamente. De hecho, acabo de recibir tres correos y una notificación de Instagram.

Maravilloso. Así que James está ignorándome deliberadamente.

El resto del día transcurre con una lentitud exasperante. La prueba de catering resulta ser una tortura: los olores intensos despiertan mis náuseas, y el silencio de mi móvil me distrae más que todos los mensajes de esta mañana juntos.

Para cuando llego a casa, estoy agotada. Física y emocionalmente. Me quito los tacones nada más entrar, dejando que mis pies se hundan en la alfombra del salón. El silencio del apartamento es un alivio después de un día tan intenso.

Me dirijo directamente al baño, necesitando una ducha caliente que me ayude a relajarme. El agua caliente ayuda a desentumecer mis músculos tensos, y por primera vez en todo el día, me permito bajar la guardia.

Envuelta en mi albornoz más suave, con el pelo húmedo cayendo sobre mis hombros, me preparo una infusión de manzanilla. El ritual es reconfortante: el sonido del agua hirviendo, el aroma suave de la manzanilla, la sensación de la taza caliente entre mis manos.

El timbre suena justo cuando estoy a punto de dar el primer sorbo.

Miro el reloj: las nueve y media.

¿Quién puede ser a esta hora?

El timbre vuelve a sonar.

—Buenas noches, Price —su voz atraviesa la puerta con ese tono entre divertido y seductor que tanto me irrita. Y me fascina—. ¿No vas a invitarme a pasar? Tengo una maleta Louis Vuitton que está deseando conocer tu armario.

Mi corazón se detiene. Me acerco a la puerta, consciente de que solo llevo el albornoz y el pelo húmedo.

Abro antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

—¿Qué haces aquí, James?

—Mudarme —responde con esa naturalidad insufrible suya—. Y me estoy congelando en este pasillo. ¿Vas a dejarme entrar o prefieres que monte campamento aquí fuera?

—¿Mudarte? —abro la puerta del todo, olvidando momentáneamente mi estado de semidesnudez—. ¿Te has vuelto loco?

Su sonrisa se ensancha al verme, sus ojos recorriendo mi figura de una manera que hace que el calor suba por mi cuello.

—Bonito albornoz, Price —deja caer su maleta dentro del apartamento antes de que pueda impedirlo—. ¿Es seda? Te sienta bien.

—James... —intento sonar severa, pero mi voz tiembla ligeramente—. No puedes simplemente...

—¿Mudarme con la madre de mi hijo? —se quita el abrigo con elegancia estudiada—. Claro que puedo. De hecho, debería haberlo hecho hace días. Por cierto, ¿has cenado? Porque tengo reserva en...

—Para —cruzo los brazos sobre mi pecho—. No vas a quedarte aquí.

—Claro que sí, seguro que tienes un cuarto de invitados —mira alrededor con interés—. Todo apartamento decente en Manhattan tiene uno. ¿Por dónde...?

—Está lleno de muestras de tela —respondo automáticamente, y me maldigo por seguirle el juego.

—Perfecto —su sonrisa se ensancha mientras explora el pasillo—. Las moveremos. A menos, claro, que prefieras que compartamos tu habitación.

—¡James! Ni lo sueñes. No te vas a quedar aquí. Ni hablar.

Pero James no me hace ni caso.

—¡Ah, aquí está! —abre una puerta, revelando mi santuario de muestras y catálogos—. Vaya, Price, tu obsesión por el orden es adorable. ¿Tienes estas telas clasificadas por temporada?

Me quedo en el pasillo, observando cómo estudia mi santuario de muestras con una curiosidad que me desconcierta. Sus dedos rozan las telas con una delicadeza que no esperaba de él.

—Este tono de azul es precioso —comenta, levantando una muestra de seda—. Aunque imagino que es para primavera, ¿no? Demasiado fresco para una boda de invierno.

—¿Desde cuándo sabes tanto de bodas? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta.

Su sonrisa es diferente ahora, casi tímida.

—He estado leyendo revistas sobre bodas —admite, y algo se retuerce en mi pecho—. Quería... entender tu mundo.

El silencio que sigue es denso, cargado de algo que no me atrevo a nombrar. James vuelve a concentrarse en las telas, pero puedo ver la tensión en sus hombros.

—Podemos mover todo esto a mi despacho —me escucho decir, y su cabeza se gira tan rápido que casi me hace sonreír—. Temporalmente.

—¿Eso es un sí? —su sonrisa vuelve a ser la de siempre, pero hay algo más en sus ojos—. ¿Me dejas quedarme?

—Temporalmente —repito, aunque ni yo misma me creo—. Y hay reglas.

—Por supuesto —asiente con fingida seriedad—. Primera regla: no tocar tu colección de zapatos Louboutin. Segunda: mantener mis productos capilares en mi lado del baño. Tercera...

—James —lo interrumpo, intentando no sonreír—. Hablo en serio.

Se endereza, dejando la muestra de seda en su lugar exacto. Por un momento, veo al James que el resto del mundo no conoce: el que presta atención a los detalles, el que respeta el orden ajeno.

—De acuerdo —su voz es más suave—. Tus reglas, Price. Soy todo oídos.

—Primero: esto es temporal —levanto un dedo—. Hasta que... hasta que encontremos una mejor solución.

—Define «mejor solución» —da un paso hacia mí.

—Segundo —continúo, ignorando su interrupción—: mantendremos las distancias. Nada de... complicar las cosas.

—¿Te refieres a nada de esto? —su mano roza mi mejilla, y odio cómo mi cuerpo se inclina instintivamente hacia su toque.

—Exacto —me aparto, necesitando distancia para pensar con claridad—. Y tercero: necesito mi espacio. Mi rutina.

—Tu control —completa, y hay un brillo de entendimiento en sus ojos—. Lo sé, Price. No estoy aquí para desestabilizarte. Solo quiero que me permitas cuidarte.

La ironía de su afirmación casi me hace reír. James Richardson es la definición misma de desestabilización en mi vida.

La siguiente hora es un caos ordenado. James insiste en mover él mismo las cajas de telas, colocándolas con una precisión que me sorprende en mi despacho. Sus movimientos son deliberados, cuidadosos, como si entendiera cuánto valoro cada muestra.

—Necesito una ducha —anuncia finalmente, pasándose una mano por el pelo—. ¿Las toallas?

—Armario del pasillo —señalo, intentando ignorar cómo su camisa se adhiere a su espalda por el esfuerzo—. Yo me voy a la cama.

Mañana podemos terminar de... establecer las normas de convivencia.

—¿Normas de convivencia? —su sonrisa se vuelve predatoria—. ¿Es así como vas a llamarlo? ¿Compañeros de piso?

—Exactamente —alzo la barbilla, intentando mantener mi tono profesional—. Esto es un arreglo temporal entre dos adultos que...

—En menos de un mes me estarás suplicando que sea tu marido, Price —me interrumpe, y hay algo en su voz, una seguridad que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Eres incorregible —me giro hacia mi habitación, necesitando escapar de su mirada—. Y deberías ducharte. Hueles a...

—¿A qué? —se acerca peligrosamente—. ¿A tentación?

—A mudanza —replico, cerrando la puerta de mi habitación tal vez con demasiada fuerza.

Su risa atraviesa la madera, y me odio por lo mucho que me gusta ese sonido.

Me meto en la cama intentando ignorar el sonido del agua corriendo. El aroma de su gel de ducha se cuela por debajo de la puerta, mezclándose con la calefacción. Cierro los ojos, determinada a dormir. Mañana será un día largo, con reuniones importantes y...

El agua se detiene.

Me giro hacia la ventana, dándole la espalda a la puerta. No voy a pensar en James, recién duchado, con una toalla... No. Definitivamente no voy a pensar en eso.

Escucho sus pasos por el pasillo, el sonido de una puerta cerrándose (su habitación, me digo, ignorando la punzada de... ¿decepción?). Silencio.

Empiezo a relajarme. Esto puede funcionar. Somos dos adultos maduros compartiendo un espacio. Todo esto es por nuestro hijo. Nada más. Nada...

Se escucha la puerta de mi habitación y luego el colchón se hunde detrás de mí.

—Tu cama es más cómoda que la de invitados —murmura contra mi pelo, y el aroma de su gel de ducha me envuelve por completo.

Debería protestar. Debería recordarle las reglas que acabamos de establecer. Debería...

Su brazo rodea mi cintura, atrayéndome hacia su pecho con una familiaridad que debería irritarme. El calor de su cuerpo atraviesa mi pijama de seda como si no existiera barrera entre nosotros.

—James... —intento que mi voz suene firme, pero sale más como un suspiro.

—Shh —sus dedos trazan círculos suaves sobre mi vientre—. Solo dormir, Price. Prometo comportarme.

Debería echarlo. Es lo que haría la Claire Price perfecta y profesional. Pero hay algo en la forma en que me sostiene, algo en cómo su respiración se acompasa con la mía...

Así que cierro los ojos y finjo dormir, permitiéndome, solo por esta noche, disfrutar de esto. De él. De nosotros.

Mañana volveré a ser la Claire Price que todo lo controla.

Mañana pondré límites.

Mañana...

Su nariz roza mi cuello y tengo que contener un escalofrío.

Mañana.

CAPÍTULO 26

CLAIRE

Definitivamente vivir con James no es como nada que hubiera imaginado.

El aroma a café me despierta, aunque la simple idea hace que mi estómago se revuelva. La cama está vacía, las sábanas frías donde el cuerpo de James debería estar. No es que me importe. No es que me haya acostumbrado a despertar envuelta en su calor estas últimas semanas.

Me incorporo lentamente, preparándome para la habitual náusea matutina, pero en su lugar, un aroma diferente llama mi atención. ¿Tostadas francesas?

Me levanto de la cama y sigo el olor.

En la cocina, sobre la isla de mármol, encuentro un desayuno digno de Instagram: tostadas francesas con frutos rojos, un té de jengibre con miel, y... ¿eso es helado de vainilla? A las ocho de la mañana.

Una nota reposa junto a la taza:

«Los antojos matutinos son importantes, Price. Come bien. PD: El helado es para cuando las náuseas pasen. Confía en mí, funcionará. PD2: Te veías adorable babeando sobre mi hombro esta mañana.»

—Idiota —murmuro, pero no puedo evitar sonreír mientras tomo un bocado de tostada.

El sabor explota en mi boca y... oh. OH. Esto es exactamente lo que necesitaba. ¿Cómo sabía que tendría antojo de tostadas francesas cuando ni yo misma lo sabía?

Mi móvil vibra:

«¿Ya has probado el desayuno? El helado es de esa heladería artesanal que tanto te gusta. La que está a cuarenta minutos de casa.»

Miro la hora en el mensaje. Las 8:15.

«¿A qué hora has salido para conseguir el helado?» escribo antes de poder detenerme.

«¿Me estás preguntando por mi rutina, Price? Cuidado, empezaré a pensar que te importo.»

No me molesto en responder a su mensaje. En su lugar, me concentro en prepararme para el día. Tengo tres reuniones esta mañana y necesito estar perfecta, profesional, centrada... definitivamente no pensando en James.

Tres días después

Me miro en el espejo del baño mientras me cepillo los dientes. Siete y media de la mañana,

como cada día. La rutina es lo único que me mantiene cuerda últimamente, especialmente desde que James vino a vivir conmigo.

La puerta se abre de golpe.

—¡Lo siento! —James aparece en el umbral, con solo una toalla en la cintura y sudor por el cuerpo—. Creí que ya estarías en tu despacho.

Intento no mirar. De verdad que lo intento. Pero el sudor resbalando por su torso no ayudan a mi concentración.

—Son las siete y media —logro decir después de enjuagarme la boca—. Siempre estoy en el baño a las siete y media.

—Ah, cierto —sonríe, y hay algo deliberado en cómo se apoya en el marco de la puerta—. Tu sagrada rutina.

—Que conoces perfectamente —entrecierro los ojos—. Como también sabes que el baño es mío a esta hora.

—La ducha del gimnasio estaba cerrada —se encoge de hombros, y el movimiento hace que más gotas resbalen por su pecho—. Tuve que volver antes. ¿Te importa si...?

Señala la ducha detrás de mí. El espacio de repente parece demasiado pequeño.

—Adelante —me aparto, intentando mantener una distancia segura—. Yo ya estaba terminando.

—No tienes que irte por mí —su sonrisa debería ser ilegal a estas horas. O siempre—. El baño es suficientemente grande para dos.

Las hormonas del embarazo deben estar jugándome una mala pasada, porque por un segundo, solo un segundo, considero meterme con él.

—Reunión a las nueve —murmuro, escapando hacia la puerta—. Y por favor, la próxima vez avisa antes de entrar.

—Como desees, Price —su voz me sigue por el pasillo—. Aunque ambos sabemos que te ha gustado la vista.

Idiota.

Dos días después

Mis pies me están matando. Doce horas en tacones organizando la boda de los Morrison han sido una tortura. Me dejo caer en el sofá, sin molestarme siquiera en quitarme los zapatos.

—¿Día duro? —la voz de James llega desde la cocina.

—Mmm —es todo lo que logro articular.

Lo escucho moverse, pero no abro los ojos. El sonido de platos, el microondas, el tintineo de cubiertos... es extrañamente reconfortante.

—Sube los pies —su voz está más cerca ahora.

—¿Qué?

—Al sofá —se sienta en el otro extremo—. Vamos, Price. No me hagas rogarte.

Antes de poder protestar, sus manos están en mis tobillos, guiándolos hacia su regazo. Sus dedos encuentran los broches de mis Louboutin y los desatan con una delicadeza sorprendente.

—No tienes que... —empiezo, pero entonces sus pulgares presionan un punto en el arco de mi pie y... oh.

—¿Decías? —puedo escuchar la sonrisa en su voz.

—Nada —suspiro, rindiéndome a la sensación—. Solo... no te acostumbres.

Sus dedos trabajan en silencio, encontrando cada punto de tensión. Es... perfecto. Demasiado perfecto.

—¿Dónde aprendiste a...? —me interrumpo, no estoy segura de querer saber la respuesta.

—He hecho un curso de masajes —responde, y hay algo en su tono que me hace abrir los ojos —. Quería... estar preparado.

—¿Preparado?

Sus manos se detienen un momento.

—Para esto —admite suavemente—. Para cuidar de ti.

Algo se retuerce en mi pecho ante sus palabras. Antes de poder responder, sus pulgares encuentran otro punto sensible y no puedo contener el gemido que escapa de mis labios.

—Cuidado, Price —su voz ha bajado una octava—. Esos sonidos podrían darme ideas.

—James... —advierto, aunque suena más como una súplica.

—Lo sé, lo sé —sus manos se mueven hacia mi otro pie—. Solo un masaje. Nada más.

Pero hay algo en la forma en que sus dedos se mueven, en cómo su pulgar traza círculos en mi tobillo, que me dice que «nada más» es exactamente lo que no tiene en mente.

Una semana después

Las tres de la madrugada. No debería estar despierta, pero el antojo es insoportable. Helado de chocolate con sirope de fresa. Y tiene que ser de esa heladería italiana que está al otro lado de la ciudad.

Me revuelvo en la cama, intentando ignorarlo. Es ridículo despertar a James por...

—¿No puedes dormir? —su voz somnolienta me sobresalta. Últimamente siempre termina en mi cama, sin importar cuántas veces le diga que duerma en la suya.

—No es nada —miento—. Vuelve a dormir.

Se incorpora sobre un codo, estudiándome en la penumbra.

—¿Qué es esta vez? —hay diversión en su voz—. ¿Pepinillos? ¿Esa tarta de queso que tanto te gustó ayer?

—Helado —admito, odiando lo vulnerable que suena mi voz—. Pero la heladería está cerrada a estas horas, así que...

—¿Cuál? —ya está levantándose, buscando sus pantalones.

—James, no...

—¿Cuál, Price?

—La italiana —suspiro—. La de Little Italy. Pero es una locura, está lloviendo y...

—¿Chocolate con sirope de fresa? —sonríe, y hay algo tan tierno en su expresión que hace que mi corazón se salte un latido.

—¿Cómo lo...?

—Es lo que pediste la última vez —se pone una camiseta—. Conozco al dueño. Me debe un favor.

—Son las tres de la mañana —protesto débilmente.

—Y tú tienes un antojo —se inclina sobre la cama, y por un momento creo que va a besarme —. Vuelvo en media hora.

Cuarenta minutos después, escucho la puerta del apartamento. Me he quedado despierta, preocupada por la tormenta que azota la ciudad.

James aparece en el umbral de mi habitación, empapado hasta los huesos, pero sonriendo triunfalmente. La camiseta blanca se le pega al cuerpo como una segunda piel, y gotas de agua resbalan por su pelo hacia su cuello.

—Misión cumplida —levanta una bolsa—. Aunque Giovanni me ha hecho prometer que le pondremos su nombre al bebé si es niño.

—Estás empapado —me levanto, acercándome a él—. No deberías...

—¿Te preocupas por mí, Price? —su sonrisa se vuelve predatoria —. Cuidado, o empezaré a pensar que te importo.

Está tan cerca que puedo sentir el frío que emana de su ropa mojada. Sus ojos tienen ese brillo peligroso que hace que mi pulso se acelere.

—Deberías cambiarte —susurro, aunque no me muevo.

—¿Me ayudas? —su voz es puro pecado.

—James...

—Lo sé, lo sé —retrocede, pero hay promesa en su sonrisa—. Come tu helado antes de que se derrita. Aunque... —sus ojos recorren mi cuerpo de una forma que hace que el calor suba por mi cuello— hay otras cosas que preferiría ver derretirse.

Se va antes de que pueda responder, dejándome con el corazón acelerado y una tarrina de helado que, de repente, no es lo único que me provoca antojo.

Dos semanas después

El taxi me deja frente al edificio pasadas las diez de la noche. La reunión con los Wallace ha sido una pesadilla: la novia ha cambiado de opinión sobre todo el concepto de la boda, otra vez. Mi cabeza palpita, mis pies gritan en protesta dentro de los Louboutin, y las náuseas...

—¿Price? —James me espera en el vestíbulo, y hay genuina preocupación en su voz—. Estás pálida.

—Estoy bien —miento, pero mis piernas tiemblan cuando doy un paso.

Sus brazos me rodean antes de que pueda protestar, estabilizándome.

—Claro que sí —murmura contra mi pelo—. Y yo soy virgen y casto.

—James...

—Shh —me guía hacia el ascensor—. Por una vez en tu vida, Price, deja que alguien cuide de ti.

El trayecto hasta el apartamento es silencioso. Su mano no abandona mi cintura, y me encuentro apoyándome en él más de lo que debería. Huele a su gel de ducha carísimo y a algo puramente James que hace que mi cabeza dé vueltas.

O quizás son las náuseas.

En el apartamento, me ayuda a sentarme en el sofá y desaparece un momento en la cocina. El té de jengibre ayuda con las náuseas, pero no con el agotamiento que siento hasta en los huesos.

—Ven aquí —James se sienta detrás de mí en el sofá, sus piernas a cada lado de mi cuerpo—. Estás tan tensa que puedo ver los nudos desde aquí.

Sus manos encuentran mis hombros y... dios mío.

—No deberías... —empiezo, pero sus pulgares presionan justo en el punto correcto y las palabras mueren en mi garganta.

—¿No debería qué, Price? —su aliento cálido contra mi oído me hace estremecer—. ¿Cuidarte? ¿Tocarte?

Sus dedos trabajan la tensión de mi cuello, y cada toque envía ondas de calor por mi cuerpo. Las hormonas del embarazo están jugando conmigo, porque incluso el roce de su camisa contra mi espalda se siente eléctrico.

—James... —mi voz suena más como un gemido que como una advertencia.

—Dime que no siga —murmura, sus labios rozando el punto sensible bajo mi oreja—. Dime que no quieres esto tanto como yo.

Me arqueo involuntariamente contra él cuando sus dientes rozan mi cuello. Sus manos bajan por mis brazos, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Esto es... —intento mantener algo de cordura, pero sus dedos ya están trazando patrones en mi cintura—. Solo atracción física.

Su risa vibra contra mi piel mientras me gira en sus brazos, y de repente estoy a horcajadas sobre él, sus manos firmes en mis caderas.

—Solo atracción —repite, sus ojos oscuros de deseo—. No significa que vayas a ser mi mujer, Price. No significa que hayas cedido.

Sus pulgares trazan círculos en mis muslos, subiendo el borde de mi vestido con cada movimiento. El aire entre nosotros es denso, cargado de promesas.

—Exacto —logro decir, aunque mis manos ya están desabrochando su camisa—. Solo... tensión física.

Su sonrisa es puro pecado cuando sus labios rozan los míos.

—Entonces déjame llevarte al cielo, Price —murmura contra mi boca—. Una vez más.

Y cuando sus labios finalmente capturan los míos, mis últimas defensas se derrumban.

CAPÍTULO 27

JAMES

No soy de los que husmean. Bueno, al menos no en bolsos ajenos. Pero cuando el pequeño folleto rosa se cae del bolso de Claire mientras busco las llaves que me pidió que le llevara a su secretaria, porque ella está ocupada, mi curiosidad puede más que mi sentido de la privacidad.

«Centro de Maternidad St. Anne's - Clases de Preparación al Parto»

Hay una fecha y hora marcadas con ese resaltador amarillo que Claire usa para todo. Los martes a las once. Hoy es martes.

Mi móvil suena: Marcus, probablemente preguntándose por qué no he llegado a la reunión del consejo.

—¿Qué? —respondo, sin apartar los ojos del folleto.

—¿Dónde demonios estás? La junta empezó hace diez minutos.

—Surgió algo —doblo cuidadosamente el papel y lo guardo en mi bolsillo—. Un asunto... paternal.

El silencio al otro lado de la línea es elocuente.

—James... —hay una advertencia en su voz—. No hagas nada que...

—Tarde —sonrío, ya dirigiéndome al ascensor—. Diles que tuve una emergencia familiar. Es algo sobre Claire y el bebé.

—Técnicamente aún no es tu familia —pero puedo oír la diversión en su voz—. Al menos no hasta que convenzas a Claire de que...

—Detalles —lo interrumpo mientras marco el número de mi chofer —. Por cierto, ¿sabes dónde puedo conseguir un cojín de meditación a estas horas? Algo elegante, nada de esas cosas hippies que...

—¿Un qué?

—No importa —el ascensor se abre en la planta baja—. Ya lo resolveré.

Media hora y tres tiendas después, entro en el Centro St. Anne's con un cojín de meditación de seda italiana bajo el brazo. Si voy a sentarme en el suelo, al menos lo haré con estilo.

El sonido de voces suaves y música relajante me guía hasta una sala al final del pasillo. A través del cristal de la puerta, puedo ver a varias parejas sentadas en círculo. Y allí, sola en un rincón, está Claire.

Mi respiración se corta. Lleva ropa de yoga, y el tejido se ajusta a sus nuevas curvas de una manera que hace que mi sangre hierva. Su vientre, apenas visible bajo la camiseta, despierta algo primitivo en mí. Yo hice eso. Mi hijo. Nuestro hijo.

Tengo que contener el impulso ridículamente animal de entrar ahí y marcar mi territorio, de que todos sepan que esa mujer perfecta está embarazada de mi hijo. Claire me mataría si supiera que estoy teniendo pensamientos tan... cavernícolas. Pero verla así, con su pelo recogido descuidadamente, su piel brillando con ese resplandor que solo tienen las embarazadas...

Dios, nunca la había encontrado tan sexy como ahora, sabiendo que lleva a mi hijo.

Respiro hondo, intentando controlar el orgullo primitivo que amenaza con hacerme golpearme el pecho como un gorila. Me ajusto la corbata, agarro mi ridículamente caro cojín de meditación, y abro la puerta.

El silencio que cae sobre la sala es inmediato. Todas las cabezas se giran hacia mí, pero solo me importa una reacción. Solo me importa ella.

—¿James? —la voz de Claire es una mezcla de sorpresa y algo que suena peligrosamente a pánico—. ¿Qué...?

—Perdón por llegar tarde —avanzo hacia ella como si fuera lo más natural del mundo estar aquí, intentando no parecer el macho alfa que quiere rugir «mía» ante toda la clase—. La reunión se alargó. Pero traje mi propio cojín.

La instructora, una mujer con un aura zen que contradice totalmente la mirada asesina que Claire me está lanzando, se aclara la garganta.

—Bienvenido a nuestra clase de preparación al parto —sonríe amablemente—. ¿Es usted...?

—James Richardson —me siento junto a Claire, desplegando mi cojín de seda con estudiada casualidad—. El padre.

Las otras embarazadas sueltan suspiros mal disimulados. Claire me clava el codo en las costillas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurra furiosamente.

—Apoyar a la madre de mi hijo —respondo lo suficientemente alto para que todos oigan, y siento una satisfacción ridícula cuando varias mujeres suspiran de nuevo.

—Excelente —la instructora parece genuinamente complacida—. Estábamos practicando posiciones de relajación. Señor Richardson, colóquese detrás de su pareja, por favor.

Claire se tensa visiblemente cuando me muevo detrás de ella. Su espalda contra mi pecho me recuerda peligrosamente a anoche, y tengo que recordarme que estamos en una clase de preparto, no en nuestro apartamento.

—Las manos en las caderas de su pareja —instruye la profesora —. Vamos a practicar la respiración.

Mis manos encuentran las caderas de Claire y, Dios, la forma en que su cuerpo encaja contra el mío debería ser ilegal. El tejido de su ropa de yoga es tan fino que puedo sentir el calor de su piel a través de él.

—Te voy a matar —murmura Claire cuando mis pulgares comienzan a trazar círculos en su espalda baja.

—Respira, cariño —susurro contra su oído—. Estás muy tensa.

—¿Disculpe? —la instructora nos mira—. ¿Algún problema?

—Ninguno —sonrío—. Solo me aseguraba de que la posición sea segura para mi Price. No queremos forzar nada, ¿verdad?

Claire deja escapar un sonido que podría ser tanto de frustración como de risa contenida.

—La posición es perfectamente segura —asegura la instructora—. Ahora, todas las parejas, vamos a practicar la respiración en olas...

Intento concentrarme en las instrucciones, de verdad que lo intento. Pero Claire huele a vainilla, y cada vez que respira, su cuerpo se mueve contra el mío de una manera que hace que mi mente divague hacia territorios completamente inapropiados para una clase de preparto.

—Señor Richardson —la voz de la instructora me sobresalta—. La respiración se hace con el diafragma, no con...

—Oh, lo siento —ajusto mi posición, ignorando la risita ahogada de Claire—. ¿Así mejor?

La clase continúa con ejercicios cada vez más complicados. Claire mantiene su fachada profesional, pero noto cómo se apoya en mí cada vez más, cómo su cuerpo se relaja gradualmente contra el mío. Y eso, hace que mi pecho se hinche de orgullo.

—Excelente, parejas —la instructora sonríe cuando la clase termina—. Nos vemos la próxima semana.

Claire prácticamente salta de mis brazos, recogiendo sus cosas con esa eficiencia que la caracteriza.

—Esto no va a repetirse —murmura mientras salimos—. No necesito que...

—¿Que me preocupe? —la interrumpo, guiándola hacia la salida con una mano en su espalda baja—. ¿Que quiera estar presente? ¿Que me importe?

—James...

La observo mientras camina hacia el coche que nos espera. Las luces de Manhattan parpadean

a nuestro alrededor, pero solo puedo concentrarme en ella: en cómo su ropa de yoga abraza cada curva, en el rubor que aún tiñe sus mejillas, en cómo su mano inconscientemente descansa sobre su vientre.

Claire Price puede pensar que tiene todo bajo control, que puede mantenerme alejado con sus muros y sus reglas.

Pero no tiene ni idea.

No voy a parar hasta que entienda que esto es real. Que la amo. Que me voy a quedar.

Para siempre.

CAPÍTULO 28

CLAIRE

—¡No puedo más! —Emma se desploma en su silla favorita de Magnolia Bakery—. Esta mañana me ha preguntado si estaba segura de que quería bañarme. ¡Bañarme! Como si de repente hubiera olvidado cómo usar el agua.

No puedo evitar sonreír mientras observo a mi mejor amiga hundir su tenedor en un trozo de tarta de zanahoria. Su embarazo es apenas visible, pero Marcus actúa como si estuviera hecha de cristal.

—Al menos no te ha instalado cámaras de seguridad en el baño — tomo un sorbo de mi té de jengibre—. Aún.

—No le des ideas —Emma pone los ojos en blanco—. Ayer llamó al médico porque estornudé tres veces seguidas. ¡Tres veces! Como si fuera el primer embarazo de la historia.

—Marcus siempre ha sido... intenso —intento tranquilizarla, aunque la imagen del poderoso CEO de Walker Enterprises contando estornudos me hace reír.

—¿Intenso? —Emma suelta un bufido muy poco elegante—. Esta mañana ha reorganizado la nevera por colores porque leyó no sé qué estudio sobre estimulación visual durante el embarazo.

Mi risa se corta cuando mi móvil vibra sobre la mesa.

«¿Has comido algo además de esas galletas de jengibre que escondes en tu escritorio? Porque acabo de descubrir un sitio que hace unos raviolis que...»

—Hablando de hombres intensos —la sonrisa de Emma es demasiado conocedora—. ¿Cómo va la convivencia con James?

—Perfectamente profesional —respondo automáticamente, aunque el siguiente mensaje de James («Los raviolis vienen con esa salsa de trufa que te hizo gemir el otro día») hace que mis mejillas se calienten.

—Oh, por supuesto —Emma sonríe sobre su taza de descafeinado —. Tan profesional como esas flores que aparecen misteriosamente en tu escritorio cada mañana.

—Son para mantener las apariencias —murmuro, ignorando deliberadamente cómo James siempre consigue encontrar peonías, mis favoritas.

—Claro, claro —Emma asiente con fingida seriedad.

—Eso es... —me interrumpo cuando mi móvil vibra de nuevo.

«Price, si no contestas voy a asumir que te has desmayado de hambre y tendré que

presentarme en tu oficina con todo el menú del restaurante.»

—¿Sabes? —Emma se inclina hacia adelante, sus ojos brillando con diversión—. Para alguien que insiste en que esto es temporal, pareces bastante cómoda con sus atenciones.

—No es... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Claire Price, te conozco desde hace muchos años. Nunca, y repito, nunca, te he visto sonreír al móvil de esa manera.

Me acomodo en la silla, buscando una posición que alivie el dolor en mi espalda baja. Inmediatamente pienso en los masajes de James y tengo que contener una sonrisa traicionera.

—Solo está siendo... considerado —intento mantener mi tono neutral—. Es normal, dado mi estado.

—¿Considerado? —Emma arquea una ceja—. Claire, el hombre apareció en la clase de preparto con un cojín de meditación de seda italiana.

—Eso fue... —me interrumpo, recordando cómo sus manos se sentían en mis caderas durante los ejercicios de respiración. Lo acompañada que me sentí—. Un momento de locura.

—¿Como cuando reorganizó tu vestidor para que tus vestidos más ajustados quedaran al frente? —Emma sonríe maliciosamente.

—Está exagerando —murmuro, aunque no puedo evitar sonreír al recordar cómo apareció a las tres de la mañana con helado de esa heladería italiana que tanto me gusta—. Solo está siendo... James.

—¿Cuándo vas a admitir que está loco por ti? —Emma deja su tenedor y me mira seriamente —. ¿Cuándo vas a dejar de torturarlo?

—No lo estoy torturando —protesto débilmente, pero la sonrisa que se forma en mis labios me delata.

—¡Claire Price! —Emma se inclina hacia adelante, sus ojos brillando—. ¿Estás disfrutando esto, verdad?

Me recuesto en mi silla, jugando con la taza de té mientras considero mis siguientes palabras.

—Quizás... —admito finalmente—. Quizás me gusta ver al gran James Richardson esforzándose tanto.

—¡Lo sabía! —Emma prácticamente aplaude—. ¿Y hasta cuándo piensas mantener esta farsa? Porque está bastante claro que lo tienes completamente enamorado.

—No está enamorado —contradigo automáticamente, aunque algo se retuerce en mi pecho—. Solo está... siendo James. Ya sabes cómo es cuando quiere algo.

—Claire... —el tono de Emma se suaviza—. Esto va más allá de «querer algo». El hombre prácticamente ha reorganizado toda su vida por ti. ¿Cuándo vas a darle una oportunidad real?

Mi móvil vibra de nuevo: una foto de un plato de raviolis que hace que mi estómago gruña.

«Última oportunidad, Price. O vienes a comer, o llevo todo el restaurante a tu oficina. Y sabes que lo haré.»

Una sonrisa traicionera tira de mis labios mientras tecleo una respuesta.

—Aún no —murmuro, más para mí misma que para Emma—. Todavía no he terminado de ver hasta dónde está dispuesto a llegar.

—Eres malvada —Emma ríe, negando con la cabeza—. Absolutamente malvada.

—Lo sé —sonrío, guardando el móvil—. Pero admite que es divertido ver al playboy de Manhattan completamente domesticado.

JAMES

—No sé cómo lo haces —Marcus se pasa una mano por el pelo mientras observa la ciudad desde su despacho en Walker Enterprises —. Emma casi me mata esta mañana porque sugerí que el agua de su baño estaba demasiado caliente.

No puedo evitar reírme. Ver al poderoso Marcus Walker, el hombre que controla medio Manhattan, preocupado por la temperatura del agua es algo que no tiene precio.

—¿Y tú? —Marcus gira su silla hacia mí—. ¿Cómo llevas la situación con Claire? Debe ser duro que te mantenga con esa... distancia profesional.

—¿Distancia? —sonrío, recordando cómo Claire se acurruca contra mí cada noche, aunque insista en mantener sus reglas durante el día —. Todo va según el plan.

—¿Plan? —Marcus arquea una ceja—. Claire apenas admite públicamente que estáis juntos.

—Claire puede fingir todo lo que quiera —me reclino en mi silla con una sonrisa—. Pero anoche se quedó dormida usando mi pecho como almohada mientras insistía en que necesita «mantener las distancias».

—¿Y no te molesta? —Marcus me estudia con curiosidad—. Que siga poniendo barreras, que no admita lo que hay entre vosotros...

—¿Molestarme? —suelto una risa suave—. Marcus, cada muro que Claire construye es solo otra oportunidad para demostrarle que voy en serio.

Marcus me observa en silencio durante un momento, como evaluando la sinceridad de mis palabras.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —continúo, mirando por la ventana hacia Manhattan—.

Que probablemente cree que me está volviendo loco con su juego de «solo somos compañeros de piso», cuando en realidad...

—¿En realidad qué?

—En realidad nunca he estado mejor —mi sonrisa se ensancha—. Cada pequeña victoria, cada momento en que baja la guardia... vale la pena. Cada segundo a su lado merece todo el esfuerzo.

—A veces no te entiendo —Marcus niega con la cabeza—. El James que conocí hace años habría tirado la toalla al primer «no».

—El James de hace años era un idiota —me encojo de hombros—. Además, Claire no dice «no». Dice «mantengamos las distancias» mientras se queda dormida en mis brazos. Dice «esto es temporal» pero sonríe cada vez que le llevo el desayuno. Es... fascinante.

—Fascinante —Marcus repite con incredulidad—. La mujer apenas admite que existe algo entre vosotros y tú estás ahí, sonriendo como un idiota.

—¿Sabes qué es realmente fascinante? —me inclino hacia adelante—. Que cada pequeño gesto, cada momento en que baja la guardia, es real. No es como esas mujeres que fingen desinterés para atraer mi atención. Claire genuinamente intenta mantener el control, y cada vez que lo pierde... —sonrío al recordar cómo se derrite contra mí cuando cree que estoy dormido— ...es una victoria más dulce.

—James... —hay una nota de preocupación en la voz de Marcus—. Solo asegúrate de que esto no es otro de tus juegos. Claire no es...

—¿Otro juego? —lo interrumpo, y hay una seriedad en mi voz que parece sorprenderle—. Marcus, reorganicé mi vida entera por ella. Me mudé a su apartamento. Voy a clases de preparto. Leo sus revistas de bodas para entender su mundo. ¿Cuándo me has visto hacer algo así por alguien?

Marcus me observa en silencio durante un momento, y veo el momento exacto en que algo cambia en su expresión. La preocupación da paso a una comprensión que no había visto antes en sus ojos.

—Maldita sea —murmura finalmente, con una sonrisa asomando en sus labios—. Realmente estás enamorado de ella.

—¿Tanto se nota? —bromeo, aunque ambos sabemos la respuesta.

—Nunca pensé que vería el día —Marcus niega con la cabeza, pero hay afecto en su voz—. James Richardson, el eterno playboy de Manhattan, completamente rendido ante Claire Price.

—No rendido —corrijo, y hay una seguridad en mi voz que parece sorprenderle—. Determinado. Y cuando quiero algo de verdad...

—Lo consigues —completa Marcus—. Aunque en este caso, creo que ella ya te tiene más

conquistado de lo que cree.

Mi sonrisa se ensancha mientras miro hacia Manhattan. Claire Price puede pensar que tiene el control de la situación, que sus muros son impenetrables. Pero cada día, cada pequeño momento, cada sonrisa que intenta ocultar... son solo pruebas de que sus defensas están cayendo.

Y yo puedo ser muy, muy paciente cuando sé que el premio vale la pena.

CAPÍTULO 29

CLAIRE

El apartamento está en silencio, solo interrumpido por el sonido ocasional de platos en la cocina donde James está preparando la cena. Intento concentrarme en los contratos sobre mi regazo, pero mi mente sigue desviándose hacia él, hacia cómo silba suavemente mientras cocina, hacia lo natural que se siente todo esto.

Y entonces lo siento.

Un movimiento fuerte, decidido, justo bajo mis costillas. No es la primera vez que el bebé se mueve, pero esta vez es diferente. Más real. Más intenso.

Otra patada, esta vez más fuerte.

Mi mano vuela instintivamente a mi vientre, y por primera vez no lucho contra el impulso de compartir este momento. No quiero guardármelo para mí como otras veces, fingiendo que puedo mantener esto bajo control, que puedo seguir poniendo distancia entre nosotros.

—James... —mi voz suena más suave de lo que pretendo, pero él debe detectar algo en mi tono porque el sonido en la cocina cesa inmediatamente.

El sonido de sus pasos acercándose hace que mi corazón se acelere. No es solo por las patadas del bebé; es por lo que estoy a punto de hacer, por todas las barreras que estoy lista para derribar.

—¿Todo bien? —aparece en el umbral, secándose las manos con un trapo de cocina. Hay preocupación genuina en su voz.

—Ven —extiendo mi mano hacia él, sorprendiéndome a mí misma con el gesto—. Está... está moviéndose mucho.

Lo veo contener el aliento. Durante un segundo se queda inmóvil, como si temiera que cualquier movimiento pudiera romper este momento. Nunca lo había visto así, tan vulnerable, tan... esperanzado.

—¿Estás segura? —pregunta suavemente, y ambos sabemos que no se refiere solo a sentir las patadas.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Cuando se arrodilla frente al sofá, cuando sus manos dudan a centímetros de mi vientre, siento que algo se rompe dentro de mí. Todas esas semanas fingiendo que esto no significaba nada, que él no significaba nada...

—Aquí —tomo su mano y la guío hacia el punto exacto donde nuestro hijo sigue moviéndose.

JAMES

Su mano guía la mía y el mundo se detiene. Al principio no siento nada, solo el calor de su piel bajo mi palma, pero entonces... entonces sucede.

Un golpe. Fuerte. Decidido. Mi hijo.

El aire abandona mis pulmones de golpe y algo cálido se desliza por mi mejilla antes de darme cuenta de que estoy llorando. No puedo apartar la mirada del punto donde mi mano descansa sobre su vientre, donde nuestro bebé acaba de moverse.

—Está... —mi voz se quiebra—. Dios, Claire...

Otra patada, esta vez más fuerte, como si supiera que soy yo, que soy su padre. Me inclino instintivamente, apoyando mi frente contra su vientre, y las lágrimas fluyen libremente ahora.

—Te quiero —las palabras salen sin pensarlas, directamente desde algún lugar profundo de mi pecho—. A los dos. Más que a nada en el mundo.

Sus dedos se enredan en mi pelo, y cuando levanto la mirada, veo que ella también está llorando.

—James... —su voz tiembla, y hay algo en sus ojos que nunca había visto antes—. Yo también te quiero.

Mi corazón se detiene por un segundo. Claire Price, la mujer que siempre tiene el control, que ha mantenido sus muros tan altos durante tanto tiempo, acaba de decir que me quiere.

—Repítelo —susurro, necesitando asegurarme de que no lo he imaginado.

Ella sonríe a través de las lágrimas, y es la sonrisa más hermosa que le he visto nunca. No es su sonrisa profesional ni la que usa cuando intenta mantener las distancias. Es real, vulnerable, completamente suya.

—Te quiero —repite, y su mano acaricia mi mejilla, limpiando una lágrima—. Y creo... creo que ya va siendo hora de que me pidas que me case contigo.

Mi risa se mezcla con un sollozo. Otra patada del bebé, como si estuviera de acuerdo.

—Claire Price —tomo su rostro entre mis manos—. ¿Me estás dando permiso para hacer lo que llevo meses deseando?

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas mientras asiente.

—No te muevas —susurro, levantándome de un salto—. No te atrevas a moverte de aquí.

Corro hacia la habitación, mi corazón latiendo tan fuerte que casi no escucho su suave risa tras de mí. El anillo está donde siempre, en el cajón de mi mesilla, esperando este momento.

Cuando vuelvo, ella sigue exactamente donde la dejé, con una mano sobre su vientre y esa mirada que hace que todo mi mundo se detenga.

—Claire Price —mi voz tiembla mientras me arrodillo de nuevo frente a ella, sosteniendo el anillo—. ¿Me harías el honor de convertir a este playboy reformado en el hombre más feliz del mundo?

—Sí —susurra, y antes de que pueda deslizar el anillo en su dedo, sus labios encuentran los míos.

Es diferente a todos nuestros besos anteriores. No hay urgencia, no hay lucha por el control. Es suave, dulce, lleno de promesas. Sus lágrimas se mezclan con las mías mientras profundizamos el beso, y cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya.

—Te quiero —susurro contra sus labios—. A ti, a nuestro bebé, a la vida que vamos a construir juntos.

Su respuesta es otro beso, y esta vez, cuando nuestro hijo vuelve a moverse entre nosotros, ambos sonreímos sin separarnos.

Por fin, después de tanto tiempo, todo está exactamente como debe estar.

CAPÍTULO 30

CLAIRE

La brisa marina se cuela por los ventanales de la suite, haciendo ondear las cortinas de seda. Me observo en el espejo mientras Emma da los últimos toques a mi velo. Mi vestido, diseñado especialmente para acomodar mi vientre de siete meses, fluye como agua plateada hasta el suelo.

—¿Quién lo iba a decir? —Emma sonríe, encontrando mi mirada en el reflejo—. Claire Price, la wedding planner más prestigiosa de Manhattan, permitiendo que su novio cambie todos sus planes perfectos por una boda en la playa.

—No cambió todos mis planes —protesto débilmente, aunque no puedo evitar sonreír—. Las flores siguen siendo exactamente las que elegí.

—Sí, pero apuesto a que no planeaste que las trajera en helicóptero esta mañana porque «las peonías tienen que estar perfectamente frescas para mi Price».

El recuerdo me hace reír. James y sus excentricidades, siempre encontrando la manera más espectacular de hacer las cosas.

El sonido de tacones acercándose a toda velocidad por el pasillo nos alerta de la llegada de Eleanor incluso antes de que abra la puerta. Entra como un torbellino de Chanel y emociones contenidas, sus ojos ya brillantes con lágrimas.

—¡Mi niña! —exclama, y antes de poder evitarlo me encuentro envuelta en un abrazo que huele a Chanel Nº5 y felicidad maternal —. ¡Estás radiante! ¡Y mi nieto! —sus manos vuelan a mi vientre—. ¿Ha estado moviéndose mucho? James estaba igual, no me dejaba dormir las últimas semanas...

—Eleanor —Emma interviene con suavidad cuando ve que estoy a punto de ahogarme en perfume francés y anécdotas prenatales—. El maquillaje...

—¡Oh, cierto, cierto! —se separa, sacando un pañuelo de seda para secar sus lágrimas—. Es que... —su voz tiembla—. Nunca pensé que vería este día. Mi James, mi niño... ¡Y voy a ser abuela!

Se interrumpe, recordando algo, y empieza a hurgar en su bolso Hermès.

—¡Casi lo olvido! Algo azul —saca una caja de Tiffany que parece demasiado grande para ser una joya normal—. Ha estado en la familia Richardson durante generaciones...

Abro la caja con cuidado y casi me ahogo con mi propia respiración. Es una tiara de zafiros y diamantes que parece sacada de una colección real.

—Eleanor, yo... no puedo aceptar...

—¡Tonterías! —agita una mano en el aire—. Todas las novias Richardson la han llevado. Aunque, claro —se inclina hacia mí con aire conspirador—, ninguna estaba tan radiante como tú. ¡Y embarazada! —sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo—. ¿Sabéis? Cuando James era pequeño, siempre decía que nunca se casaría. Y ahora... —saca otro pañuelo de seda—. ¡Oh, voy a arruinar mi máscara de pestañas!

Emma ahoga una risa mientras ayuda a Eleanor a colocar la tiara en mi pelo. El peso de las joyas debería sentirse excesivo, pero de alguna manera encaja perfectamente con todo lo demás: la boda en la playa, el helicóptero con las flores, la forma en que James ha convertido cada uno de mis planes meticulosos en algo inesperadamente mágico.

—Por cierto —Eleanor hurga de nuevo en su bolso, que parece contener tesoros infinitos—, también me pidió que te diera esto.

Me tiende un sobre con mi nombre escrito en su inconfundible caligrafía.

Abro el sobre con dedos temblorosos. Dentro hay una nota simple, escrita a mano:

«Para la mujer que me enseñó que el amor no tiene que ser perfecto para ser maravilloso. Te espero en la playa. -J»

—James Richardson escribiendo notas de amor —Emma se asoma por encima de mi hombro —. El mundo se va a acabar.

—Oh, deberíais ver las cartas que le escribía a su osito de peluche cuando era pequeño — empieza Eleanor, pero Emma la interrumpe con tacto.

—Eleanor, ¿por qué no vamos a comprobar que todo esté listo abajo? Claire necesita un momento.

Me quedo sola frente al espejo, sosteniendo la nota. A través de los ventanales, puedo ver la

playa donde en menos de una hora me casaré con el hombre que ha puesto mi mundo del revés. Con el hombre que amo con locura. Las sillas blancas alineadas en la arena, el altar decorado con mis peonías perfectas, el mar de fondo... todo exactamente como lo soñé, pero mejor, porque tiene ese toque de James que hace que todo sea más especial.

El sonido de las olas llega hasta la suite, mezclándose con la música suave que ya empieza a sonar abajo. Me toco instintivamente el vientre cuando el bebé da una patada, como si también él sintiera la emoción del momento.

—Ya casi es la hora —Emma vuelve a entrar, su vestido de dama de honor del color exacto del mar al atardecer—. Marcus acaba de mandarme un mensaje. Dice que James está tan nervioso que casi tira el arco de flores intentando comprobar que estuviera perfectamente centrado.

No puedo evitar sonreír. James Richardson, el hombre que cierra playas, nervioso por la posición de un arco floral.

—¿Lista? —Emma me ofrece mi ramo de peonías.

—Más que nunca —respondo, y por primera vez en mi vida, no necesito que todo esté meticulosamente planeado. No necesito controlar cada detalle.

Solo necesito caminar hacia él.

El sol empieza a descender sobre el horizonte mientras avanzo por la arena. James me espera bajo el arco de flores, y cuando nuestras miradas se encuentran, el mundo entero parece detenerse. Su sonrisa... oh, esa sonrisa. No es su habitual sonrisa de playboy, ni la arrogante que solía sacarme de quicio. Es pura, genuina, llena de amor.

Marcus está a su lado, dándole un codazo disimulado cuando James parece olvidar cómo respirar al verme. Sophie, con su cestita de pétalos, aplaude emocionada desde su lugar junto a Emma.

El camino hasta el altar parece eterno y demasiado corto a la vez. Cuando finalmente llego a él, cuando sus manos encuentran las mías, siento que todo encaja perfectamente.

—Estás... —susurra, y por primera vez desde que lo conozco, James Richardson parece quedarse sin palabras.

La ceremonia es un borrón de emociones y momentos perfectos. El sonido de las olas acompaña nuestros votos, y cuando James promete amarme «incluso cuando intente controlar hasta el último detalle de nuestras vidas», las risas de los invitados se mezclan con mis lágrimas.

El «sí, quiero» sale de mis labios con una seguridad que me sorprende. No es la seguridad calculada de la Claire Price que todo lo controla, sino la certeza absoluta de que esto, nosotros, es exactamente como debe ser.

El beso sabe a sal y a promesas. A nuestro alrededor, el mundo parece difuminarse en una

acuarela de azules y dorados mientras el sol se hunde en el horizonte. Nuestro bebé elige ese momento para dar una patada, haciéndonos reír contra los labios del otro.

—Te amo, señora Richardson —susurra James contra mi oído mientras bailamos nuestro primer baile, el mar como testigo silencioso.

—Te amo, señor Richardson —respondo, y las palabras saben a verdad y a futuro.

Su risa vibra contra mi pecho mientras me atrae más cerca. A nuestro alrededor, la fiesta continúa: Eleanor llorando en el hombro de Marcus, Emma bailando con Sophie en brazos, el cielo nocturno iluminándose con los primeros fuegos artificiales.

Y aquí, en los brazos del hombre que transformó todos mis planes perfectos en algo infinitamente mejor, me doy cuenta de que a veces la vida tiene sus propios planes. Planes que incluyen playboys reformados, bebés inesperados y bodas en la playa.

Planes que, aunque no sean perfectos, son maravillosos.

EPÍLOGO

CLAIRE

Diez años después

La brisa veraniega de los Hamptons agita los manteles blancos mientras observo a los niños jugar en la playa desde la terraza del club. Grace, con su vestido azul cielo y su pelo rubio perfectamente trenzado (insistió en que tenía que estar «impecable» para la fiesta, definitivamente mi hija), está construyendo lo que parece ser un castillo de arena meticulosamente planificado.

Y ahí está Henry, a su lado como una sombra protectora, fulminando con la mirada a cualquier niño que se atreve a acercarse demasiado. A sus nueve años, es la viva imagen de Marcus, especialmente cuando frunce el ceño de esa manera tan característica al ver que el hijo de los Peterson intenta unirse a la construcción del castillo.

—Esto nos va a traer problemas en el futuro —la voz divertida de Emma me sobresalta. Se sienta a mi lado con una copa de champán en la mano, observando la escena con una sonrisa.

—¿El qué? ¿Que tu hijo haya heredado el instinto sobreprotector de Marcus o que mi hija esté organizando la construcción del castillo como si fuera un proyecto arquitectónico? —bromeo, aunque no puedo evitar sonreír al ver cómo Grace corrige la posición de cada concha que Henry coloca.

—Ambas cosas —Emma ríe suavemente—. Aunque me refería más a cómo Henry acaba de espantar al pequeño de los Peterson con esa mirada marca Walker.

—Como su padre —la voz de James se une a la conversación mientras se sienta a mi lado, su brazo encontrando automáticamente su lugar alrededor de mi cintura—. ¿Recordáis cuando Marcus casi mata a aquel fotógrafo que intentó sacarle una foto a Emma en su primer embarazo?

—Por favor —Marcus aparece con Sophie, que a sus doce años ya es toda una señorita—, como si tú fueras mejor. ¿Quién amenazó con comprar y cerrar aquella revista que publicó fotos de Claire en la playa el verano pasado?

James suelta una carcajada, pero no lo niega. Después de todo, algunas cosas nunca cambian.

—Al menos Grace parece tener más sentido común que todos nosotros juntos —observa Emma mientras la pequeña organiza meticulosamente a los pocos niños que Henry ha «permitido» acercarse al castillo—. Aunque ese aire mandón me recuerda a alguien...

—No sé de qué hablas —respondo con fingida inocencia, ganándome risas de todos.

—Oh, por favor —James me aprieta suavemente contra él—. Ayer la encontré reorganizando su colección de conchas por tamaño, color y «potencial arquitectónico». Me pregunto de quién habrá sacado esa obsesión por el orden.

—Como si tú no hubieras pasado tres horas ayudándola a clasificarlas —contraataco con una sonrisa.

Sophie, que ha estado observando a los más pequeños con esa sabiduría que solo tienen los hermanos mayores, suelta una risita.

—¿Sabéis? —dice con ese tono que me recuerda tanto a cuando era más pequeña—. Creo que tía Claire tiene razón en preocuparse. Henry mira a Grace igual que papá miraba a mamá en las fotos de vuestra boda.

—¡Sophie! —Marcus se atraganta con su bebida mientras Emma intenta (sin mucho éxito) contener la risa.

—Bueno —James adopta ese tono travieso que tanto me irrita y me enamora a partes iguales —, ¿quién sabe? Quizás Cupido todavía tiene algunas flechas guardadas para la siguiente generación.

Observo a Grace y Henry en la playa, tan diferentes y tan perfectos juntos, como sus padres antes que ellos. Grace, con su necesidad de control y su dulzura escondida; Henry, con su aire protector y ese corazón enorme que intenta disimular. Me recuerdan tanto a James y a mí al principio... cuando pensaba que tenía todo perfectamente planeado, hasta que un playboy arrogante puso mi mundo del revés.

Sonrío mientras James entrelaza sus dedos con los míos, y pienso que quizás, solo quizás, los mejores planes son los que la vida escribe por nosotros.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla

dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder

directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¿QUIERES CONOCER AL JEFE MÁS DESPIADADO DE NUEVA YORK?

¿Qué haces cuando tu jefe, que aparentemente te odia, se ofrece a fingir ser tu novio en la boda de tu hermana?

La primera vez que vi a **Callum Whitaker** supe que sería mi perdición. Arrogante, despiadado y malditamente sexy, el hermano mayor de mi mejor amiga me trata como si me odiara. Y ahora, tras perderlo todo en España, me he convertido en su asistente personal. Maldita ironía.

Lucía Vidal lleva dos años protagonizando todas mis fantasías. Ahora la tengo donde siempre he querido: en mi empresa, bajo mis órdenes. Pero cuando menciona que necesita un acompañante para una boda en España, algo dentro de mí se rompe. Nadie más va a tocarla.

Una semana fingiendo ser pareja. Un juego peligroso donde las reglas están hechas para romperse y el deseo amenaza con consumirlos a



ambos.

«Mi jefe despiadado» es el primer libro de la serie «Jefes Insoportables», donde los hombres más poderosos de Manhattan se encuentran tras las puertas del

exclusivo club El Círculo. Una

historia independiente con final

feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: https://oliviadarcyautora.com/